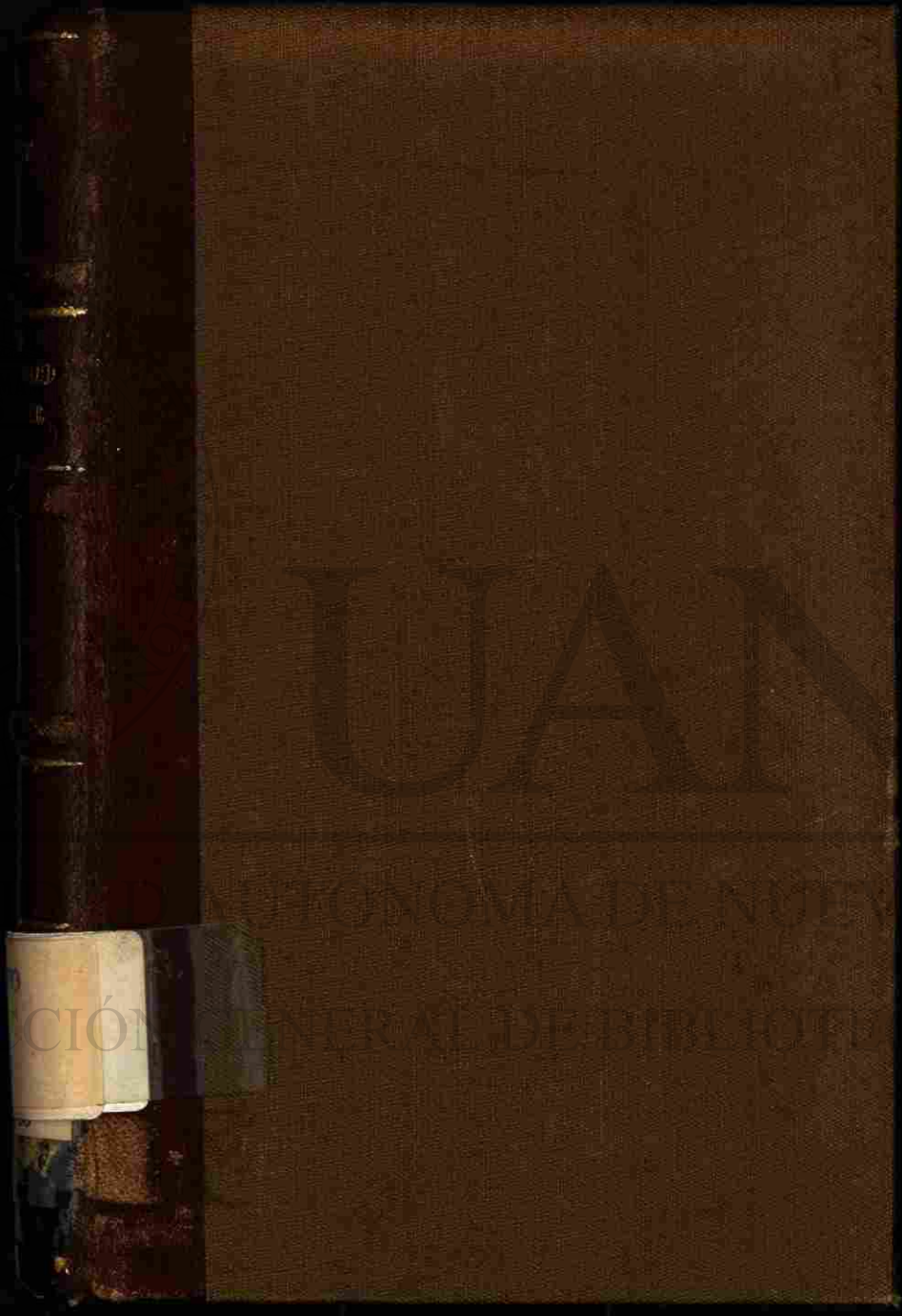




BELOIT

LA

REPA. 618100

REPA. 618100

P02193

• B7

M38

Ej.2

02100



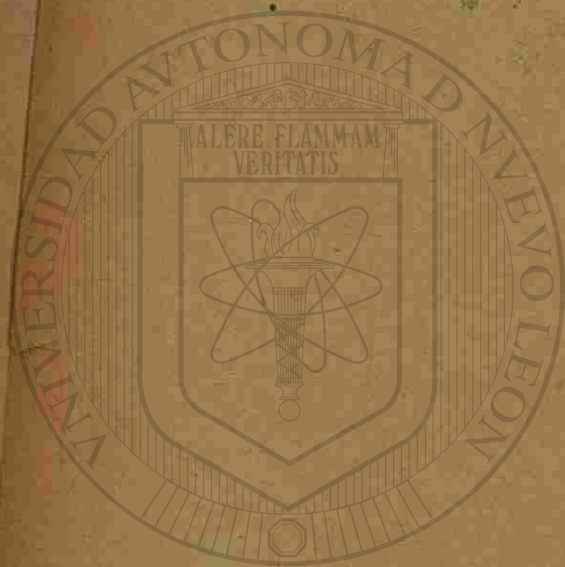
1020026097



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



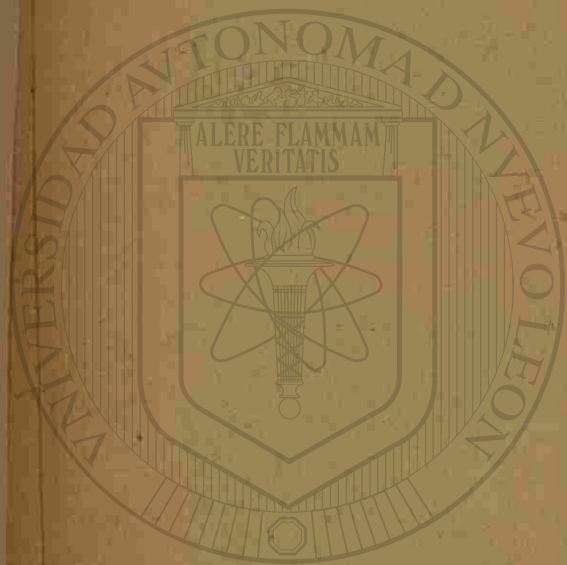
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. B45212
Núm. Autor 29737
Núm. Adg. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 69
Catalogó _____

LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER



29737



LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER

FOR

ADOLFO BELOT

TRADUCCION

de

A. DE CARREAU



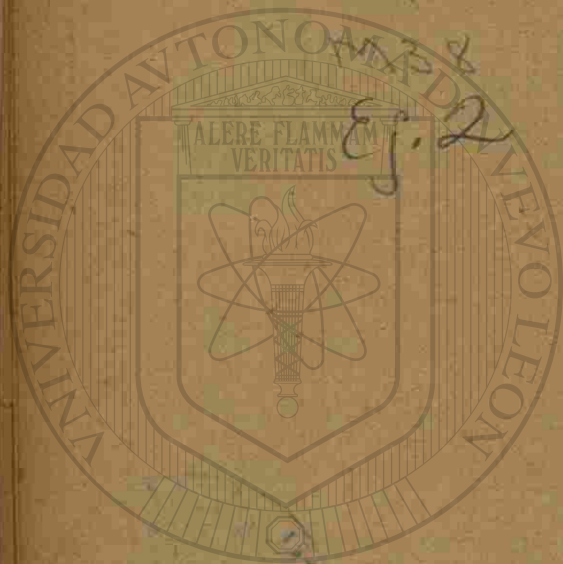
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 85786

BARCELONA

Casa Editorial Maucoi, calle del Consejo de Ciento, 296
BUENOS AIRES || MÉJICO
Maucoi Hermanos, Cuyo, 1070 || Maucoi Herma., 1.ª del Relox, 1
1899

29737

843 P Q 2193
B - B7



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona



AL LECTOR ⁽¹⁾

La advertencia en la que el *Figaro* anunció la brusca interrupción de las aventuras de *La señorita Giraud* dió lugar á que naciesen ciertas prevenciones que el autor se cree en el caso de combatir.

Es muy cierto que *La señorita Giraud, mi mujer* descansa sobre un terreno muy resbaladizo, pero se procuró cuidar mucho de las formas evitando toda expresión mal sonante así como las pinturas de color subido ó los detalles indiscretos. El autor confiesa que, con frecuencia, prefirió pecar de obscuro á no abusar de la claridad y está convencido de que si esta novela fuese á parar á manos de gente joven sería para ésta un enigma, pero, por lo que hace á las personas acostumbradas á leer entre líneas y á medias palabras, no creemos que nos puedan tildar como un crimen el haber abordado un tema tratado ya por escritores muy

(1) Esta advertencia la publicó el autor, entre otras, en la undécima edición de esta obra.

respetables, entre los cuales figura Balzac, y todo lo más que pueden sostener es que ciertos temas deben permanecer ocultos siempre en la sombra y que es peligroso tratarlos. No es de esta opinión el autor y para no incurrir en repeticiones aconseja á los lectores vean el capítulo XVII de esta obra. Si después de leerlo no se convencen no podrán, empero, por menos de reconocer que este libro se escribió en serio y que encierra enseñanzas muy útiles.



LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER

I

Durante el mes de febrero del pasado invierno, y en cierta noche del martes al miércoles, reinaba extraordinaria animación en la parte de la avenida de Friedland comprendida entre la calle de Courcelles y el Arco de Triunfo. Ante un hotel de estilo del Renacimiento, cuyas ventanas estaban brillantemente iluminadas, parábanse continuamente lujosos trenes, coches á la orden y de punto, de los que se apeaban invitados con el abrigo puesto ó mujeres envueltas en amplios capuchones. Atravesaban todos ellos apresuradamente la acera y ante ellos abríase una de las hojas de una puerta cochera y un negrito vestido con elegante librea, les señalaba un silencio el guardarropa situado en el piso bajo de la izquierda.

A los pocos minutos, subían todos la escalera de esculpida barandilla; los hombres de frac y las mujeres con do-

minós de todos los colores y cubierto el rostro con un antifaz. Al llegar al primer salón aquellos se dirigían, para saludarle ó estrecharle la mano, hacia un personaje de cuarenta y cinco ó cincuenta años, alto, delgado, de aspecto distinguido, que llevaba toda la barba; una barba rubia muy conocida en la buena sociedad parisién. Mientas tanto las señoras acercábanse á un joven, que se hallaba á la entrada del salón, cambiaban una señal de inteligencia, murmuraban un nombre, levantaban una punta del antifaz después de darse de este modo á conocer, internábanse en una espaciosa galería toda ella adornada con obras maestras de arte y llena ya de amigos del dueño de la casa.

Al presenciarse espectáculo semejante creyérse cualquier en el *foyer* de la Opera durante una noche de baile, pero en la Opera de pasadas épocas, de aquellas cuyo recuerdo conservan nuestros padres; de la época en que aún se sabía hablar, reír y divertirse sin escándalo ni turbulencia, en que florecía la intriga y las damas no se hallaban expuestas á oír palabras obscenas ó á ser víctimas de cínicas brutalidades. En aquella época la baraúnda no había reemplazado aún al gentío, ni el lenguaje culto cedido su lugar á esas expresiones adornadas con palabrotas propias de la hez de la sociedad que hoy, por desgracia, las tolera.

Al lado del dueño de la casa, hombre de ingenio fino y delicado, demasiado quizá, para los tiempos que corremos, y verdadero literato, pero que, en literatura, no podía desbarazarse ni de su innata distinción, ni del culto que profesaba al siglo XVIII y que parecía un retrato de la Tour extraviado entre lienzos de nuestra época realista, agrupábanse personas conocidas como eminencias políticas, mundanas ó artísticas.

En aquella reunión estaban en minoría las mujeres y habría sido muy difícil asegurar á que clase de sociedad pertenecían pudiéndose tal vez decir que todos los mundos parisienses habían enviado á ella sus más seductoras emba-

jadoras y si se murmuraba al oído el oído el nombre de alguna honrada mujer casada, dábase también el caso de que una mundana á la moda ó una actriz, hacían de vez en cuando traición á su incógnito. En el extremo de la galería, á la derecha de esta y ante una mesa elegantemente servida, hallábanse tres actrices célebres por su belleza.

Preparábase una de ellas á representar en uno de nuestros principales teatros, una obra en la que desempeñaba un papel de tísica y se la reconocía en sus hombros redondos y tersos, en su barbilla sensual y en su boca de incomparable frescura.

Era célebre la segunda por sus alhajas y por las interminencias del amor que profesaba á un actor muy distinguido y pretextando que hacía mucho calor habíase guardado el antifaz en el bolsillo y aparecía con todo el esplendor de su distinción y belleza y en cuanto á la tercera conservaba puesta la careta, pero adivinábase su encantadora personalidad en su mirada, que era tan incendiaria, que el verano anterior, cuando se quemó su mobiliario, sus amigos decían que había sido ella quien le pegara fuego.

¿Qué clase de fiesta era aquella en en que se reunió semejante concurrencia? ¿Se trataba de un baile? No había orquesta alguna que con sus acordes invitase á él. ¿De un concierto? No cesaba el rumor de voces ni tampoco las risas cuando un artista de reconocido mérito se acercaba al piano. Era una fiesta que no tenía calificativo adecuado y que pertenecía á su género especial; una especie de recepción con antifaz.

Un amigo nuestro, persona de trato agradabilísimo, que era teniente de navío y se hallaba en París disfrutando de una licencia semestral, se acercó, después de dar una vuelta por los salones y cambiar muchos saludos y apretones de mano con sus conocidos, tratando al mismo tiempo de descubrir algunos incógnitos, al dueño de la casa para preguntarle si no había reservado por casualidad, con su in-

teligente solicitud, un riconcito para los desgraciados que no sabían pasar una noche entera sin fumar.

—¡Ya lo creo!—respondió el señor X...—Les reservé todo el segundo piso del hotel. Atravesad la galería, volved á la izquierda, subid la escalera y hallaréis en mi despacho, y sobre la mesa, con que dar satisfacción á vuestro vicio.

—Que os quedará eternamente reconocido con vuestro buen proceder—contestó Camilo V... que se apresuró á poner en práctica el consejo que le acababan de dar.

La práctica de su vicio tenía muchos imitadores porque en el despacho del señor X... halló reunidos ya á varios fumadores. Cogió el teniente de navío un cigarro de los que había en una copa de bronce colocada sobre la chimenea y viendo un sillón desocupado se instaló en él. Hacía un momento que se hallaba allí con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, las piernas cruzadas y entregado por completo al placer de saborear un buen cigarro habano cuando le pareció que, á través de la nube de humo que le envolvía, descubría un rostro amigo. Púsose en pie, dió dos ó tres pasos, miró con más atención y, efectivamente, reconoció á Adriano de C... antiguo compañero suyo y de la escuela preparatoria de Santa Bárbara, condiscípulo suyo durante dos años y su vecino de clase y del salón de estudio.

No era posible que se equivocase porque Adriano conservaba aún la misma regularidad en los rasgos de su rostro, igual mirada dulce y medio velada y los delgados labios apenas cubiertos por un sedoso bigotillo, mas ¡que palidez cubría aquel rostro en tiempos dotado de vivos colores! ¡Y que demacrado estaba! En las comisuras de sus labios dibujábanse precoces arrugas, su cabello había encanecido y bajo sus ojos extendíase azulada faja. ¿Habían sido suficientes quince años para producir semejante cambio y tales estragos? «¿Habré cambiado yo como él?» se preguntó, no sin cierto temor, Camilo V... y se volvió maquinalmente hacia el espejo de la chimenea y vió con placer, después

de un rápido exámen, que no había envejecido tanto como su antiguo condiscípulo.

—Y, sin embargo,—se dijo,—no llevó una vida tan ruda ni tan accidentada como la mía; no recorrió el mundo sufriendo frios y calores ni vivió en países de clima mal sano ni tuvo que afrontar las tempestades.

Calló un momento y luego añadió:—Sí, pero muy bien pudo ser víctima de algún gran infortunio. Los sufrimientos morales afectan más á ciertas personas que el dolor físico por fuerte que sea. Quién es capaz de saber cuantas amargas decepciones, tristezas, angustias y desesperaciones pueden encerrarse en quince años.

Poco á poco fuese acercando á su amigo. Adriano de C..., sumido en sus cavilaciones, no le había visto acercarse, pero levantó de pronto la cabeza y le reconoció tendiéndole las dos manos y exclamando:

—¡Al fin te encuentro! ¡Qué dicha más grande! Hace poco preguntaba por ti á todos y me respondieron que estabas viajando lo que me apenó mucho y la casualidad hace que, después de tantos años, podamos reunirnos. No te puedes figurar cuanto lo celebro.

Sentáronse el uno al lado del otro y hablaron durante largo rato ¡tenían que evocar tantos recuerdos y decirse tantas cosas! Adriano de C... no se dió punto de descanso interrogando al oficial de marina, pues quería saber como había obtenido sus ascensos, que peligros corriera y que luchas sostuviera y de este modo hizo que le contase sus largos viajes.

Dijérase que aquellos relatos le proporcionaban como una distracción de más penosos pensamientos y que gozaba viviendo durante un momento la vida de su amigo para no vivir la propia. Llegó un momento en que Camilo V... hubo de detenerse y encarándose con aquel al que acababa de hablar le dijo:—Ahora á tu ver cuéntame tu vida.

—¡Yol!—exclamó Adriano de C... como con terror.—¡Oh! ¡Eso no!

—¡Cómo! Yo te revelé todos mis secretos y tu quieres guardarte los tuyos.

—Mi vida presente carece de interés. Me limité á seguir la carrera para la que me vistes preparar.

—Y sé que la seguistes de una manera brillante, pero durante ese tiempo te habrán ocurrido algunas aventuras y quien sabe si muchos acontecimientos grandes ó pequeños. Desde luego te diré que hace dos años me aseguraron en Tolón que te habías casado ¿eres feliz? ¿Tienes hijos?

Levantó Adriano de C... con mucha viveza la cabeza y miró con una expresión tan extraña á su amigo que éste no pudo por menos de exclamar:

—¿No te parece natural mi pregunta? ¿Te habré ofendido, sin querer, en alguna cosa?

Y como quiera que Adriano de C... no respondiese, el teniente de navío le cogió las manos con encantadora vacuidad, exclamando:

—¡Sufres y tienes alguna pena muy grande! ¿A quién confiarla sino á mí? ¿No fui en otros tiempos tu único amigo, tu hermano? ¿Acaso, porque durante tantos años estuvimos alejados el uno del otro, hemos dejado de estimarnos? ¿Olvidastes la alegría que experimentamos poco ha al encontrarnos? Una sola mirada nos bastó para reconocernos, á pesar de tan larga separación, y antes de que se cruzasen nuestras manos, nuestro corazón nos impulsó el uno hacia el otro.

—¡Ah! ¡Por qué no te habré hallado antes!—respondió Adriano de C...—Habríasme ayudado con tus consejos y quizás hasta consolado... Ahora ya no se puede hacer ni decir nada.

Y, como si tuviese miedo de que le hiciesen nuevas preguntas ó de no poder resistir á nuevas instancias, púsose en pie é hizo que su amigo le siguiese á los salones del piso principal.

Estos habían cambiado de aspecto después de abandonarlos el oficial de marina, reinando en ellos mayor animación y alegría. Terminada la cena, habían caído como por descuido algunas caretas, dejando al descubierto rostros muy lindos, mientras que tras otras dejábanse adivinar otros no menos hermosos y ciertos hombros, comprendiendo que tenían que llenar algunos deberes, iban echando, poco á poco, hacia atrás el capuchón que los cubría y aparecían desnudos y provocadores.

El dueño de la casa, viéndose sin fuerzas para resistir tantos ruegos é instancias tan continuadas, cambió el programa de la fiesta y permitió algunos vales y rigodones.

A la charla sucedió la risa y el baile reemplazó á la intriga y al discreto: dejó de ser una recepción y se convirtió en un baile, tanto más animado por lo tarde que había comenzado, y porque eran muchos los que deseaban tomar el desquite de las tardanzas y larga inacción.

Recorrieron los dos amigos por última vez los salones, dirigieron una postrera mirada á los grupos de bailarines y luego, de común acuerdo, se retiraron.

Recorrieron á pie la avenida de Friedland y el boulevard de Hausmann, y á las cinco de la madrugada se separaron en la plaza de la Magdalena, después de ponerse de acuerdo para encontrarse á eso de las tres en el hotel de Baden, en el que vivía á la sazón Camilo V...

El oficial de marina esperó á su amigo á la hora convenida, pero aquél no se presentó. Y empezaba á impacientarse, cuando vió entrar en su cuarto á un camarero del hotel, que le entregó una carta que hacía muy pocos minutos había llevado un mozo de cordel. Era de Adriano de C... y he aquí su contenido:

«Fuí anoche á esa casa de la avenida de Friedland con la esperanza de que la animación y el barullo de una reunión disiparían un tanto mi tristeza, mas no logré nada, y hace seis semanas que en vano lucho contra la pena

que me ahoga. París está lleno para mí de crueles y amargos recuerdos. Me marché y no sé a dónde voy ni qué camino seguiré. Tú, como buen amigo, me perdonarás por alejarme sin decirte ni adiós. Tengo miedo de que me interrogues y me arranques mi secreto, y en este momento me falta precisamente el valor necesario para revelártelo, pero te prometo, querido amigo, que un día lo conocerás. Cuando esté más tranquilo y sea más dueño de mí, propóngome escribir mi curiosa y excepcional historia. Te la enviaré, y si es que crees que su conocimiento puede ser útil a alguien, puedes publicarla, pues para ello te autorizo. No me nombrarás, tengo confianza en tu delicadeza y a nadie se le ocurrirá la idea de reconocerme, ¿qué me importa! ¿Sé lo que va a ser de mí?

Adriano de C... cumplió su promesa y publicamos el manuscrito que envió a Camilo V... y que éste tuvo a bien confiarnos.

II

«Mi iniciación en la vida, querido amigo, parecía como que indicaba que yo había nacido bajo la influencia de una estrella afortunada. Estudié en el Liceo Bonaparte y obtuve todos los años muchos premios de honor. Me presenté en la Escuela Politécnica e ingresé en ella con el número tres. Dos años después entré en la Escuela de Ingenieros, y de ella salí con el título de ingeniero civil, y, al poco tiempo, me encargaron la construcción de un túnel en una línea nueva de ferrocarril; la tarea estaba llena de

dificultades y se presentaron muchos obstáculos, pero triunfé, conseguí renombre, y el ministro me condecoró con la Legión de Honor, cuando yo apenas había cumplido los veinticinco años.

Poco después me propusieron que hiciese un viaje a Egipto para ponerme al frente de trabajos de mucha importancia, y acepté, y en diez años hice mi fortuna. Regresé entonces a Francia con intención de gozar de ella, llevando una vida más agradable, y quizás con la idea de casarme, y aquí es donde mi estrella empieza a palidecer. Apenas manifesté que tenía el propósito de casarme, mis protectores y amigos, y sobre todo sus esposas, me hicieron mil ofertas de sus servicios, proponiéndose disponer de mi mano, para lo cual me abrumaron materialmente con incontables invitaciones a banquetes, bailes y conciertos. Me hicieron ir al campo y me presentaron a todas las jóvenes casaderas de la creación.

Era yo, en efecto, lo que se llama un buen partido, joven, condecorado, rico, no mal parecido, y sólo dependía de mí elegir entre las más encantadoras y de mejor dote. No tenía que hacer más que inclinarme para escoger, como me aseguró riendo la señora de F..., una de las parisenses más elegantes y mi más decidida protectora.

Creedlo; vacilé antes de decidirme y me di tono, diciendo: esa es fea, la de más allá tan hermosa que da miedo, aquella otra me convendría, pero tiene una familia tan numerosa, que yo parecería un jefe de tribu; la señorita A... se viste como la dama del lago; la hermosa señorita B... tiene una voz que recuerda el chillido del pavo. En una palabra, que hallé placer en entregarme a la busca de la bestiecilla, y de tal modo lo hice, que habría agotado la paciencia al señor de Foy.

Hicieron, sin embargo, nuevas tentativas; mis vacilaciones y resistencias exasperaron a mis protectoras, que juraron habían de vencer la resistencia que las oponía mi mala voluntad, y ya no presentaron a las herederas aisla-

das, sino á hornadas, de manera que yo no tenía que hacer más que elegir en el montón. Por delante de mis ojos, que, por cierto, empezaban á turbarse, desfilaron rostros pálidos y de encendidos colores; jóvenes bajitas, de mediana estatura y altas, de hombros puntiagudos huesosos y de hombros redondos; de cabellos de todos de todos los matices desde el negro azabache hasta el castaño claro; del rubio ceniciento al rubio veneciano; de labios delgados y de labios carnosos, sensuales y ligeramente entreabiertos, y, por último, narices de todas las formas y para todos los gustos. Fué una procesión inacabable, una linterna mágica perpetua, un kaleidoscopio viviente.

Pues bien, semejante desfile me irritó, me atacó los nervios y empecé á decirme que las más hermosas eran feas é insoportables las más encantadoras, de modo que en lugar de escoger entre aquellas criaturas, más ó menos divinas, las mandé á todas al demonio.

—¡Ah! Sois muy exigente, —me dijeron.—Cuidaos vos mismo de ese asunto, que nosotras no tenemos para qué mezclarnos en él.

Esto era precisamente lo que yo pedía, y en adelante, señora, al entrar en vuestro salón, no me diréis como antes: «—Mirad allí, hacia la izquierda, á aquella joven de la tercera banqueta, ¿no es cierto que es bonita? Pues bien, posee ciento cincuenta mil francos, y hay esperanzas de que ese capital vaya en aumento. Y aquella otra, la de al lado de la chimenea, tiene un espíritu endiablado y un padre millonario. Esa otra, la tercera, es un ángel. Yo la ví nacer, por lo que respondo de ella como si fuese hija mía. Esa otra...». Pero basta, señora, porque me haréis padecer un torticollis, porque mi cabeza no es una veleta.

Volví al cabo un señor como todos los demás, y tuve el derecho de hablar en un rincón con un amigo, sin que algunas miradas pareciesen decirme: «—Perdéis el tiempo, joven, porque no vinisteis aquí á charlar ó distraeros, sino á ocuparos de vuestro porvenir». Pude saborear las dul-

zuras de una partida de ecarté; tuve libertad para paladear un helado sin que ninguna dama me cogiese de la mano para presentarme á toda una patulea de jóvenes flacas ó gordas, que acababan de invadir un salón. ¡Ah! Podía respirar, y si se me antojaba casarme, lo haría, os lo aseguro, señora, sin preveniros, porque me hicisteis tomar ojeriza al oficio de casamentera.

Pasaron tres meses, durante los cuales juré á cuantos quisieron oírme, que moriría soltero.

¡Ah! ¡Si yo hubiese podido cumplir mi juramento! Pero no anticipemos los sucesos, cuya narración ire haciendo poco á poco.

En un hermoso atardecer del verano de 186... y sentado en un sillón de alambre, en los Campos Elíseos, fumaba yo filosóficamente un cigarro, cuando fueron á sentarse tres personas á poca distancia del sitio en que yo me hallaba.

Indolentemente dirigí una mirada distraída á mis nuevos vecinos, y, sin gran trabajo, reconocí que tenía delante á una honrada familia, compuesta de un padre de aspecto respetable, de una madre de mediana edad y una joven que tendría de veinte á veintidós años. Preocupados con la contemplación del gentío, que desfilaba por delante de ellos, no habían cambiado una palabra después de sentarse, y de pronto el padre se encaró con la hija, diciéndola:

—Paula, te aconsejo que cambies de silla, porque la tuya está mojada.

—No, está muy seca, —respondió con acento breve la joven á la que llamaban Paula.

—Haces muy mal, porque cogerás un enfriamiento y esta noche toserás, te lo advierto.

—Está bien, toseré.

—Vamos, hija mía, escúchame, sé razonable, pues es por tu bien por lo que te lo digo.

En vez de responder, contentóse la joven con hacer un

imperceptible movimiento de hombros, y su padre iba, á la cuenta, á insistir de nuevo, cuando su mujer le dijo:

—No hará más que lo que se le antoje; no te empeñes en convencerla, porque perderás el tiempo.

—Parece que la tal señorita Paula tiene un carácter excelente, y que el hombre que se case con ella será un mortal afortunado. ¡Y pensar que en otros tiempos tal vez formó parte de aquel famoso desfile y que me la habrán presentado como modelo de todas las perfecciones! Veamos si la reconozco.

Acerqué mi sillón, porque la elevada estatura de su padre me la ocultaba en parte, y me quedé deslumbrado.

Y, no obstante, en tiempos, en los de la procesión, había tenido ocasión de ver algunas verdaderamente hermosas, pero aquella sobrepujaba á las que lo eran más.

¡Ah! ¡Jamás la olvidaré, amigo mío! En vano quiero dominarme y luchar contra mis recuerdos, porque, á pesar mío, evoco su imagen y ésta se me presenta en seguida y la veo adelantándose indolente, flexible y voluptuosa hasta en sus menores movimientos. No obstante ser aún muy joven, su pecho está muy desarrollado y sus caderas, redondas como las de una española, contribuyen á que resalte su talle elegante y esbelto. Su pie, nervioso y alto de empeine, coquetonamente calzado con ceñida botita de tacón alto, parece no tocar apenas al suelo. Se me acerca y todo mi sér se estremece y me embriagan los acres y misteriosos perfumes que se escapan de su cuerpo, y, antes de que hable, oigo su voz vibrante, acentuada, casi masculina. Se inclina hacia mí y la contemplo.

¡Cuánta voluptuosidad en aquellos ojos negros medio velados por largas sedosas pestañas y rodeados de azuladas ojeras! ¡Cuánta sensualidad en sus rojos labios, un tanto recogidos, por así decirlo, sobre sí mismos y cubiertos de provocativo y finísimo bozo.

III

Todas las reflexiones que acabo de hacer acerca de la belleza de la joven, á la que me acercó la casualidad, no se me ocurrieron entonces. Limiteme á observar que mi vecina era notablemente hermosa, y no pude por menos de contemplar con cierto interés hasta sus movimientos más insignificantes. Debo confesar, sin embargo, que me pareció que no se fijaba en la continuada atención de que era objeto, pues ni una sola vez fijó en mí sus miradas ni se hizo culpable de ninguna de esas inocentes coqueterías que se permiten algunas jóvenes, hasta las más honradas.

Sus padres sostenían entre ellos una conversación mientras que la joven sin hacerles caso, dirigía una mirada distraída y soñadora á la multitud. Su espléndida belleza llamaba de vez en cuando la atención á algunos paseantes, jóvenes ó viejos, que se paraban ó bien se volvían para contemplarla, sin que esto la hiciese abandonar su apática indiferencia.

Sólo una vez la vi abandonar su insensibilidad para seguir con la mirada á una mujer rubia y bastante linda, que pasó por delante de ella. Á la cuenta la llamó la atención su tocado demasiado vistoso y se volvió para verla durante más rato.

—Está visto,—dijo su padre molesto por el obstinado silencio de la joven,—que Paula no se divierte cuando se halla á nuestro lado.

—También yo lo he observado,—contestó con tristeza su madre,—y veo que Paula no puede prescindir de la compañía de la señora de Blangy, pues se aburre cuando su amiga no está a su lado y nosotros no somos bastante para distraerla.

Esta observación, muy maternal por otra parte, causó, al parecer, cierta impresión a mi vecina que, al cabo, se dignó despegar los labios.

—Es muy natural,—dijo,—que me guste estar al lado de la señora de Blangy porque durante seis años estuvimos juntas en el convento y después ha seguido siendo mi amiga.

—No te echamos en cara esa amistad,—replicó su padre, que parecía querer hacer todo lo posible para no malquistarse con su hija,—lo único que deploramos es que entibie el cariño que debes tenernos.

—Os equivocáis, padre mío,—repuso la señorita Paula,—porque el cariño que tengo a la señora de Blangy no se parece en nada al que os profeso y no puede perjudicar a este.

—Así sea. Entonces habla un rato con nosotros. ¿Cómo es que tu amiga no nos acompañó esta tarde a paseo?

—Porque tiene gente a comer, pero me prometió que, terminada la comida, haría lo posible por encontrarnos.

—Es de temer que no nos vea, empieza a hacerse de noche y, según tengo entendido, la condesa es algo miope.

—No os apuréis por eso y tranquilizaos, que si pasa por delante de nosotras yo la reconoceré,—contestó Paula.

Esa conversación, de la que no perdí ni una palabra, porque, poco a poco, habíame ido acercando a mis vecinos, me llamó mucho la atención, porque precisamente conocía a la señora de Blangy.

Durante el invierno anterior, y en ocasiones distintas, la había encontrado en casa de la señora de F..., aquella casamentera tan tenaz, y su belleza llamádome mucho la atención.

Es más, creo que, durante muchos días, la presencia de la señora de Blangy perjudicó mucho en mi ánimo a las jóvenes casaderas que desfilaban en mi presencia, porque en cuanto se presentaba la condesa olvidaba yo, con gran desesperación de la señora de F... los bailes prometidos u ofrecidos y abandonando mis propósitos matrimoniales íbame a un rincón a charlar con la recién llegada.

Tan rubia como morena era su amiga Paula, poseía Berta de Blangy un encanto especialísimo: en sus ojos azules reflejábanse a veces la ingenuidad y el atrevimiento: tenía su voz inflexiones de infinita dulzura y su boca, de excepcional pequeñez, dejaba entrever unos dientes blanquísimos unos contra otros muy apretados. Su barbi-lla redonda y llena, tenía un oyuelo en el centro capaz de hacer soñar a un anacoreta. Las mujeres mismas no podían por menos de admirar sus hombros de un modelado correctísimo, y los hombres no pensaban en quejarse de que, a veces, los dejase en exceso descubiertos.

Admiraba y encantaba su ingenio vivo, siempre preparado para la réplica y fértil en ocurrencias de todos géneros y clases. Armada siempre con un *impertinente* se os acercaba de pronto y os hacía con su aire imperioso una pregunta de las más atrevidas a la que seguía casi inmediatamente una observación que habría hecho ruborizar, por lo inocente, a una colegiala.

Era, en una palabra, una mujer de lo más seductor que imaginarse puede y de tal manera me sentí atraído hacia ella que un día me atreví a confesárselo. Acercóseme mucho, miróme a través de los cristales de su *impertinente* y me dijo:

—Perdéis lastimosamente el tiempo, señor mío, pues he tenido un marido que fué lo suficiente para que tomase aversión a todos los hombres y, por tanto, no tengo deseos de remplazarle.

En vez de las palabras «he tenido un marido» pudo haberme dicho «tengo un marido» porque, según se decía, el

conde de Blangy vivía aún en algún apartado lugar de Francia ó del extranjero. Hombre rico, de linajuda nobleza, muy considerado en la buena sociedad, agregado al ministerio de Negocios Extranjeros, en el que le alababan como persona de mérito, habíase encontrado, hacia dos años, en un salón de la Chaussée de'Antin, ante Berta y Paula, las dos inseparables, las dos amigas y compañeras del convento, la rubia y la morena, como las llamaban.

Impresionóle la belleza de las dos jóvenes; preguntó sus antecedentes é hizo que le presentasen á las familias de ambas y durante mucho tiempo dudó y vaciló entre la rubia y la morena y, al cabo, decidióse por la primera, casándose con ella. Transcurrieron seis meses y durante ese tiempo los amigos del conde de Blangy pudieron observar que el rostro de éste sufría graves alteraciones, operándose al mismo tiempo un cambio radical en su carácter. Volvióse taciturno, mostrábase triste y sólo se presentaba de vez en cuando en el despacho del ministro, en el que estuvo por última vez durante el invierno de 186... para pedir una licencia ilimitada, estrechar la mano á algunos de sus colegas, á los que anunció que iba á emprender un viaje que debía durar algunos años.

Y, en efecto, márchose tres días después y no se supo jamás á que lugar se había dirigido.

En la alta sociedad se hicieron muchos comentarios acerca de aquel viaje tan precipitado, seguido de una completa separación, á los seis meses de celebrado el casamiento.

Quisieron algunos explicar la conducta del conde sosteniendo que había experimentado crueles decepciones en su hogar y que se alejaba de este sin gritos ni recriminaciones y obrando como un verdadero caballero al abandonar á una mujer indigna de él. Semejantes suposiciones no se apoyaban sobre ninguna prueba, no existía hecho alguno en qué fundamentarlas y, por su parte, el conde de Blangy no pronunció ni una sola palabra que pudiese

perjudicar en lo más mínimo la consideración de que disfrutaba su esposa.

Si ésta tenía modales un tanto excéntricos, en cambio, la malevolencia no pudo jamás hacer presa en su conducta. No recibía á solas la visita de ningún hombre y solo se la veía salir acompañada de la señorita Giraud.

Tal era la persona á la que mis vecinos de asiento estaban esperando, y que tardó poco en presentarse entre los paseantes.

Antes que los que me rodeaban la ví acercarse dando el el brazo á un señor anciano al que, tal vez, había rogado que la acompañase hasta allí y del que se separó tan luego se hubo reunido con sus amigos, entre los que penetró con mucha algazara, besando á la señorita Giraud en las dos mejillas, sentándose después á su lado y á alguna distancia de los padres de ésta.

Hubiera querido cojer al vuelo alguna frase de la conversación de las dos jóvenes, pero, como hablaban en voz muy baja, no pude satisfacer mi curiosidad.

A la media hora pusieron en pie mis vecinos y se alejaron por la avenida de los Campos Elíseos, poco menos que desierta á aquellas horas.

Echó á andar la señora de Blangy apoyándose en el brazo de Paula y tras ellas lo hicieron los señores Giraud.

Cuando me quedé solo me levanté también marchándome al Circo ecuestre, en el que presencié los últimos ejercicios, retirándome después á mi hogar de célibe.

Aquella noche no pude apenas pegar los ojos, pues me persiguió durante largas horas el recuerdo de la hermosa Paula, habiéndose grabado ya tan profundamente, como hoy lo están, en mi memoria todos y cada uno de los rasgos tan acentuados de su rostro pareciéndome además, que aún resonaba en mis oídos embelesados su voz vibrante, varonil. Figurábame ver también sus ojos, unas veces de mirada atrevida y otras de languida velada por las sedosas pestañas, y hasta me repetía sus menores palabras.

Lo que más me chocó fué la animación con que habló con la condesa y el destello de alegría que iluminó su mirada al ver á esta y me dije que una joven que profesaba de tal manera la amistad debía sentir de una manera poderosa el amor y que su corazón encerraba tesoros de cariño y ardores contenidos pero dispuestos á manifestarse al presentarse ocasión.

Lo que me fué dable adivinar, al observar un rasgo de su carácter descontentadizo, me embelesó en vez de hacerme meditar y me dije que todas las jóvenes que en tiempos me presentara la señora de F... eran, según ésta, modelos de candor y de virtud, ángeles que, por equivocación, vivían en la tierra. Este contacto continuo con tanta y tanta virtud llevome en ocasiones á pedir que se presentase alguna joven que tuviese algún defecto físico ó moral, y hasta puedo asegurar que había deseado algún vicio ó defecto que no fuera muy desagradable lo cual bastara para arrancarme de mi indiferentismo, más nunca logré que se me complaciese en esta parte, pues la señora de F... empeñábase en poner en las nubes á todas sus protegidas dotándolas hasta de alas, por lo que no me quedó más remedio que resignarme. Esto contribuyó muchísimo á que me quedase muy satisfecho por haber encontrado yo personalmente, tan anhelada imperfección en una joven casadera.

Al cabo y á eso de las cinco de la madrugada pude quedarme dormido diciéndome en mi fuero interno que á no haber hecho juramento de permanecer soltero toda la vida, la señorita Paula Giraud me habría convenido por más de un concepto.

Al día siguiente, y en los sucesivos, me acordé mucho de mi preciosa vecina y confiando en que podría volverla á ver estuve varias veces en los Campos Elíseos, mas no logré mi propósito.

A la vez que esto ocurría sucedía que, poco á poco, y como si no me diese cuenta de ello, ibanse desvaneciendo

mis ideas de condenarme á un celibato perpetuo y me repetía que, en realidad, no tenía motivo alguno para odiar el matrimonio y hasta fui hallando pretextos mil para decirme que la vida de soltero era verdaderamente insoponible; la planchadora no se esmeraba lo suficiente con mi ropa, mis criados me servían mal y mis comidas no eran todo lo apetitosas que tenía derecho á esperar y además me robaban, en una palabra, que me convencí de que era indispensable que una mujer gobernase mi casa.

Al mismo tiempo hacíase cada día más triste y pesada mi soledad y comprendí que había llegado el momento en que debía crearme un hogar y una familia.

Después de pasar una semana entre luchas y vacilaciones resolví, al fin, dar el paso que parecían indicarme las circunstancias: fuíme un día á la calle de Caumartin á visitar á la condesa de Blangy.

IV

Hallé á la señora de Blangy sola en su salón. Sucedió esto á eso de las tres de la tarde, que fué la hora en que la anunciaron mi visita.

Al verme entrar, exclamó:

—¡Creía que os habíais muerto!

—Todavía no, condesa, pero ¿en que se funda semejante creencia?

—En que como hacía tanto tiempo que no os veía se me figuró que era posible hubiese sucedido eso.

—Pues yo me figuraba, señora, que estaríais veraneando y no podía tener la esperanza de...

—Y si me crelais ausente,—me dijo interrumpiéndome—¿qué motivo hay para figuraros que regresé?

—Que tuve el placer de veros hace unos días en los Campos Elíseos.

—¡En los Campos Elíseos! Es cierto, estuve allí la pasada semana y como entonces se explica el que no me saludáseis?

—Era anochecido y no habíais podido verme.

—Es muy posible porque soy muy corta de vista.

—Esto aparte de que os hallábais en compañía de una familia á la que no tengo el honor de conocer.

—¡Ah! Ahora recuerdo... sí, es cierto, estuve allí con los señores Giraud. Somos muy amigos.

—Así lo creí al observar la gran impaciencia con que os esperaban, sobre todo aquella joven tan hermosa que estaba hacía rato muy impaciente por que tardabais bastante.

Eché mano la condesa á su impertinente, y mirándome á través de sus cristales, replicó:

—Paula Giraud es mi mejor amiga.

—Envidio esa amistad que os honra mucho, porque la señorita Giraud es verdaderamente muy linda.

—¿No es verdad que lo és y mucho?—dijo con mucha viveza la condesa como si la agradase el oír ponderar á su amiga.

Calmóse de pronto, sin embargo, y me preguntó:—Pero ¿es que os agradan ahora las morenas?

—Siempre gocé, condesa, contemplando lo que en realidad puede decirse que es bello.

—Conformes, más, si mi memoria no me es infiel, recuerdo que durante el invierno pasado érais partidario de las rubias y así lo demostrásteis.

—¡Que queréis! Las rubias no quieren hacer caso de mis demostraciones.

—Puede que hayan hecho mal, y fuisteis más afortunado con las morenas?

—Tuve la fortuna de hallar una que me encantó, más esa no me conoce.

—Quien sabe si con eso habréis adelantado más camino—dijome la condesa de Blangy con su acostumbrada impertinencia y á continuación añadió:—Y esa morena ¿es la señorita Paula Giraud?

—¡Señoral

—Vamos, no hagáis el inocente y no tratéis de ocultarme vuestro juego ¿acaso no adiviné cual era el objeto de vuestra visita? Pasáis más de seis meses sin dar señales de vida y sin dignaros siquiera dejar una tarjeta á mi portero y de improviso caéis en mi salón como un bólido y enseguida, á las primeras de cambio, pronunciáis el nombre de mi amiga deshaciéndoos en elogios de ella; ¿Os creéis que soy una niña inocente? Convenid en que desde el primer momento os impresionó mucho la belleza de Paula y que, como estáis dominado por la monomanía matrimonial, venís á mí para que os dé informes acerca de mi amiga la señorita Giraud, ¿es ó no exacto?

—Esa es la verdad, condesa.

—Vamos, es preciso confesar que, al menos, sois franco. Está bien, hablemos. Paula acaba de cumplir veintidós años; es linda, tiene talento, pero al mismo tiempo es muy amiga de hacer su voluntad. Os lo digo porque pudisteis apercibirlos de ello antes de que yo os lo asegurase. Por último, sus padres no pueden dotarla ni poco ni mucho.

—Detalle es ese que para mí no tiene importancia alguna.

—Confieso que me sorprendéis.

—Trabajé sin tregua ni descanso hasta hoy solo para poderme casar con una mujer que sea de mi agrado,—proseguí sin hacer ningún caso de la interrupción,—así que jamás conté con su fortuna. Por eso no deseo ocuparme más que de sus condiciones y de la respetabilidad de su familia.

—Por lo que hace á Paula tiene, á mi entender, muchas

y muy buenas cualidades,—díjome la señora de Blangy con sonrisa casi burlona,—y no obstante bien pudiera suceder que su marido no supiese apreciarlas.

—¿Porqué, señora?

—Los hombres son muy raros. Pero continuemos: la honradez de la familia Giraud es indiscutible. La señora Giraud es una mujer excelente, benévola, indulgente, incapaz de creer en el mal, y de una condescendencia exagerada con su hija. El señor Giraud, jefe de negociado en la administración de una empresa importante, sale de su casa a las nueve de la mañana, vuelve a las seis para comer, y pasa las veladas en el círculo, cuando no tiene obligación de volver a la oficina. A fin de mes, lleva a su casa el sueldo, del que se reserva una pequeña parte para sus gastos particulares y no se ocupa de nada más. Es un hombre honrado, pero tan corto de alcances que no ve más alta de sus narices.

—¿Pero deja de ver algo?—le pregunté.

—No digo eso: empleé una frase vulgar y muy usada, que pinta gráficamente el carácter del señor Giraud. ¿Tenéis bastantes noticias ó necesitáis más pormenores? Preguntad sin reparo, pues dispuesta estoy a ser condescendiente, por que el tiempo anuncia agua y no me molestan los nervios; creo en la amistad y tal vez os haría un buen servicio aconsejándoos; voy, pues, a darle un consejo.

—Que acepto con mucho gusto.

—Volved cuanto antes a casa de la señora de F... en la que os encontré el año pasado, y decidla: «Señora; debéis tener otra hornada de muchachas casaderas, ¿seréis tan buena que me las presentéis? Os prometo decidirme esta vez.»

—En otros términos, condesa,—observé,—me aconsejáis que no piense en la señorita Paula Giraud.

—Os aconsejo únicamente, que volváis a la casa de la señora de F...

—Porque la señorita Giraud no forma parte de la hornada.

—Lo que queréis. Ya he dado el consejo ¿lo seguiréis?

—Desearía saber antes, si este consejo es desinteresado.

—¿Que queréis decir, caballero?—preguntó con alguna viveza la condesa.

—Por Dios, condesa, el sentimiento que supongo os inspira es muy natural. Cuando se tiene una amiga íntima, siempre disgusta ver que casa, ya no pertenece tanto como antes a la amistad y amenudo se pierde la influencia que se tenía sobre ella, y escapa el corazón que puede llegar hasta el olvido.

—¡Oh! no dudo de Paula, que continuará queriéndome.

—Y tendrá razón, señora,—repliqué—y eso es una prueba en su favor.

—Entonces,—continuó Berta de Blangy—todo lo que vengo diciendo desde hace una hora, lejos de hacerlos renunciar a vuestros propósitos, os ratifica más en ellos?

—Yo creo que...—balbuceé.

—Soy una buena mujer y contra mis costumbres os doy un excelente consejo y en vez de seguirlo, tratáis de averiguar los motivos más ó menos interesados lo dictan.

—Pero...

—Me pusisteis nerviosa, señor mío: justo es que me desahogue. Desde luego me permitiréis que os observe, pues, gracias a mi miopía, me parece que no os conozco. Hace tiempo me hicisteis la corte, pero os confesaré que si no acepté esas galanterías fué porque había tomado una resolución; lo cual no debe molestar vuestro amor propio. Hoy se trata de la felicidad de mi mejor amiga y no tengo el derecho de mostrarme indiferente.

Y, sin aguardar ni pedirme mi consentimiento, la condesa calóse los lentes, se aproximó a mí y me inspeccionó.

—Los rayos son finos, distinguidos,—dijo al cabo de un instante—sois lo que se ha convenido en llamar, un buen mozo.

Y, al irme á inclinar para darle las gracias, continuó en estos términos:

—Después de haber hecho justicia á las perfecciones físicas, debo añadir que sois de esos hombres venidos al mundo para ser amados tranquilamente, con cordura, por una buena muchacha, pero que deben renunciar á inspirar una verdadera pasión. Las mujeres no se enamoran violentamente más que de hombres de una fealdad extraordinaria ó de una belleza acentuada y enérgica. Mirabeau ó Danton: he ahí los tipos de esa belleza. No os parecéis ni al uno ni al otro, y no debéis por tanto pretender más que afecciones tranquilas. Bajo este punto de vista, sois el marido que conviene á mi amiga Paula.

—¿Cómo entendéis eso?—la pregunté.

—Lo entiendo á mi manera. Entendedlo como mejor os cuadre.

—Queréis decir, sin duda,—insistí—que entre marido y mujer no es preciso amarse locamente.

—No quiero decir nada. Continuemos el examen; ahora se trata de lo moral. ¿Me prometéis responderme con franqueza? Tened presente que se trata de vuestro porvenir y del de mi amiga.

—Prometo decir la verdad, y nada más que la verdad.

—¿Fuisteis buen estudiante?

—Excelente: siempre he ganado los premios en mi clase.

—Formaríais parte de esos que se llaman aplicados.

—Sí, señora, lo confieso.

—Y terminadas las clases, habréis llevado en París la vida del soltero.

—No he tenido tiempo, señora: enseguida entré en la Escuela politécnica.

—Muy bien, pero cuando salisteis...

—Ingresé enseguida en la Escuela de puentes y caminos.

—Mejor, que mejor. ¿Y después?

—Estuve dos años en provincias, construyendo un túnel.

—Perfectamente: ¿y construido el túnel...?

—Marché á Egipto en donde he vivido diez años ocupado en abrir canales y trazar caminos de hierro.

—Entonces, vuestra existencia ¿fué la de un anacoreta?

—Casi, casi.

—No os ruboricéis. Los anacoretas tienen mucho mérito.

La sonrisa burlona, que desde hacía un instante se dibujaba en los labios de la condesa, desapareció; púsose seria y me dijo:

—Del examen de conciencia que os hice hacer, amigo mío, y al cual os prestásteis gustoso, se desprenden las conclusiones siguientes, como dice mi abogado: Sois un buen hombre, una persona honrada que merece ser dichosa. Insisto en mi consejo y esta vez me lo dicta el corazón.

Os aconsejo que volváis á casa de la señora F... para contarla nuestra conversación, y casaros lo antes posible con la menos gruesa de sus protegidas. Si, á pesar de todo no queréis escucharme y persistís en el proyecto que os trajo á esta casa, entonces me lavaré las manos, y es probable que aconsejaré á Paula que se case de todos modos, teniendo ella necesidad de casarse más tarde ó más temprano, nadie mejor que vos puede ser su esposo. Sobre este asunto, he dicho lo que tenía que decir. Hasta la vista, y buena suerte; vuestro destino está en vuestras manos.

V

Esta fué mi conversación con la condesa de Blangy. He intentado explicar todos los matices y referir todos sus detalles.

Desgraciadamente no me chocaron como más tarde. No concedí á estos consejos, dados en un momento de mansedumbre, que debía agradecer, toda la verdadera importancia que tenían, persistí en creerlos interesados, suponiendo que la condesa, celosa del afecto de la señorita Giraud, quería, por egoísmo, retardar todo lo posible el casamiento de su amiga.

Yo hubiera renunciado, sin embargo mi duda á mis proyectos y olvidado á mi linda vecina de los Campos Elíseos, si la casualidad no se hubiese complacido en ponerme de nuevo en mi camino.

Una semana después de mi visita á casa de la señora de Blangy, vi á la señorita Giraud en un palco de la Ópera, en compañía de su madre y de un señor de unos cincuenta años, á quien reconocí como á un antiguo amigo de mi familia.

La incomparable hermosura de la amiga de la condesa se me presentó aquella vez bajo un aspecto distinto. Las luces daban á su tez una tersura maravillosa, sus grandes ojos negros centelleaban; á través de sus labios purpúreos aparecían sus dientes de una blancura incomparable y su corpiño medio descotado dejaba entrever un pecho y unos hombros maravillosos. Situado junto á la orquesta y como mecido por la música de *Lucia*, no cesaba de admirar todas sus perfecciones.

aquella noche se decidió mi suerte.

Dicho sea entre nosotros, querido amigo, merecía yo en parte ese epíteto de anacoreta con que me había honrado la señora de Blangy. Mi vida, siempre en actividad desde los diez y nueve á los veinticinco años, me alejó continuamente de los placeres parisienses y en Egipto las aventuras é intrigas amorosas son muy raras.

Tenía deseos de libar ciertas copas, de vivir después de haber vegetado, de sentir emociones violentas, y la señorita Giraud me parecía la única para procurármelas.

En fin, ya lo habréis comprendido, era yo, y soy quizá aún, lo que se llama un cándido. No se obtienen impunemente dos premios en grandes concursos, el premio de honor en retórica y el tercer lugar en la Escuela politécnica.

Tales éxitos, debía pagarlos tarde ó temprano. Las cualidades intelectuales demasiado ejercitadas, atrofian muchas veces la imaginación, esta es necesaria para afrontar ciertas desgracias y para ver los peligros. En una palabra, sed todo lo honrado que queráis, pero estad al corriente de todos los defectos humanos á fin de tenerlos siempre presente y desconfiar de ellos.

Tened físicamente el respeto de la propia personalidad mas no temais que vuestra imaginación pueda extraviarse cuando trate de juzgar á los demás. No había reflexionado lo bastante acerca de tan excelentes preceptos, y la señora de Blangy adivinó lo que era en realidad, cuando dándome permiso para retirarme me dijo:

«Después de todo, sois el marido que conviene á Paula.»

Ya os dije que un antiguo amigo de mi familia acompañaba á las señoras Giraud el día que las encontré en la Ópera.

Me apresuré á irle á buscar en el salón de descanso durante un entreacto, y comencé á hablarle de aquello que ejercía ya gran imperio sobre mí.

Fui á parar á mal sitio, porque mi amigo no dejó de elogiar á la señorita Paula, á la que había visto nacer y desarrollarse. Era, según decía, encantadora, adorable; tenía todas las perfecciones; dichoso aquel que se casara con ella: era una mujer completa.

El señor de Arnoux, tal era el nombre del entusiasta, creía de buena fe, estoy persuadido de ello, todo lo que me decía. Era, además, eco de toda la opinión pública. Gracias á nuestras costumbres se está obligado á juzgar á las jóvenes por las apariencias, y ordinariamente estas son favorables. Una sola persona, y aún, puede ilustrar acerca de ese punto, y esa persona es la amiga íntima. Yo había tenido la suerte de conocer á la de la señorita Giraud; que se prestó á darme excelentes consejos que yo no seguí. Merecía mi suerte.

El señor de Arnoux no tardó en apercibirse de la atención con que yo escuchaba sus informes, y adivinando la causa, me interrogó sobre los proyectos de lo porvenir, y como por mi tenía tanto interés como por la señorita Paula, me propuso presentarme á la familia. Cometí la imprudencia de aceptar.—«Quiero juzgar por mi mismo:—dije—quiero saber quien tiene razón, si el señor de Arnoux, que es un hombre respetable, casi anciano, ó la señora de Blangy una mujer ligera de cascos. Si en la señorita Giraud descubro defectos peligrosos para mi reposo, siempre será tiempo de renunciar á mis proyectos.»

Este razonamiento es de los más absurdos: el hombre enamorado, como yo comenzaba á estarlo, no ve ningún defecto; si, lo que es imposible, saltan á sus ojos, los disimula, los atenua y si no tiene medios para disimularlos, los convierte en virtudes.

A los tres días de mi encuentro en la Ópera, me presente en la habitación ocupada por la familia Giraud, en la misma calle que la de la señora de Blangy.

Pasaré en silencio los detalles de esta primera visita y de las que siguieron. El señor Giraud me acogió desde los

primeros días con gran cordialidad. Sus modales francos y abiertos, parecían decir:—Antes de recibirlos en mi casa, he pedido informes y son excelentes. Me alegro de que penséis en mi hija; procurad agradarla, y yo daré á vuestro enlace mi más solícito consentimiento. La señora Giraud, se mostró desde luego más reservada. Puede ser que no participase de las esperanzas que su marido fundaba en mí, ó tal vez, sufriendo siempre los defectos de carácter de Paula, temería que me produjeran mala impresión.

Más tarde, sin embargo, cuando vió que yo me prendaba cada día más de su hija, y que sus defectos no parecían molestarme, rompióse el hielo y la pobre señora me tomó verdadero cariño.

En cuanto á Paula, nunca podré acusarla de haberse mostrado coqueta conmigo, ni de impulsarme al matrimonio con zalamerías. Me mostró desde el principio una indiferencia que no abandonó todo el tiempo que la hice la corte.

Pero, sin pasar por muy inocente, podía yo equivocarme acerca de la naturaleza de sentimientos que inspiraba. Lo que se ha dado en llamar frialdad en las jóvenes no es, con frecuencia, más que reserva y timidez. Muchos se alegran de esta frialdad y aún los menos infatuados con su persona se prometen á sí propios representar con sus futuras, el día que se casen, el papel de Pigmaleon con Galatea. Tal papel debía de ser seductor con la persona que intenté describiros, y todo parecía indicar que bastaría un soplo para animar tan admirable estatua.

Para terminar, á las seis semanas de mi presentación á la familia Giraud, el señor de Arnoux se encargó de pedir oficialmente para mí la mano de la señorita Paula.

Su padre no pudo ocultar su alegría, y su madre me besó llorando, y, consultada la hija, respondió que haría lo que su familia quisiese.

En cuanto á la señora de Blangy, á la que viera casi to-

dos los días en casa de los señores Giraud, pero que jamás había aludido á nuestra larga entrevista, aprovechóse de un momento en que nos dejaron solos la noche de la petición matrimonial, para decirme:

—¡Decididamente, querido, sois un imbécil!

Lejos de incomodarme por tan impertinente salida, echeme á reír porque tradujo así las palabras de la condesa:—Me irrita que os caseis con mi amiga; os la lleváis, y ya no sabré que hacer de mi tiempo, y de mi cariño.

Aceptado oficialmente, faltaba solo dejar pasar los días necesarios para cumplir las formalidades legales.

Os daré estrecha cuenta, querido amigo, de la situación en que me encuentro. No pretendo que sea muy triste, ni que os enternezcais con mi suerte; pero, historiador fiel, debo comunicaros hasta los más pequeños detalles de mis tribulaciones.

Los últimos días que preceden al casamiento producen en el sistema nervioso una verdadera sobreexcitación. ¡Hay tantas pequeñeces; tiene uno que ocuparse de tantas cosas!

Un amigo os despierta para dirigiros un cumplido... de pésame; una antigua querida os envía cuatro páginas de epigramas fingiendo que confunde vuestro casamiento con vuestro funeral y manifiesta que se propone, por más que no la hayan invitado, asistir á tan triste ceremonia. Los bazares más en boga os mandan sus prospectos para que les encarguéis la canastilla de boda y un vendedor de chales de Cachemira se presenta en vuestro domicilio para ofreceros sus exóticos productos. Las vendedoras del mercado os envían un ramo y el director de una agencia de nodrizas, sí, amigo mío, de una agencia de nodrizas, no se descuida y á su vez os escribe pidiéndoos que le tengáis presente para cuando llegue el momento oportuno.

Hay que darle prisa al tapicero, que no ha mandado aún los muebles de la cámara nupcial; hacer las indispensables visitas, encargar que lleven el imprescindible y día-

rio ramo y los obligados carruajes; ir á casa del sastre, á la alcaldía, rogar al párroco que se digne decir la misa y pedirle que dirija la oportuna plática, para que la gente sepa que se goza de cierta consideración entre el clero de la parroquia. En fin, someterse á confesarse, que es, os lo aseguro, grave negocio, cuando no se tiene la costumbre de hacerlo y, por último, cuando se está verdaderamente enamorado de la que ha de ser su mujer, y ve acercarse el día deseado, la sangre circula con más rapidez, el corazón late más deprisa, y hasta á veces, le acomete á uno ligero escalofrío de fiebre; y el gran día, el de la ceremonia, no es tampoco el que os devuelve la calma y el descanso. Generalmente se duerme mal la víspera, porque se ha de pensar en un sin fin de cosas; hay que levantarse al amanecer; ocuparse de mil detalles más ó menos nimios; y exasperarse pensando que se pone uno de punta en blanco, á la hora en que aún reposa el París elegante. Se dicen pestes del cohero que tarda; se va luego precipitadamente á visitar á la suegra, que se figura debe aparentar que se enternece, mientras su marido os abraza y os dice:

—¡Hacedla feliz!

Llegáis á la iglesia, en la que los convidados os esperan con impaciencia desde hace una hora; os cruzáis con un entierro que abandona la nave, y luego, delante del altar, os ocurren varias peripecias y cometéis varias torpezas. Se sienta uno cuando debía levantarse y viceversa; se responde al cura un sí por un no; dejáis caer al suelo el anillo nupcial, y, el amigo que sostiene las arras, os envía mentalmente al demonio. Acabada la misa, trescientas personas se precipitan á la sacristía, en donde el clero parroquial—doce en junto—apenas si puede moverse en tiempo ordinario. Os aprietan, os estrujan; la sangre se os sube á la cabeza, os asfixiais, y sentís perder la hermosa ocasión en que os hubiera convenido hacer ver que sois un buen mozo. En fin, salís de aquel infierno en miniatura, para

ser asaltado por una turba de mendigos que os venden sus bendiciones á cincuenta céntimos la pieza.

La jornada termina con alguna fiesta de familia, de la cual es imposible prescindir, á menos de tener bastante talento para robar á su mujer, al salir de la iglesia. Solo que estos raptos, tan de moda en estos últimos tiempos, no siempre son hacederos y pueden oponerse á ello mil razones. Pasáis la velada en medio de una familia desconocida, venida de los cuatro puntos cardinales de París y quizás de Francia, solamente para honraros. Hay que sonreír á uno, aguantar las andanadas de cumplimientos de todos, estrechar todas las manos, y besar hasta las caras más llenas de arrugas.

Pertenece uno á todo el mundo, menos á su mujer. Por fortuna, suena el toque de retirada; se olvidan todas las tribulaciones, los enojos pasados, la fatiga que os postra, porque la dicha os espera en vuestro nuevo hogar; corréis, llegáis ante la cámara nupcial y... ¡ay de mí la puerta está cerrada...

VI

—¡Y bien!—me diréis—al final de un día tan aprovechado, no puedo compadecerlos porque os brindan con el descanso. Sois joven, lo es vuestra mujer; estais casados para toda la vida, y ya tendréis ocasión para desquitáros de esta noche. Idos, pues, sin más recriminaciones, á dormir por vuestro lado, esto es lo mejor que podeis hacer.

Habláis, amigo mío, sin conocimiento de causa. ¿Qué

me acueste en cualquier cama? ¿Creeis que en mi nueva casa sobran las alcobas y las camas? No, querido. Después de haber pensado con mucha madurez en el asunto y leído atentamente la *Fisiología del Matrimonio*, llegué á ponerme de acuerdo con Balzac. Estoy saturado,—digámoslo así—de ciertas ideas del gran doctor en artes y ciencias conyugales, como él se titula. Permitidme que os trascriba las que aún están grabados en mi mente.

«El lecho nupcial es un medio de defensa para el marido.»

«Solamente en el lecho puede éste conocer si el amor crece ó mengua, el lecho es el barómetro conyugal.»

«Puede que en Europa, no existan cien maridos, en cada nación, que conozcan bien la ciencia del matrimonio ó de la vida, si se quiere, para vivir en habitación separada de la de su mujer, pero todos, en mayor ó menor grado, vencerán las dificultades de un solo lecho.»

Me había aferrado á esta opinión tan claramente formulada por uno de los más grandes genios de la época, la sola cama que había en mis habitaciones, la ocupaba Paula; debí pues resignarme, mal de mi grado, á echarme, vestido como estaba, en el sofá de mi despacho.

Creo, amigo mío, que no os causará extrañeza, si os confieso que, á pesar de las fatigas del día, no pude pegar los ojos. Al principio, y en distintas ocasiones, me levanté si es que pueda llamarlo así, pensando, que quizás mi mujer, arrepentida de su rigor hubiese descornado el cerrojo. ¡Pensamiento vano y trabajo inútil! La puerta seguía tan cerrada como antes. Después de cada una de estas infructuosas tentativas, me echaba de nuevo sobre el sofá, y el sueño no acudía. No porque exagerase la situación, pero no pude por menos de preocuparme buscando las causas de la conducta, cuando menos original, de mi querida Paula.

—El cerrojo—me dije—puede que se haya corrido al empujar yo la puerta. Pero no... me hubieran al menos

respondido cuando llamé. Fatigada, emocionada, sin duda, ha querido quedarse á solas esta primera noche. Si es esto; tiene muy poca confianza en la delicadeza de mis sentimientos; la hubiera comprendido con media palabra y retirádome...; solamente que la hubiera pedido un colchón pues tiene tres, mientras que yo...—Desde luego comprenderéis cuales son los comentarios que yo pude hacer durante mi larga velada y os agradeceré que os los calléis.

Hacia las ocho de la mañana, cuando oí que en casa empezaban los criados á andar de un lado para otro, tomé el partido de abandonar el virginal sofá, en el que no me hubiese gustado en manera alguna ser sorprendido conmigo mismo, y pasé al tocador para reparar un tanto los estragos del insomnio. Momentos después llamé á la doncella y, afectando salir de la alcoba nupcial, y hablarla en nombre de mi mujer, la dí algunas órdenes.

En el comedor, á la hora del almuerzo, me reuní con la señorita Giraud.

No os extrañará que la siga dando el apellido y tratamiento de soltera.

Se me acercó sin demostrar apresuramiento ni frialdad y me tendió la mano, del mismo modo que se le tiende á un compañero á quien se tiene placer en volver á ver.

Su tocado matinal, le sentaba muy bien. Jamás la había visto tan fresca, tan encantadora y serena. Con menos no lo habrían estado otras tanto. Habló con talento y alegría, como la que está decidida á animar el hogar, y á él alegría y sonrisas.

Jamás se hubiera dicho que era una recién casada, al verla tan dueña de sus acciones; dando con dulzura sus órdenes á los criados, haciendo sensatas advertencias empuñando ya en sus manos las llaves de la casa, pero sin afectación y sin gritar; con soberana gracia mientras que yo escuchaba, vela y admiraba.

Tenía yo demasiado tacto para hacer alusión alguna á

la manera especial como había pasado la noche. Me contenté con decirle sonriendo:

—¿Sin duda estaríais muy fatigada ayer noche, querida Paula?

—¡Oh, muy fatigada!—me contestó—Pero, he dormido admirablemente y me repuse por completo.

Estas palabras, que parecían encerrar una explicación y una promesa; me satisficieron y acabaron de devolverme mi buen humor.

Hacia las tres de la tarde, anunciaron á la condesa de Blaugy. Entró impetuosamente—según su costumbre,—abrazó á Paula y me dió la mano.

—Ya lo veis—me dijo—no puedo pasar sin mi amiga; necesitáis adquirir la costumbre de soportarme.

—Costumbre fácil de adquirir,—respondí yo inclinándome.

—¡Oh!—añadió la condesa—á pesar de vuestra amabilidad, no quiero hacerme ilusiones. Os estorbaré alguna vez que otra; pero estoy decidida á hacerme la desentendida, y me presento indiscretamente, este primer día contra todas las reglas sociales, porque quiero que os acostumbreis á toda prisa, á mi franqueza y á mis inoportunas visitas.

—Siempre seréis bien venida, condesa,—la respondí.

—Enhorabuena! Lo que decís es galante; un marido siempre tiene interés en tratar con miramiento á la amiga íntima de una mujer, ¿no es así?

—Dejemos, señora, á un lado el interés, y no hablemos más que de la satisfacción.

—Esta es una galantería que hace que crezcáis á mis ojos y, tened cuidado, porque llegaréis á adquirir proporciones gigantescas. ¡A propósito! ¿Sois celoso?

—No lo sé aún y creo que eso dependerá...

—¿Tendríais, por ejemplo, celos si viérais que Paula me confiara sus secretillos de recién casada del mismo modo que, en otros tiempos, me revelara los de muchacha?

29737

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERA"

—Hé ahí, condesa, una pregunta que aún no me hice.

—Pues bien, llegó la ocasión de interrogaros. Me marcho con vuestra esposa á su cuarto, cerraremos la puerta y os prevengo que no haremos más que hablar de vos. Si resistís á esta prueba señal es de que sois de buena manera.

—Veamos, si, efectivamente, soy de buena ó mala.

Y, como si no esperara más que este permiso, la señora de Blangy cogió alegremente del talle á Paula, y las dos se alejaron echándose á reír.

Lejos de tener mala voluntad á la condesa porque se llevaba á Paula, me alegré mucho que se celebrase aquella entrevista, que yo había consentido. En algunas ocasiones pueden ser muy útiles á una joven los consejos de una mujer casada, y durante los insomnios de la noche anterior preguntéme más de una vez si Paula necesitaría ó no que la hiciesen algunas advertencias. Os revelare, por último, un detalle de los más profanos; estaba rendido de cansancio y celebré tener una ocasión para poder dormir un poco.

Cuando una hora más tarde abrí los ojos vi que las dos amigas, que habían vuelto al salón, hablaban sentadas ante la chimenea. No se apercibieron de que me había despertado, y pude examinarlas con toda detención.

Era realmente seductor el contraste que ambas ofrecían y la belleza de la una hacía resaltar la de la otra, completándose, por así decirlo, porque, al lado de los ojos azules y del cabello rubio de la condesa de Blangy, tenían más brillo los negros ojazos de Paula; la nascente obesidad de la primera contribuía á que pareciera más delicado y esbelto el talle de la segunda. Tenían ambas verdadero encanto y alcanzaban la perfección más completa.

Creo, además, que nunca me parecieron, ni estuvieron, más hermosas que en aquel momento, en que en sus rostros se traslucía la dicha, y su tez, coloreada, sin duda, por el calor de la chimenea, estaba más encendida que una

hora antes y en el momento en que abandonaran el salón para irse al dormitorio á cambiar sus impresiones y confidencias.

Al hacer yo un ligero movimiento volvióse la condesa de Blangy, y me dijo:

—Supongo que, al menos, habréis dormido bien.

—Pero,...—empecé á decir un tanto confuso.

—Vamos, confesadlo, que por eso, no os tendremos ojoriza, sino todo lo contrario, pues así pudimos hablar con entera libertad;—añadió sonriendo y mirando á Paula.—Ahora os dejo solos, porque no quiero que me maldigáis; pero volveré muy pronto.

Nadie se presentó aquella noche para interrumpir mis conversaciones con Paula, que se mostró tan amable como por la mañana durante el almuerzo, hablándome de mil cosas y desflorando mil asuntos con un talento y un criterio tan acertado, que me produjeron verdadero asombro;

Habíame figurado casarme con una joven á la que tendría necesidad de desasnar, y me encontraba frente á frente de una mujer hecha y derecha, de talento, mordaz, pronta á la réplica, con sus ribetes de filósofa y tal vez con una imaginación un tanto licenciosa.

—Pero, decidme, amiga mía, ¿en dónde aprendisteis todo eso?—la pregunté.

—No aprendí nada,—me respondió sonriendo;—lo adquirí todo.

—Es necesario que estéis dotada de una gran imaginación.

—¡Oh! Sí, tengo bastante, quizás demasiada por desgracia mía y quizás por la vuestra.

—Cuando la imaginación está bien dirigida es fortuna y no desgracia.

—Sí, más es preciso que esté bien dirigida,—replicóme Paula suspirando.

—¿Cómo es,—pregunté,—que no desplegasteis antes todas esas deliciosas cualidades?

—Porque no soy coqueta,—me respondió.—Os aconsejé que no os casáseis conmigo y no debía hacer nada que me realizase á vuestros ojos. No me escuchásteis, afrontásteis el peligro. La desgracia es irreparable é intento desplegar mis encantos, como decís, con objeto de hacerme agradable, al menos, espiritualmente.

No fijé en aquellos momentos en la última palabra pronunciada ladinamente y con marcada intención. Toda la conversación debía haber, empero, llamádome la atención y hacerme meditar, pero id á meditar á las diez de la noche, al día de vuestro casamiento, y al lado de una mujer tan hermosa como la señorita Paula, y sobre todo, cuando el matrimonio aún estaba por consumar.

Al poco rato dejé de fijarme en lo que me decía, y no me ocupé más que de contemplarla y admirarla, hasta que de pronto, y perdiendo por completo la cabeza, la estreché entre mis brazos.

Se desasíó con mucha dulzura y calma, sonríome con su más agradable sonrisa, llamó á su doncella y abandonó el salón.

Un cuarto de hora más tarde vi salir á la doncella del dormitorio y, á mi vez, me dirigí hacia la bienaventurada puerta que la vispera no había podido franquear y, seguro de que me estaban esperando, me limité á dar la vuelta al pomo.

UNIVERSIDAD DE NUEVA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO J. REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO VII

Y la puerta no cedió.

Como la vispera estaba corrido el cerrojo.

Entonces, llamé y nadie me respondió.

Repetí con impaciencia y obtuve el mismo resultado.

Hablé, grité, supliqué, mas todo fué completamente inútil.

Védme pues, querido amigo, pidiendo como una gracia que se me permitiese entrar en mi cuarto. Por que era mío, sin duda, pues no tenía otro, é independientemente de mi amor, era de justicia que yo pudiese dormir, en fin, en una verdadera cama.

Mis nervios estaban de tal modo excitados, que, contra mi carácter generalmente calmoso y frío, estuve á punto de enfurecerme y golpear de tal modo la puerta, que no tuviesen más recurso que abrirla.

Me contuvo el miedo al ridículo; no quería enterar á los criados de mis infortunios conyugales. Me limité á apoyar silenciosamente el cuerpo sobre la puerta con todas mis fuerzas con la esperanza de que cedería.

Trabajo inútil; ni siquiera percibí el más ligero rechinar; la obra de carpintería de mi casa era de excelente calidad y construcción, dicho sea en honor del casero.

¿Qué añadiré? Pasé esta segunda noche como la primera, excepción hecha, de que la fatiga venció en la lucha, y de cualquier modo, me dormí.

Me encontré al despertar, más sosegado de lo que hubiera creído, menos irritado con mi mujer y más dispuesto á excusarla. Después de haber reflexionado friamente sobre nuestro diálogo de la vispera, y, á pesar de ciertos detalles que me chocaran, creí, en conclusión, poder afirmar, que Paula, en lugar de ser una niña ingenua, ignorante de sus deberes, tenía, al contrario, ideas muy definidas acerca del matrimonio y pensaba, sin duda, que un marido debe tomarse el trabajo de conquistar á su mujer, y que era una prueba de delicadeza el que pareciese que aquél olvidaba sus derechos. En interés de nuestro amor, querría hacerse desear y entregármese como amante antes de entregarse como esposa. Pareciéndola, en una palabra, algo injusto é ilógico el exigir que, en un día fijo, al salir del registro civil, una doncella, se eche en brazos de un

hombre, al que á penas conoce, y habría resuelto sustraerse á esta costumbre bárbara.

He aquí, amigo mío, los razonamientos que me forjé para explicar la conducta de Paula; únicamente me decía que mi mujer, debió dejarme adivinar su manera de pensar, y entonces, con conocimiento de causa, hubiese, cuando menos, arreglado de distinto modo mi casa y mandado poner otra cama en mi alcoba, en vista de mi prolongado celibato. Podía ser también que Paula no se diese cuenta de como pasaba yo las noches, y entonces era muy prudente darla siquiera una ligera idea de lo que era aquel sofá, muy estrecho y poco blando, convertido en mi lecho nupcial ó anti-nupcial.

—Este espectáculo—me decía—la tocará el corazón y la inspirará probablemente la buena idea de abreviar mi intolerable situación.

Después del almuerzo, reunidos otra vez, y mostrándonos los dos, como la víspera, de un humor admirable, la ofrecí el brazo y la propuse visitar nuestros dominios. Acedió de muy buena voluntad, y llevéla al tocador, donde hice que se fijase en que eran sillas los solos muebles de aquella habitación.

Contentóse con responderme, como una mujer económica y enemiga de excesos:

—Este mobiliario es suficiente por ahora.—Salidos del tocador, fuimos á un gabinetito, contiguo al salón. Allí, hicéla observar uno de esos divanes circulares, adornado con botones al resalte, que se colocan en medio de las habitaciones, y donde pueden sentarse muchas personas, pero volviéndose la espalda, y díjele como de pasada:

—Ved un mueble elegante, de moda, pero que para dormir resultaría incómodo.

—Sí;—respondíome sonriendo maliciosamente—sería preciso acostarse rodeando el respaldo, y, esto es molesto.

Luego la hice penetrar en mi despacho, y, reanudando la conversación:

—Aquí,—la dije—ni siquiera es posible acostarse en redondo; ved; no hay diván, ni sofá...

—¿Y por qué?—me preguntó.

—Por la sencilla razón de que jamás me figuré acostarme en mi despacho y creí suficiente amueblar convenientemente las habitaciones en que debíamos hacer vida en común.

—Hicisteis mal, porque,—replicóme,—el despacho de un hombre casado, debe ser confortable y elegante. Los clientes, las visitas de cumplido, y hasta los amigos de la casa, que sean recibidos en esta habitación, deben formarse por ella, una idea del resto de la casa. Yo os aconsejaría que adquiriérais uno de esos muebles que he visto en algunas tiendas, los cuales, siendo diván de día, se transforman, por la noche en cómoda cama.

Mirela y sostuvo mi mirada sin bajar los ojos.

—Seguiré vuestro consejo, querida Paula. Voy á salir, para comprar hoy mismo, el mueble que indicais; por que ya veis, me es preciso, ¿dónde creéis que duermo desde hace dos noches?

—Pensaba, que dormíais aquí, en esta pieza; pero, la creía más bien acondicionada,—me respondió sin conmoverse lo más mínimo por mi brusca pregunta.

Esta frase me hirió y repliqué con bastante viveza:

—¿Tenéis, pues idea de encerraros cada noche?

—¡Oh!—dijo con dulce voz, apoyándose en mi brazo para volver al salón,—en lugar de preguntarme acerca de mis proyectos, seríais más amable adivinándolos.

Estas palabras vinieron á justificar mis suposiciones de la mañana. No me las habla con una inocente ó colegiala, sino con una joven sumamente experimentada.

¿En donde habla adquirido esa experiencia, esa ciencia de la vida, y esa coquetería que consistía en dejar en suspenso mis vehementes deseos? Quizás su madre la ha-

bría dicho: Si quieres ser amada durante mucho tiempo, hazte desear. Lo que de ordinario mata el amor en el matrimonio, es la facilidad de relaciones; buscando su dicha le es permitido á la mujer casada, conducirse en su hogar, como una querida inteligente.

Pero no; la madre de Paula era demasiado buena mujer y á más muy sencilla para dar semejantes consejos y, por lo tanto, en su tiempo, había debido tomar el matrimonio á la letra y cumplir sin discusión ni razonamientos, sus deberes y obligaciones. Únicamente podía ser la señora de Blangy, la que queriendo hacer partícipe á Paula de su experiencia de mujer casada, se atrevió á trazarla una línea de conducta.

Y bien, querido amigo, ¿queréis creerlo? no me irritaba entonces aquella influencia ejercida sobre mi mujer: mi estimación por la condesa, estimación que le tenía toda la buena sociedad, me ponía al abrigo de todo temor, y, además, ese quijotismo, que conocéis en mí, no permitió admirar, que una mujer bien nacida, tal como lo era la condesa de Blangy, tuviese interés en pervertir, con perniciosos consejos, la pureza de una joven.

Además, lo confieso con sinceridad, aquella ciencia de la vida que descubriera en Paula, las resistencias opuestas á mis naturales deseos, lejos de asustarme, tenían para mí algún atractivo. La suma inocencia, lo sabéis perfectamente, solo es atractiva para los corrompidos ó los viejos. Los que, como yo, aun no han envejecido, se dejan en su mayor parte seducir por estos manejos de habil coquetería; y no les asusta el encontrar una mujer con un poco de imaginación y picardía, y cuando pensamos en el matrimonio, no nos es difícil contraerlo con una viuda. Así pues, me felicitaba al ver en Paula las incontestables ventajas de la virgen, reunidas á cierta precóz experiencia, debida á inteligentes consejos ó una intuición particular de la vida.

Esta posición de pretendiente, impuesta á un marido, tenía también mucho de original y aguzó mi imaginación,

que, os lo confieso, había dormitado un tanto hasta ese día. Creo que si hubiera caído en manos de una joven vulgar, hubiese hecho, dado mi carácter, mi temperamento frío y cierta dosis de apatía propia de mi carácter, uno de los maridos más prosaicos y más burgueses.

Con Paula, al contrario, todo mi ser se despertó y abandonó poco á poco el letargo de los sentidos producido en mí, sin duda, por los excesivos trabajos intelectuales, á que me dediqué desde la infancia. Mi inteligencia siempre ocupada, mi espíritu siempre en tensión por estudios excesivamente abstractos, no habían dejado tiempo para que hablase el corazón que latía entonces por primera vez quizás, y yo estaba orgulloso al sentir sus latidos.

Iba, en fin á vivir, y al realizar un sueño encantador; estar enamorado de mi mujer, tener una amante legítima, unir la fantasía y la razón, y, á reemplazar por una ardiente pasión, el amor que, á no estar Paula de por medio, hubiera degenerado en dulce costumbre tranquila y hasta insípida.

Con esta explicación, no extrañaréis pues, que transformase con la mayor solicitud, mi despacho en alcoba. Dispúsela lo mejor posible para el alojamiento que en él me imponían, pero estaba dispuesto á usar de todas las seducciones de que la naturaleza podía haberme dotado, para abreviar aquella prueba.

VIII

Transcurrieron quince días, durante los cuales fui un modelo de paciencia, de discreción y de delicadeza. No exigía nada, ni pedía nada, ni dirigía ningún ruego directo.

Al verse tan platónico y reservado en mis relaciones con Paula, se hubiera podido creer que no habíamos pasado por la alcaldía, ni ante el clero de nuestra parroquia después de publicarse las correspondientes amonestaciones.

Hacia á mi mujer una corte de las más asiduas, pero sin permitirme jamás la mas ligera alusión á las esperanzas, que reconoceréis, querido amigo, tenía bastante derecho para concebir. Su reserva, por otra parte, igualaba á la mía, y, si es verdad que yo me impuse el deber de no pedir nada, debo confesar que ella, no ofrecía nada tampoco. No había yo adelantado pues ni un paso; creo, por el contrario, que iba perdiendo terreno.

Pensando en esto una mañana, y cuando me hallaba aún en mi cama de soltero, díjeme que una vez que la discreción no producía buenos resultados, sería tiempo para ensayar otros medios.

Si por casualidad, querido amigo, os extraña el ver que mi paciencia se acababa, os rogaré que os pongáis por un momento en mi lugar. Pero tranquilizaos, que no os dejaré mucho tiempo en él, puesto que jamás me hicisteis ningún daño, ni tengo que vengarme de vos.

Veos pues, al lado de una mujer adorable, seductora bajo todos los puntos de vista y deseable como ninguna; estáis todo el día y á todas horas en continuo contacto con ella; os encanta, embriaga, enloquece... y cuando llega la noche... ¡ya sabéis el resto! ¿Qué pensáis de todo ello?

—Esta situación no es nueva,—me diréis quizás,—muchos se han hallado en casos casi análogos; se le hace el amor á una mujer durante muchas semanas y á veces hasta meses, sin obtener de ella por cualquier motivo, la merecida recompensa.—Estamos conformes, convengo en ello, pero la mujer á quien hacéis el amor, no es vuestra; en alguna ocasión lo es de otro; y razones poderosas pueden obligarla á retardar el momento de la caída deteniéndola al borde del abismo, mil temores, mil terrores ó es-

crúpulos de todo género y, si sus negativas y sus resistencias os ponen en un potro, al menos tenéis motivos para admitirlo todo y lógica para comprenderlo y hasta disculparlo.

Pero en el caso presente, os ruego que busquéis razones suficientes para explicar tan larga y exagerada resistencia. ¿Dónde estaban el miedo, los terrores y los escrúpulos? Por último: ¿dónde se encontraba el abismo?

Ni yo mismo sé porque pretendo convencerlos; sois partidario de mi causa, estoy persuadido de ello, y lo sois aun antes de oír mi defensa; y si os causo admiración debe ser por mi inalterable paciencia, que ya habréis calificado, estoy seguro, de debilidad ó inocente timidez.

Pues bien, á partir de mi décima sexta noche de boda, fui perdiéndola un poco y cada día un poco más. Bajo el imperio de una continua irritación, fué agriándose mi carácter, y yo, que creí largo tiempo carecer de nervios, padecí entonces una infinidad de sufrimientos nerviosos de los más crueles.

Este estado enfermizo no podía durar y puesto que no se hacía nada para adelantarse á mis deseos, me decidí á formularlos.

—¿Ya?—dijo ella sonriendo.

¡Ah! En la disposición de ánimo en que yo me hallaba, creo que, con un poco más, la estrangulo al oír aquella palabra.

¿Ya? ¿Pero no comprendía nada aquella mujer? ¿Es que no tenía ni corazón ni sentidos? ¡Creía haberme casado con un ser animado, y lo había hecho con una estatua!

Me contuve é intenté enternecerla, convencerla. Píntele con elocuencia el amor que por ella sentía; contele mis sufrimientos morales, el malestar físico que tanto me hacía padecer, y de que ella era la sola causa, y la supliqué que me tuviese compasión porque humanamente no podía resistir más.

Escuchome con mucha atención y pareció emocionarla

lo que oía; pero al rogarle que me dijese algo, guardó silencio.

¡Ah, amigo mío; hay silencios que hacen sufrir de una manera horrorosa!

—Hablad,—imploré,—hablad; decid lo que queráis, pero hablad, os lo suplico!

—No tengo nada que decir,—respondíome.

—Esplicadme vuestras resistencias y vacilaciones. Me comprometo a aceptar como buenas todas vuestras razones, pero dadme una, una sola, por caridad.

Tampoco respondió.

Entonces, furioso, abandoné bruscamente el sofá en el que me hallaba sentado a su lado, y fui a buscar mi sombrero para marcharme. Estaba de tal modo excitado ante aquel obstinado silencio, y todo mi sistema nervioso había llegado a tal grado de irritación, que temí entregarme a cualquier arrebato si permanecía allí.

Si, una palabra viva se escapa fácilmente, ó un gesto demasiado brusco se hace sin pensar, y las mujeres saben, con gran destreza, sacar partido de semejantes vivacidades. No confiesan jamás que tienen la culpa, ni que os llevaron a tal extremo y que cometen la primera falta. Olvidan a maravilla las frases agrias que os lanzan, sus intencionadas reticencias y los mil alfilerazos que os clavan en el corazón; pero se acuerdan toda la vida de la última y más insignificante frase que se escape de nuestros labios, del gesto algo significativo que nos hemos permitido, para convertirlo en un arma terrible contra nosotros.

—¡Sois un hombre brutal!—dicen en un caso de esos.—
¡Todo ha concluido entre nosotros!

No quería exponerme, como comprenderéis, a que mi mujer pudiese decirme: «Todo ha concluido», cuando nada había empezado; pero ante el temor de no poderme contener, di algunos pasos hacia la puerta.

Pero luego, retrocediendo de pronto:

—Escuchad,—la dije;—no queréis contestarme ahora a

lo que os preguntaba, sea. No hablemos más. Solo os pido una cosa: que me digáis cuando cesará la prueba a que me sometisteis, y os juro por mi honor que aguardaré ese momento, sin quejarme, por lejano que esté. Pero fijadme una fecha; no me tengáis en esta incertidumbre en que vivo, y que irrita y me mata. Tened compasión de mí, porque no os ofendí nunca, y os amo y os deseo ardientemente. ¿Es esta una falta a vuestros ojos? ¿Es acaso un crimen que debo expiar? Vamos, sed buena; dejaos vencer por mis súplicas... ¡por mis lágrimas, sí, por mis lágrimas! ¡Vedlo; lloro como un niño! ¡Esto es más fuerte que yo... sufro tanto!

Quizás, a punto de dejarse conmover, separó con dulzura mis manos que intentaban asirla, se puso en pie, y dejándose clavado en la silla con una mirada, en la que yo creí leer una amenaza que me hizo temblar, se retiró a su habitación.

En el mismo instante oí un ruido que me era muy conocido: el del cerrojo al correrse.

Al llegar a este punto me interrumpis, querido amigo, para decirme:

—¡Pero, desgraciado! ¿por qué no arrancáis ese cerrojo que tanto os fastidia y estorba? ¿No estáis en vuestra casa?

Esperad: ese pensamiento que se os ocurrió, debía ocurrírseme a mí también. Había pensado ya que tenía que llevar a cabo un acto autoritario. Mis ruegos, mis solicitudes y mis lágrimas, desde el momento en que eran inútiles, debían, lo sabía bien, rebajarme a los ojos de Paula. Las mujeres, en tesis general, no aman a los hombres que se humillan y las suplican. Los ruegos sólo hacen efecto, cuando están de acuerdo con sus secretos deseos.

Pueden entregarse, quizás, por bondad de alma; pero no aman nunca por caridad. La mendicidad está prohibida en la provincia del amor.

Tenia, pues, que tomar un partido enérgico, bajo la pena de perder todo mi prestigio en el espíritu de Paula.

Aquella tarde, después de la comida, me propuso que la acompañase á casa de la señora de Blangy, á la que no había visto hacia dos días. Acepté, más al llegar á la puerta de la condesa, pretexté una súbita jaqueca, que me obligaba á tomar el aire, por lo cual la dejé sola en casa de su amiga, prometiéndola volver á buscarla.

Apenas me hube separado de ella, regresé precipitadamente á mi domicilio; penetré en el cuarto de Paula, quité, uno por uno, todos los tornillos del odiado cerrojo con un instrumento que adquiriera durante el día, partí cada tornillo, dejando solo las cabezas y aseguré otra vez el cerrojo de un modo ficticio, aprovechando los mismos agujeros que antes había y las cabezas de los tornillos.

Paula no podía apercibirse de mi estratagema; el cerrojo quedó aún bastante sólido para poderse correr, pero las cabezas de los tornillos, sostenidas solo por un pedacito de rosca, debían ceder á la menor presión hecha desde la parte de afuera.

Cuando una hora después fui á reunirme con mi mujer, la encontré en el tocador de la condesa, medio tendida sobre un diván al lado de su amiga.

Por más que mi llegada era cosa prevista se me figuró que había sorprendido á aquellas señoras y más tarde pensé que llegué en el preciso instante en que iban á cambiar sus confidencias; los ojos de Paula estaban húmedos y cansados como de haber llorado, y noté más animación en el rostro de la condesa.

Acompañando á mi mujer, y luego en nuestro salón, excuso decirlos si renovaría mis súplicas de los días precedentes. ¡Hubiera sido tan dichoso al no tener que recurrir á medios extremos, y dejarla ignorar siempre de los trabajos de cerrajería que acababa de practicar!

Pero se mostró más fría, más seca, más indiferente que nunca.

Si me hubiese dirigido una sola frase de esperanza, mirado una sola vez con ternura, ó prometido algo, aunque de una manera tácita, renunciara yo á mis designios.

Pero nada; ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada. Parecía que aquella noche ni siquiera advertía que yo la hablaba y que estaba á su lado; jamás la vi tan despegada ni tan ensimismada.

Nada, pues, podía detenerme. La dí las buenas noches, y penetré en su habitación. Dejé transcurrir una hora, para que tuviese tiempo para desnudarse y quedarse dormida.

Después, tembloroso, febril, pálido como un malhechor, me dirigí hacia la puerta de su alcoba.

Como lo había previsto, el cerrojo cedió y la puerta abrióse sin ruido.

IX

Entré.

¡Pero cual fué mi sorpresa al ver á mi mujer vestida como una hora antes y leyendo ante la chimenea!

Volvióse indolentemente, al oír el ruido que yo había hecho, y me dijo con gran calma:

—Os estaba esperando.

Conseguí dominar mi emoción, y, apoyándome en la chimenea frente á Paula, dije á mi vez:

—Y ¿por qué me esperábais?

—Por que el cerrojo de mi puerta, cayendo á mis pies en el momento que lo corría, me reveló vuestros proyectos ¿no es cierto que sois vos el que se ha dedicado á esos trabajos de ladrón ó de amante?

—O de marido,—contesté,—aunque estos raramente se ven obligados á emplear semejantes medios. Sí, yo fui.

—¿Lo confesáis?

—Lo confieso—respondí con firmeza.—Mi papel aquí es ridículo, y he resuelto no continuar representándolo.

—¿Qué esperabais, pues, si yo no hubiese advertido vuestra estratagema?

—Probaros mi amor.

—¿Haciéndome violencia?—replicó Paula sonriendo con desdeñosa expresión.

—Sí; haciéndoos violencia, si me hubiéseis rechazado; pero Dios me es testigo, de que antes de llegar á este extremo lo intenté todo para enterneceros. Ni mi paciencia, ni mi delicadeza, ni mis ruegos consiguieron conmoveros.

—Creed que en este momento estoy más conmovida que nunca.

—No sabéis nada; de todos modos, vuestra conducta de esta noche me indignó y, os declaro, para que no vuelva á repetirse el caso, que en adelante todas vuestras tentativas serán inútiles.

—¡Ah! ¿Y es mi conducta de esta noche la que hace que toméis esa determinación?

—Sí.

—¡Eso no es verdad!—exclamé con violencia—hasta hoy no tenéis nada que echarme en cara: os colmé de atenciones, de cuidados, de desvelos, y no tuvisteis compasión de mí. ¿Qué motivos tenéis para obrar con ese rigor? ¡Quiero saberlo!

Paula no me contestó y entonces yo, presa de una excitación nerviosa imposible de describir, la cogí por las muñecas, se las apreté con fuerza, haciéndola levantar y la dije:

—¡Responded, lo exijo!

—¡Me hacéis daño!—dijo.

—¡Respondedme, quiero que respondáis!

—¡Pues bien; nó, no responderé! Jamás la violencia

será una razón para mí; no me conocéis aún. Aprended á conocerme; esto os servirá para el porvenir. Lo que quiero, lo quiero con toda mi alma; lo que no quiero, no puedo jamás consentirlo. Vuestra fuerza se gastará contra mi voluntad y esponéis á sostener una lucha inútil.

Mientras tanto que Paula se expresaba con esta dureza y cada palabra suya se me clavaba en el corazón, ¿lo creéis amigo mío? mis ojos no se saciaban de contemplarla y admirarla.

Sus largos cabellos, destrenzados, caían sobre los hombros, veía palpar su pecho por entre la abertura del corpiño que apenas lo cubría; sus ojos tenían unos ardorsos que yo no conocía, y, á través de sus labios más rojos, más sensuales que nunca, aparecía la encantadora dentadura, que la colera hacía entrechocar.

—¡Ah, que hermosa eres!—exclamé con pasión, y, olvidando cuanto me dijera, junté sus dos manos en mi izquierda, y teniéndolas sujetas, traté con la derecha de aproximar su cara á mis labios. Pero luchó con tanta energía y desplegó tanta fuerza para sustraerse á mis ataques, que consiguió muy pronto escaparse de mis brazos, mientras que yo, rendido y quebrantado me desplomaba en el sillón en que había ella estado sentada antes.

Entonces, como mofándose de mi derrota, se cruzó de brazos y me dijo:

—¿Creéis aún conseguirme por la violencia?

—¡Me odiáis!—esclamé trastornado y con las lágrimas en los ojos.

Esto es lo que pasa en la mayor parte de las crisis nerviosas; el enternecimiento sucede á la cólera.

La extraña joven, conmovida acaso al ver mi dolor, enternecida, sin duda, como yo lo estaba por la lucha que acababa de sostener, tomó un taburete, acercólo á mi butaca y sentándose, me dijo:

—No, no os odio.

La miré; sus ojos habían recobrado la expresión en ellos habitual, tiernos y cariñosos.

—¿Si es así, si no me odiáis, porque me hacéis sufrir de este modo?

—No me interrogéis sobre este punto,—me replicó con dulzura—os aseguro que no puedo responderos. Pero, lo juro, lejos de odiaros, siento por vos una verdadera afición; aprecio todas vuestras cualidades, os estoy agradecida por todas vuestras deferencias, y, para seros franca, os confieso que no os guardo rencor por vuestras tentativas de esta noche, y vuestras violencias de hace un momento. Soy demasiado inteligente, creedme, para no explicármelas y escusarlas.

—¿Y por que—la dije—no me hablasteis con tanta dulzura y razonando así?

—Por que tuve miedo de que os equivocáseis acerca la naturaleza de los sentimientos que me inspiráis y de alentar un amor al cual no sabría como corresponder.

—Estas últimas frases, querida Paula, no están de acuerdo con lo que digisteis hace un momento. Si reconocéis que poseo ciertas cualidades, si sentís por mi una verdadera afición, puedo confiar que...

—No, no,—dijo interrumpiéndome con vivacidad—no debéis esperar nada, y este es el motivo justamente por el cual vacilé antes de abriros mi corazón: tenía los razonamientos que expusisteis.

—Confesad que son muy lógicos.

—Muy lógicos, convengo en ello; y á no ser por eso, jamás los habría temido.

—No os comprendo.

Paula guardó silencio.

—Veamos,—continué, queriendo aprovecharme de las buenas disposiciones en que parecía encontrarse,—tened confianza en mi ternura. No es el marido el que os habla, y de todos modos lo soy bien poco, es un amigo, que os tratará con exceso de indulgencia. Puede que tengáis

en el fondo del corazón uno de esos amores de niña, entre primos, por ejemplo, amores á los cuales se dá una importancia exagerada. Pues bien, si es eso, lejos de echároslo en cara, os trataré como á una niña enferma, os prodigaré mil cuidados y esperaré á que estéis curada.

—No,—respondíome—no es eso.

—Entonces buscaré y...

—No encontraréis. Es preferible para vos que no encontréis. Decíos: «será lo que sea» y tomad vuestro partido.

—Partido imposible de tomar, querida, soy vuestro marido, al menos legalmente, aunque no lo soy de hecho.

—Nuestro casamiento no dependió de mí; os empeñasteis en realizarlo contra viento y marea. Apelo á vuestros vuestros recuerdos: me encontrasteis por la primera vez, una tarde en los Campos-Eliseos; ¿volví la cabeza para miráros? ¿Tenéis que reprocharme alguna coquetería? No. Fuiesteis á casa de la señora de Blangy; la hablasteis de vuestros proyectos... ¿que os respondió?—«Paula no os conviene, renunciad á ella».—A pesar de esto os hicisteis presentar en mi casa; os captasteis las simpatías de mis padres... ¿podía yo cerraros las puertas de una casa en la que no era la dueña? Me contenté con daros pruebas de una frialdad que no sentía, por que, lo repito, me fuisteis simpático desde el primer día. Transcurrieron tres semanas y pedisteis mi mano. Toda mi familia se puso de acuerdo para persuadirme de que me conveníais bajo todos aspectos y no lograron convencerme, y hasta yo misma estaba de ello convencida. Resistí, sin embargo, y mi padre, que me había visto rechazar á tres pretendientes sin dar un pretexto plausible, comenzó á incomodarse y á amenazarme con el convento. ¡El convento! ¡Verme encerrada á los veinte años, yo, yo que no tengo ideas religiosas!—Tuve miedo y acabé por decir á mi padre:—«¡Hágase vuestra voluntad!»—Pero á vos os dije:—«Renunciad á este casamiento; yo no puedo [negarme, pero vos podéis

retiráros. Merecéis ser dichoso y yo no puedo contribuir á vuestra dicha.» En lugar de fijar vuestra atención en mis palabras, no les disteis la importancia necesaria; empeñándoos en tomarme por una niña que desconoce por completo la vida, y con esa fatuidad propia de algunos hombres, no dudasteis que os haríais amar y os casasteis. Juzgad vos mismo: ¿fué la falta mía? ¿Podéis echarme en cara lo que os sucede?

—Entonces,—repliqué después de un rato de silencio;—por haberos amado hasta el punto de desoir todas las advertencias, héteme condenado á perpetuidad al más espantoso de los suplicios: al de Tántalo.

Tomóme Paula una mano, que no tuve valor para apartar de la suya, y me dijo:

—Ese suplicio no será tan penoso como pensáis, porque sabré mitigarlo á fuerza de ternura. Si yo no os amo tal como quisierais ser amado, tampoco amaré á nadie. Lo juro, porque sois el solo hombre que pudiera haberme gustado. No tendréis que reprocharme ninguna coquetería para con vos, ni para ninguno de los amigos que pudierais presentarme, y mi vida, si así lo deseáis, se deslizará entre mi madre, vos y la condesa de Blangy. El mundo puede creeros el marido más dichoso y amado, tantas serán las pruebas de cariño que os dará y los cuidados de que os rodearé. En fin, seré para vos la más cariñosa y la mejor de las hermanas.

Reflexioné durante largo rato acerca de todo cuanto había oído; procuré considerar con frialdad la situación en que quería colocarme mi mujer, pero, de pronto, empezó á hervir mi sangre, se sublevó mi carne, y levantéme exclamando:

—No; jamás aceptaré el trato que me proponéis. Os amo con pasión, con delirio, y no podría vivir á vuestro lado como un hermano. Me casé con vos para que fueseis mi mujer, y es preciso que lo seais.

—¡Ah!—replicó Paula.—¡Bien me decían que todos los

hombres son egoistas y materiales! ¡No valéis más que los otros! Pues bien; os lo repito: aceptéis ó no lo que os propongo, jamás seré vuestra. Lo he dicho, y os suplico, entretanto, que me dejéis; tengo necesidad de reposo, estoy fatigada y creo que, aunque tengáis pretensiones de ser marido, me imagino que no pensaréis convertiros en un tirano.

X

Paula se equivocaba. Me convertí en tirano.

¿Qué miramientos tenía que guardar? ¿Me había dado alguna esperanza? ¿Podía yo pensar que con el tiempo triunfaría de su resistencia y llegaría á conmover su corazón? No; habíase explicado sobre el particular con la mayor claridad y hubiera sido yo un insensato haciéndome nuevas ilusiones. Estaba condenado sin apelación y sin esperanza alguna de indulto á perpetuo celibato.

Me convertí, pues, en un tirano, pero tirano sin convicción, sin firmeza, con intervalos de furia y bruscos retrocesos á la dulzura y mansedumbre. Fué una tiranía intermitente.

¡Ah, querido amigo, no me reprochéis mi debilidad ni mi falta de energía! ¡Es tan difícil tener un rigor continuo con la que se adora!

Mi primer acto de autoridad fué ocuparme de la cuestión cerrojo.

—¡Trabajo perdido!—me diréis.—El trabajo de cerrajero á que os dedicasteis durante el día... ¿de qué os sirvió?

No era la puerta del cuarto la que debíais descerrajar, si no el corazón de vuestra esposa!

Tenéis muchísima razón. Pero no pudiendo vencer las resistencias morales, me complacía en vencer las materiales. No quería que se levantasen barricadas en mi casa y quería entrar, siempre que se me antojase, en el único dormitorio de que disponíamos.

Cojí del suelo el cerrojo caído y guardelo en mi bolsillo.

¡Cosa extraña! El mismo día y sin que entrase obrero alguno en mi casa, pude ver un nuevo cerrojo, de los llamados de seguridad, ocupando el sitio del antiguo. ¿Quién lo había puesto?

Indudablemente, mi mujer, sin decir una palabra arrojóme de mi destornillador, y deshizo lo hecho.

Al otro día apareció un nuevo cerrojo, que siguió la suerte de los otros dos convirtiéndome yo en coleccionador. Mi mujer no cedió hasta el séptimo; debió, sin duda, agotar el surtido del quincallero de la vecindad.

Por fortuna nuestra, todas estas operaciones quedaban entre nosotros, y se sucedieron lejos de las indiscretas miradas de los criados. Para estos continuábamos siendo el matrimonio más feliz de la tierra, tanto era lo que procuraba Paula colmarme de atenciones delante de ellos.

Jamás una palabra, ni un gesto, pudo hacerles adivinar nuestras querellas intestinas. Me complazco en tributar homenaje a la señorita Giraud: es el único que puedo tributarla.

¿Usó luego alguna estratagemas para reemplazar su séptimo cerrojo? ¿Encontró manera original de fortificarse y sustraerse a cualquiera visita intempestiva? Durante largo tiempo no lo supe. El resultado de mi primera campaña me hizo reflexionar; vacilé mucho antes de exponerme a una nueva derrota y me encerré en mi tienda como el cazador que se ha visto burlado varias veces por una pieza, y se retira, por temor a una decepción mayor.

Este acceso de timidez, de amor propio, de dignidad, de cobardía, llamadlo como queráis; pues creo que había un poco de todo no podía, sin embargo, durar.

Debía acudir a mi pensamiento (y al pensamiento de cualquiera cualquiera que se hallase en mi lugar) a idea de que no debía resignarme con mi triste suerte sin haber dado una batalla decisiva. La noche de mi derrota combatí a mi enemigo que estaba en guardia. El cerrojo, caído de repente sobre la alfombra, anunció mi próxima llegada, como una detonación, oída en las trincheras, anuncia a los sitiados un próximo ataque.

Paula, pues, habíase armado de punta en blanco, preparando sus baterías, y, cuando cometí la imprudencia de aparecer, disparó todas las piezas y caí magullado bajo sus fuegos. Tratábase esta vez, de sorprender durante la noche al enemigo, cuando durmiese y se hubiese despojado de sus armas y todos sus aprestos guerreros.

Estaba decidido a no conceder ni gracia ni cuartel; a no dejarme enternecer ni por sus gritos, ni por sus amenazas, ni por sus ruegos; a mostrarme resuelto y enérgico en cuanto cabe; y a conseguir una de esas victorias, tan brillantes y decisivas que la historia perdona siempre al vencedor los ardidés de guerra que empleó para lograrla.

No sin cierta emoción, ví aproximarse la hora fijada por mí para la gran batalla; pues sabía que ésta tendría una importancia capital. Cuando dos adversarios pelean en campo cerrado, con armas iguales, y a la luz del sol, el vencido no se siente humillado; puede enviar un nuevo cartel de desafío y se le debe admitir. Pero cuando se ataca nocturnamente a un enemigo sorprendido y desarmado, se debe vencer ó renunciar a una lucha imposible.

Así es que no descuidó ningún detalle para asegurarme un triunfo brillante; escogí la hora y llevé mi nimiedad hasta procurar adivinar la táctica que mi adversario po-

dría oponerme, el género de defensa que pondría en juego y las astucias con que se defendería de mis ardides.

Aquella noche, mi mujer se retiró á eso de las once: imitéla y pasé á mi gabinete. Estuve durante largo rato esperando á que cesase todo ruido en la casa y á que apagasen todas las luces: después, hacia la una de la mañana, atravesé sigilosamente el salón y entré en la cámara nupcial, sin encontrar el menor obstáculo. La puerta, al cerrarse, no produjo el menor ruido. Una lámpara de luz opaca, suspendida del techo, derramaba alrededor mío una luz tenue y misteriosa. Mis miradas se fijaron en el lecho.

Paula dormía. Su cara estaba vuelta hacia mí; uno de sus brazos, desnudo, curvado graciosamente, descansaba sobre la almohada. La sábana, que la cubría de una manera imperfecta, hacía que se dibujasen todos los contornos de un cuerpo admirable. Pero no insistamos por adelantado: con el traje propio de aquellas horas, en pie en medio de la alcoba, expuesto á cojer un constipado, me pareció el momento poco oportuno para entretenerme á mirar á mi mujer tendida voluptuosamente en mis dominios.

¿No debía yo reconquistarlos lo más pronto posible é instalarme allí como dueño, antes que despertase la usurpadora?

Me decidí á tomarlos al asalto. Esto no era cosa fácil; la cama era una de esas buenas y elevadas camas, que tanto gustaban á nuestros abuelos, y á las cuales no era tan fácil subir.

Tenía pues que dar una zancada; pero como obedecía á un plan determinado de antemano, no podían detenerme obstáculos.

De pronto, cuando mi pierna derecha había ya franqueado los listones de la cama, y buscaba un punto de apoyo en el colchón de muelles, en el que debía reunirse la pierna izquierda; cuando, en fin, estaba hasta cierto

punto suspendido en el aire, oí una carcajada, pero una carcajada tan sonora, que me hizo perder el equilibrio y caer á pies juntillas sobre la alfombra.

Paula no había hecho el menor movimiento; su brazo continuaba rodeando la cabeza, sus piernas se cruzaban graciosamente... pero sus negros y expresivos ojazos, estaban abiertos y fijos en mí, y ¡se reía, reía...

Decidíme, tomé empuje y me lancé al lecho. De un salto me planté al pie de la cama.

Vedme, pues, amigo mío, en semejante postura, con el traje que supondréis, alto como soy, con la cabeza medio oculta entre los cortinajes, y no dudo que me encontráseis bastante ridículo. ¡Y decir que aún tenía que franquear la distancia de los pies de la cama á la cabecera!

Emprendí aquella expedición y Paula seguía riendo. Me encorvé, levanté las ropas de la cama, las volví á extender sobre mí y me tendí cuán largo era. ¡Ah, qué camal! ¡Qué anchísima era! Tanto, que habría podido ocupar mi puesto en ella, sin que Paula tuviese que retirarse; ¡y qué blanda era, y qué buen gusto tuve al comprarla!

Paula ya no se reía; me miraba. Mirábala yo también, pero sin atreverme á moverme de mi sitio. ¿No era dueño de la situación? ¿No tenía asegurada la victoria? ¡Pues bien, no; no la tenía! Estaba yo preparado á todo, excepto al obstinado silencio de mi mujer, y á su glacial impasibilidad. Habíase me figurado encontrar un adversario que se iba á echar á llorar, insultándome, quejándose y resistiéndose, en fin, y estaba preparado para la lucha y seguro del éxito.

Pero aquellos ojazos que me miraban con obstinada fijeza; aquellos labios cerrados con dureza; aquel cuerpo insensible, inerte, hasta cierto punto inanimado, me dejaron frío. Mi resolución y mi firmeza se desvanecieron. ¡Oh, sabía Paula perfectamente lo que se hacía! La debían haber

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

"ALF. A. REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

indicado la conducta que debía seguir conmigo en caso semejante. Puede que se la dijera. — «Cuanto más enamorado está un hombre, más fácilmente se impresiona; cuanta más tensión hay en sus nervios, más fáciles son de distender á la menor conmoción nerviosa. Una emoción muy viva puede convertir á un atleta en un niño. Vuestro esposo os prohíbe cerrar con cerrojo vuestra puerta; obedeced, dejadle penetrar en vuestro cuarto, y dormid completamente tranquila, pues nada tenéis que temer de él. Por sí mismo reconocerá la inutilidad de sus visitas clandestinas, quedárase avergonzado y corrido de su derrota, no querrá hacer un papel ridículo á vuestros ojos.»

La persona que se atrevió á decirle esto á Paula, tenía razón. Conocía á fondo las deficiencias de nuestra pobre naturaleza humana, sus desfallecimientos y sus desalientos.

Desde entonces, no penetré más en el cuarto de mi mujer, y, cosa extraña, no me atreví tampoco proferir ni una queja; ¿acaso no tenía sus puertas abiertas de par en par? ¿Le extrañó acaso mi intempestiva visita? No; sólo podía echarle en cara la frialdad del recibimiento; pero esta frialdad, debía yo haberla vencido y no supe hacerlo. Estaba verdaderamente desesperado. No me quedaba ninguna esperanza, ningún recurso.

Hablame preguntado otras veces si no sería conveniente confiar mis penas á la señora Giraud, y si podía permitirme decirle:

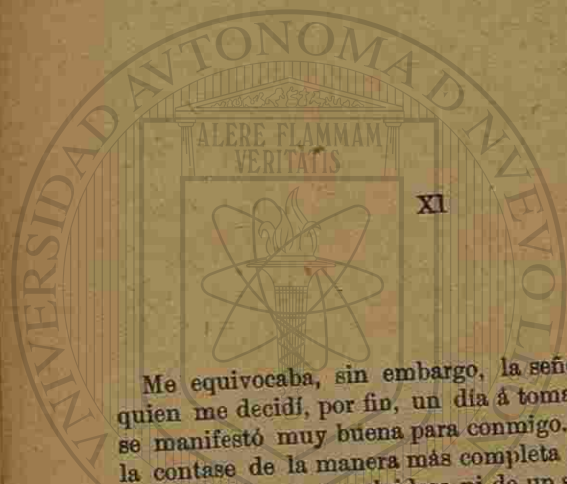
—Señora: Cuando me concedisteis la mano de vuestra hija, no lo hicisteis para que viviésemos separados, y lo estamos; usad de vuestra influencia para con ella y hacedla comprender que el matrimonio no es voto de castidad.

Pero ¿qué habría pasado? La señora Giraud hubiera interpelado á su hija, y ésta respondido (caso de dignarse contestar, que todo podía ser):

—Mi marido es un calumniador: sí, por un sentimiento de pudor exajerado, le cerré algunos días mi cuarto, dejé

ya de hacerlo. Nada le impide entrar y entra cuando quiere. Si no se encuentra allí á gusto, culpa suya es y no mía; soy yo la que debía quejarme.

Con esto terminaba la conversación y la señora Giraud nada tenía que replicar. Una sola persona, por su excesiva sutileza, por su experiencia de la vida, originalidad de carácter y, sobre todo, por la verdadera influencia que ejercía sobre Paula, hubiera podido dirigirle algunas observaciones y hacerla comprender que todas las faltas no eran mías; sino, hasta cierto punto, consecuencia de las suyas. Pero vacilaba antes de mezclar la condesa de Blangy en mis asuntos caseros, y tomarla por confidente en mis desgracias domésticas. Temía su mordacidad, su carácter burlesco, los alfilerazos que no dejaría de clavarme y hasta su manera de mirarme con los lentes.



Me equivocaba, sin embargo, la señora de Blangy, á quien me decidí, por fin, un día á tomar por confidente, se manifestó muy buena para conmigo. Me permitió que la contase de la manera más completa mis infortunios, y no consintió que me olvidase ni de un solo detalle. Lejos de parecer cansarse con mis relatos, parecía escucharlos con agrado y, hasta cierto punto, comp'acerla y, cuando hubé terminado, me dijo:

—Estaba un poco prevenida en contra vuestra, pero ahora me sois sumamente simpático.

Di á estas palabras una sencilla explicación: —Amiga íntima de mi mujer,—me dije,—la señora de Blangy habrá podido temer que Paula no trasladase á mí todo el cariño que antes le tenía. Mis confidencias la han iluminado; ella vé bién que yo no soy amado; que Paula dice la verdad cuando dice que la ama siempre y, desapareciendo sus celos, me vuelve su estimación.

Dióme de ella buena prueba, investigando conmigo los motivos que pudieron haberme enajenado el cariño de mi mujer. No encontró ninguno.

Buscamos también un medio hábil que me permitiera sa-

lir de la falsa posición en que me encontraba; pero á pesar de todo su talento, la señora de Blangy no imaginó ninguno. Sin embargo, vióme tan desolado, tan abatido, que tuvo piedad de mí y concluyó por decirme:

—Me ausento de París por tres días, pues tengo que marchar al Havre, donde me llaman asuntos de familia. Si consentís en confiarme vuestra mujer, pasaré todo mi tiempo en predicarla que tenga sentimientos mejores, y que aprenda á amaros.

Acepté con reconocimiento y apresurame á noticiarlo á Paula invitándola á que dispusiese su equipaje con prontitud. La idea de este viage pareció agradarla mucho y fue-se á casa de su amiga para fijar de acuerdo con ella el día de la partida. Esta tuvo lugar al día siguiente y yo acompañé á las dos viajeras hasta la estación de la calle de Amsterdam.

—Tengo buenas esperanzas—me dijo la señora de Blangy estrechándome la mano en el momento de subir al vagón.—Yo os la devolveré cambiada completamente.

Pero no fué así: el viaje no produjo ningún cambio en mi situación, pero tengo motivos para creer por cierta alteración en los modales de Paula, que señora de Blangy había cumplido su palabra, y que ella había predicado, atormentado á mi mujer, con motivo de mi triste asunto, mas, estaba escrito que nada triunfaría de aquel indomable carácter.

Fué este el tiempo, mi caro amigo, en que irritado enervado, enfermo, di libre curso á las tiranías de que os he hablado.

En tanto que tuve alguna esperanza, procuraba contenerme, á pesar de mis crisis nerviosas y mi dolencia real. No quería cometer ninguna falta por mi parte, y, si no tenía para con Paula todas las atenciones de un marido amoroso y amado, en cambio, no podía tener motivo de verdadera queja contra mí: disponía de su tiempo á su capricho, visitaba las personas que quería, yo mismo le procuraba buen número de distracciones, y, más de una vez, le había ofrecido algún regalo.

Pero ahora cambió todo. Rehusaba acompañarla cuando quería salir; pretextaba negocios los días que me parecía que tenía deseos de acudir á un concierto ó teatro; no la conducía á ningún salón, y cerré mi puerta á las visitas.

Llegué hasta meterme en las despensas.

En fin, ¿qué queréis? ya no sabía qué imaginar.

Después de tratar inútilmente ganarla por el amor, probé de rendirla por el hambre!

Paula (debo hacerle esta justicia) no se quejó nunca de mi proceder; no se le escapó ni un reproche, ni una observación. Parecía haberse hecho un deber de estar tan sumisa algunas veces, como estaba altanera otras. Tenía conciencia, sin duda, de sus yerros contra mí y quería expiarlos por la igualdad de su humor y los encantos de su talento, siempre sereno, siempre amable.

Los celos mismos, no hicieron presa sobre esta implacable serenidad. ¡Sí, los celos! Por que desesperado de mi causa, quise volver celosa á Paula.

¡Estais loco!—me diréis. Estamos enteramente de acuerdo. Casado, tomé una querida, una querida con título, yo que siendo soltero; solo tuve algún *lío* (si les puedo llamar así) de lo más pasajero y misterioso que darse puede. Tuve que soportar pues, que una famosa entretenida, ó quién todo París conocía, se dignase corresponderme. Se lo supliqué encarecidamente. Hacia que me escribiese á mi casa y le mandaba mis cartas por un doméstico. Pagué un día,

de sobremesa y delante de Paula una cuenta de seis mil francos por un par de pendientes con brillantes, que regalé días antes á la señorita X... En fin, amigo mío, llegué á dormir fuera de casa.

Observareis acerca de este particular, que mi mujer no podía fijarse en esta última maniobra. Perdonad; procuraba volver lo bastante tarde posible, con tanto ruido, que toda la casa se enteró de mi inmoralidad. Resulté un cínico. ¡yo!

Creeréis que Paula, desde el día de mis bruscos modales, hacia algo para significar su resentimiento. Nada de eso; jamás estuvo tan amable y complaciente y, tanto como ella ganaba en mansedumbre, más me enpenaba yo en incomodarla, en excitarla, en intentar de cualquier manera sacarla de su apatía.

Creí encontrar un medio de desagradarla y obligarla, pensaba yo, á pedirme treguas: consistía este separarla de su querida amiga la señora de Blangy, en casa de la cual, después que yo afecté despreciarla, pasaba todas las tardes y casi todas las veladas.

Un día, en el momento que ella se preparaba á salir, la interpele diciendo:

—¿Dónde vais?

—Como de costumbre, un momento á casa de mi madre, y luego á casa de Berta.

—Me parece que vais demasiado á casa de la señora de Blangy.

Volvióse vivamente y respondiome:

—¿Y por qué?

—Porque...

Buscaba alguna excusa no sabiendo que decirla.

—Porque—continué—la sociedad de la condesa no os conviene en modo alguno; es demasiado... mundana para vos.

—¡Berta mundana! Apenas recibe visitas, devuelve las menos posibles, y jamás vá á las *soirees*.

—Evidentemente. Ella no se encontraría á gusto en los salones; su posición de mujer divorciada, de casada... que no lo es, le crea un posición difícil.

—¿No sabe todo el mundo que la culpa es de su marido?

—No; muchos lo dudan; yo, por ejemplo. La experiencia me ha demostrado, que en ciertas desavenencias domésticas, las primeras faltas provienen de la mujer. Lo he reflexionado con madurez, la amistad de la señora de Blangy, puede perjudicar á una joven como vos, una doncella, digámoslo así.

—Os habéis tomado bastante tiempo para observarlo —dijo Paula sin tener en cuenta mis alusiones.

—Quizás me hubiese pasado inadvertido, sin vuestra cruel conducta para conmigo.

No se dignó fijarse en esta última y directa alusión.

—Creía —dijo— que la condesa era vuestra amiga.

—Lo es mucho vuestra, para que pueda serlo mía.

—Lo que no os ha impedido pedirle algún favor especial.

—No me lo ha hecho.

—No dependía de ella.

—Tanto peor. Una mujer de su experiencia, de su edad, y posición, debía tener más influencia sobre vos.

—Tiene mucha.

—Entonces la emplea mal, y dejenera en dañosa.

Decididamente, quería conmovier á Paula, por la primera vez me salía bien. A cada réplica suya, crecía mi valor. Podía creer que había yo tocado la cuerda sensible; su amistad por la señora de Blangy su temor de perderla, quizás la obligarían á capitular.

Al cabo de un rato, interpeleme:

—¿Y que consecuencia sacáis de todo lo que me habéis indicado?

—¡Oh! —contesté decidido á dar el golpe bruscamente

—una consecuencia muy sencilla, no vereis más á la condesa.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Y si no quiero obedeceros?

—Os obligaré á ello.

—¿De que manera.

—Sencillamente: lo primero será dar orden á mis criados que no reciban á la señora de Blangy, y, ellos me obedecerán.

—No lo dudo. Pere si no la veo aquí, puedo verla su casa.

—Error.

—¿Pretendeis tenerme presa acaso?

—Ni soñarlo.

—¿Entonces...?

—Iré simplemente, á casa de la condesa y la diré: Os ruego, señora, que ceseis toda relación con mi muger.

—¿Y si rehusa?

—No puede rehusar. Su posición de mujer divorciada la obliga á grandes miramientos. No ignora tampoco que no tardaría en ser blanco de la opinion pública, si se trasluciese que, contra la voluntad del marido, continua recibiendo en su casa, á una mujer casada. En la buena sociedad existen ciertos usos y leyes de las que nadie puede sustraerse, sopena de caer en espantoso ridículo.

Paula comprendió, sin duda, la justicia de mis razones y guardó silencio.

Rompió al cabo de un buen rato para decirme:

—¿Puedo, por lo menos, hacer mi última visita á la señora de Blangy, para comunicarle vuestra voluntad y expresarle mi sentimiento por esta separación?

—¡Ya lo creo! —la dije conmovido á mi pesar por su su misión.

Cuando se marchó, pensé que esta solo era aparente. Paula, sin duda alguna, iba á consultar con la condesa, para

encontrar el medio de hacerme cambiar de determinación. ¿Y que me importaba? Estaba decidido á no desmayar, á ser inexorable; tan inexorable como se era conmigo.

Pero me equivoqué también. Paula no me habló de la señora de Blangy; esta no hizo ninguna tentativa para que yo le devolviese su amiga, no me escribió siquiera, como yo esperaba, para reprocharme mi conducta, ni tuve necesidad de impedirle la entrada en mi casa, porque no se acercó á ella. En cuanto á Paula tuve pruebas palmarias que tampoco iba á casa de la condesa. En efecto, la señora de Blangy vivía en nuestra misma calle, casi en frente de nosotros y, cuando mi mujer salía, yo, oculto tras las persianas, seguía la con los ojos, y hube de convencerme que pasaba por delante de la casa de la condesa sin entrar en ella.

—Esta situación—me dije yo—no puede prolongarse; las dos son demasiado orgullosas para rogarme las vuelva á unir en su amistad. Ambas cuentan para eso, con el tiempo, con la reflexión, con mi amor, para que yo lo conceda tácitamente; pero, cuando conozcan que no deben contar con nada de eso... Entonces...

¡Pero que pobre hombre era yo! ¿Gastar tanta imaginación y tanto tiempo con una mujer que no me quería!

Jamás mis pobres nervios estuvieron tan solo de excitados como en aquella época. Jamás el tirano de los deseos fué tan vivo conmigo.

Y creo, yo, que era esto el resultado lógico de mis relaciones con la señorita X...; al lado de la mujer que uno no ama se, sueña siempre con la mujer amada. Se la vé; se la oye y acaba uno por exclamar: ¡Es ella!

La cabeza se exalta, y, la que debía curaros de vuestro amor hacía otra, no hace otra cosa que aumentarlo.

XII

El tiempo transcurría, y Paula había recobrado toda su placidez. Parecía haber olvidado á la condesa de Blangy; pero sobre todo continuaba olvidando que era mi mujer. Sin embargo, yo esperaba; siempre esperaba.

Contaba con mi tiranía, la especie de reclusión en que la hacía vivir, y el deseo, que, sin duda, tendría mi mujer de ver á su mejor amiga.

Bien pronto tuve una decepción; hé aquí como. Concluíamos un día de almorzar. Mientras yo pasaba una ojeada sobre los periódicos, fuese Paula á su gabinete tocador. Salió de allí; sobria de adornos; una manteleta sobre las espaldas y un sencillo sombrero sobre sus negros cabellos.

Díjome:

—Voy á hacer algunas compras: de paso subiré á saludar á mi madre; ¿tenéis algo qué mandarme?

—No,—respondí,—os doy las gracias.

—Hasta luego, pues.

Y salió.

Cuando oí el golpe de la puerta, corrí á mi habitual ob-

servatorio, tras las persianas de mi despacho, convertido, por mi desgracia, mi alcoba de soltero.

Debo confesar que metomaba un trabajo inútil con aquel espionaje. Paula, hacía dos meses, pasaba por frente de la casa de la condesa sin detenerse y sin siquiera levantar los ojos hacia los balcones de su amiga; aquella tarde no había ninguna razón para que variase de costumbre.

Pronto la divisé sobre la acera, á vista de pájaro, siguiendo la dirección del *boulevard*. Me enajené contemplándola; sus cabellos, sujetos por detrás con una tenue redecilla, tomaban, á los rayos del sol, reflejos resplandecientes. Algunas veces, para evitar cualquier obstáculo, levantaba castamente los bajos, y aparecían sus preciosos piececitos y el nacimiento de una adorable pantorrilla. No caminaba; ondulaba, por decirlo así, sus espaldas, su talle, sus piernas, parecían rodar de derecha á izquierda. Estaba voluptuosa en cuanto cabe. De pronto me asaltó una idea.

—Si la sigo,—díjeme,—la podré ver más tiempo.

Yo os juro, mi querido amigo, que no obedeció aquel pensamiento, á ninguno de celos; estaba encantado y quería seguir el encanto de la vista; hélo aquí todo. Olvidaba que seguía á mi mujer, cosa, por otra parte, muy fácil de olvidar. Bajé precipitadamente las escaleras. Estaba seguro de encontrarla; pues la calle de Caumartin es larga y tiene muy pocas laterales.

No había aún dado veinte pasos en la dirección de los boulevares, cuando divisé delante de mí, á lo lejos, mis pies menudos, mi pierna torneada, mis cabellos negros y mis espaldas esculturales!

Todo esto continuaba ondulando y yo seguía las ondulaciones.

Llegada al extremo de la calle de Caumartin, y, antes de atravesar la calle Basse-du-Rempart, Paula pareció consultarse. ¿Se dirigiría del lado de la Magdalena ó de la Bastilla? De pronto, antes de decidirse, y, como si obedeciese á algún aviso, volvióse y miró hacia atrás.

Tuve el suficiente tiempo para esconderme tras una puerta cochera. Paula no me vió. Segura, sin duda, de que nadie la seguía, tomó la dirección por el *boulevard*, hacia la Magdalena.



Su marcha incierta, su gesto, sus ojeadas hacia atrás, la especie de inquietud de que parecía ser presa, me dieron motivo para reflexionar.

—¿Tiene, pues, miedo de ser seguida?—preguntéme, y empecé á sentir celos; no me faltaba otra cosa. Quizás, mi caro amigo, os extrañe que no los hubiera sentido aún. Pero pensáis mal; no podía estarlo. La existencia de mi mujer, después de su casamiento, era de las más pacíficas; hacía poquitas visitas y todas de cumplido, y no salía, como tengo dicho, sino con objeto de ver á su madre ó á su amiga.

¿Cómo, en estas condiciones, suponer infidelidad en una mujer y ser celoso? Cuando me rompía yo la cabeza buscando la causa de su comportamiento, alguna vez hube de preguntarme:—¿Tendrá algún amante?—Pero tuve que convenir conmigo mismo, que no podía tenerlo, á menos que no diese sus citas en nuestra casa ó en la de su madre, ó en la de la señora de Blangy, y estas tres suposiciones eran inadmisibles.

Llegada á la plaza de la Magdalena, Paula se dirigió hacia la iglesia; franqueó las verjas y pisó las gradas.—¿Qué

significa esto?—preguntéme.—¿Por qué viene á misa un día de trabajo, ella, que ni aún los domingos se acuerda de la Iglesia? ¿Es debido quizás á un exagerado celo piadoso á lo que debo atribuir mis penalidades? ¿Habrán infligido á mi mujer alguna penitencia de la que debo ser partícipe? ¿Seremos ambos á dos víctimas de uno de esos votos, pronunciados en un momento de locura? ¡Oh, si es así, tengo esperanzas: no se pronuncian votos para una eternidad, y éste no se apartará de la regla!

Al mismo instante, corté mis reflexiones y me lancé en dirección al mercado de la Magdalena. Una nueva idea vino á asaltarme: Paula entraba ó debía entrar en la iglesia para despistar á las personas que la pudiesen seguir, y salirse luego, por cualquiera de las puertas laterales.

¿Por qué me precipité hacia la derecha mejor que á la izquierda? Lo ignoro; pero sólo tuve motivos para felicitar-me por la elección. Apenas hube tenido tiempo para esconderme detrás de una de las barraquitas destinadas á la venta de flores, cuando columbré á mi mujer. Paula no había empleado más que el tiempo necesario para atravesar la nave de la iglesia, como quien atraviesa la plaza pública. ¡Y yo, triste de mí, que un momento la había clasificado como devota!

No había que hacerse ilusiones: iba á una cita. Buscaba para acudir á ella los más extraños caminos y siguió el suyo y yo el mío, á treinta pasos de ella, siempre alerta, para desvanecerme como una sombra, tan pronto mirase detrás. Los celos habíanme convertido en un experto agente de policía.

Ella seguía entretanto el boulevard de Capuchinos y caminaba velozmente. Por un momento, fui presa de un terror loco. ¡Si los paseantes que se cruzan en todos los sentidos, la ocultan á mis miradas! ¡Si la perdiese! Entonces, para que esto no pasase, corrí, corrí como un chicuelo, y encontréme á dos pasos de ella, resguardado por un obeso personaje, que me servía de muralla viviente.

En el boulevard de los Italianos, estuve á punto de perderla. Parecióme ver que se dirigía hacia la Chaussée d'Antin. Una rápida ojeada lanzada de derecha á izquierda, me convenció de mi error; volví á cojer el boulevard y tuve la fortuna de divisarla, en el preciso momento que volvía la calle de Helder.

Mi posición se hacía peligrosa; la calle por donde Paula discurría, no es de las más transitadas; las aceras son estrechas, las cocheras están casi siempre cerradas, y son raras las tiendas.

Era muy difícil, por lo tanto, ocultarse en un momento dado, y cualquier imprudencia podía hacerme traición. No cometí, afortunadamente, ninguna, gracias á los instintos policiacos que se habían desenvuelto en mí de pronto, y que hubieran sido, de seguro, muy apreciados en la calle de Jerusalén. (1)

En lugar de seguir á mi mujer á algunos pasos de distancia, como había hecho antes, ahora me contenté siguiéndola con los ojos, y emprendí nuevamente mi persecución cuando la vi cruzar la calle de Taibout. Entonces ya pude, sin peligro, emboscarme de nuevo en la sombra.

¿A dónde íbamos?

¿Dónde terminaría la excursión?

(1) Calle en que se halla instalada en un antiguo palacio la Prefectura de policía de París.

Al poco rato, algunos indicios me indicaron que se aproximaba el término de nuestra peregrinación. Paula parecía más inquieta, era su marcha menos regular y se volvía con frecuencia; no se sentía seguida, pero, sin duda, se decía que debía redoblar las precauciones. ¡Ah! mi caro amigo. ¡Qué carrera, qué persecución, qué caza, y, sobre todo, qué emociones!

En fin, después de haber tomado por la calle de Provenza, á la derecha, traspasado la de San Jorge, cruzado el boulevard de Lafayette, se metió en la calle de Laffitte, y la vi, de pronto, desaparecer tras una puerta cochera.

Me detuve. ¿Qué hacer? ¿Entrar á mi vez en la casa donde ella entró, alcanzarla en la escalera, reprocharla su conducta y tratarla como ella se merecía, obligándola á seguirme?

Pero entonces su secreto se me escapaba: se negaría confesar que era una cita á lo que acudía; apelaría á un pretexto cualquiera para explicar su presencia allí: «señas que la habían dado de una modista... entró en la Magdalena á orar... por casualidad se volvía á cada momento... sólo por gusto de pasear había dado la vuelta á casi todo París...» En fin; yo os aseguro que no le hubieran faltado excusas para probar su inocencia y quizás hubiera llegado á convencerme de ella. ¿Sería bueno dirigirme al portero? Debía conocerla: porque sin duda, no era la primera vez que Paula iba á aquella casa. Pero, ¿y si aquél le fuese fiel y no quisiera responderme por estar avisado de antemano?

Entonces se perdería todo; no tendría las pruebas de su perfidia; no conocería al hombre que me deshonraba y no podría vengarme ni del uno, ni de la otra.

¡Vengarme! ¡Qué placer tras tanto sufrimiento! Ante este pensamiento, tomé la resolución de ser calmoso, paciente, frío. Resolvi esperar.

¡Esperar! Esperar ante aquella puerta, ante aquella casa donde, estaba seguro, me engañaban, me hacían traición y

concedían á otro lo que á mí se me negó siempre! ¡Qué suplicio! Un coche vacío pasaba en aquel momento; hícele seña al cochero de detenerse en la esquina de la calle de Laffitte y de la Victoria, monté allí, subí los vidrios y clavé los ojos en la puerta de aquella casa.

Transcurrieron dos horas.

¡Dos horas!

Salió por fin. Un velo espeso cubría su rostro, uno de esos velos de lana, que usan las mujeres malas. Detúvose en el umbral para echar una mirada á su alrededor, vaciló en lanzarse á la calle, pero tomando de repente su partido, se alejó vivamente hacia los boulevares.

Yo estuve algún rato en mi observatorio, quizás esperase al cómplice.

Pero nadie apareció, y mis sospechas no podían recaer sobre las personas que vi salir.

Descendí pues del carruaje, pagué y fuíme á mi casa. Paula estaba ya instalada en el salón.

—¿Cómo venís tan tarde?—preguntóme.

Estuve á punto de estallar, pero me contuve.

—¿Me esperáis hace mucho?—pregunté á mi vez.

—Hace mucho.

—Y ¿habéis quedado satisfecha de vuestro paseo?

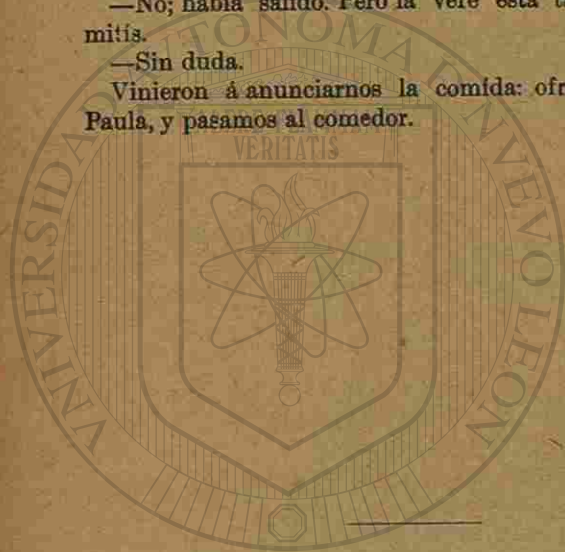
—Muy satisfecha; ha hecho un día precioso. Lo he aprovechado y me he dado un hartazgo de pasear.

—¿Habéis visto á vuestra madre?

—No; había salido. Pero la veré esta tarde, si lo permitís.

—Sin duda.

Vinieron á anunciarnos la comida: ofrecí el brazo á Paula, y pasamos al comedor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

No os extrañéis, amigo mío, de mi sangre fría y del imperio que ejercí sobre mí mismo aquel triste día. Era menos digno de lástima de lo que suponéis.

Sí, menos digno de lástima; por fin, ya no caminaba entre tinieblas, ya no estaba rodeado de misterios, y ya no tenía que buscar los motivos de su indiferencia. Tenía la solución del enigma que tanto tiempo burló mis deseos; ya no estaba en presencia de un esfinge, sino en presencia de mi mujer, hecha como todas, y pérfida como casi todas. Ahora no podía dudar: Paula se había, hasta entonces, sustraído á mis caricias porque tenía un amante.

¡Oh! esto era, sin duda, muy doloroso y yo sufría cruelmente, pero sabía, al menos, de qué naturaleza era mi enfermedad y conocía su nombre. Iba á conocer de una vez lo que me había reducido á la desesperación, al que había osado quitarme mi dicha, suplantando mis derechos y robándome un corazón que me pertenecía, guardándolo para él solo, sin concederme la más mínima participación.

¡Ah, miserable! Sin duda la había dicho:

«Consiento en que te cases, que lleves el nombre de

otro, pero seré yo, yo solo, tu verdadero marido. No tengas en cuenta ni su amor, ni sus derechos. Me amarás á mí solo.»

Si; él debió decirlo todo eso y arrancarle alguna solemne promesa, sin la cual, Paula hubiérase producido como todas las mujeres casadas que tienen un amante: engañándose con él, y engañándolo conmigo.

¿Pero él, quién era? Necesitaba verlo pronto, conocerlo... Necesitaba...

¡Ah, mi querido amigo! ¡Y cómo trabajó mi imaginación como jamás, hasta entonces, atormentada! ¡A qué delirios, y á qué venganzas me impulsaba! Os aseguro que mis compañeros de promoción no se hubieran atrevido, como otras veces, á burlarse de mi carácter pacífico. Los hubiera despedazado con mi inusitada ferocidad.

Y ¡ay de mí! Ni aquel día, ni el otro, tuve ocasión de ejercerla con nadie. Paula no salió.

Las citas, probablemente, no eran diarias. Los amores eran intermitentes. Yo estaba desolado y reducido á desesperarme ante la sabiduría... relativa de mi mujer.

En fin, el tercer día, después de almorzar, me insinuó sus deseos de pasear.

—¿Hacia qué lado pensáis dirigiros?—preguntéla.

—No lo sé aún... probablemente hacia donde me lleve la primera impresión... á visitar tiendas, de seguro.

—¿Deseáis que os acompañe?

Paula replicóme sin turbarse:

—Con el mayor placer; me pongo el sombrero y estoy á vuestras órdenes.

¡Qué habilidad, qué astucia en disipar mis sospechas! Si hubiese estado menos prevenido, hubiera podido creer que me equivocaba en sus proyectos.

Tuve que excusarme, pretextar cualquier negocio, para dejarla ir sola.

Esta vez no cometí la imprudencia de seguirla. ¡Demasiado sabía dónde iba!

Tomé, sí, un carruaje y me hice conducir al sitio donde ya estuve estacionado.

Hice mis cálculos, y tenía demasiado tiempo; antes que Paula llegara, debía transcurrir una hora, dadas las vueltas y revueltas de su correría.

Varios mozos de cuerda esperaban parroquianos en el ángulo de las calles de Laffite y de la Victoria. Llamé, desde el coche, al que más inteligente parecióme, y, por tanto, que más garantías podía ofrecerme.

—¿Queréis ganáros un luis?—dije á aquel hombre.

Un signo afirmativo fué la respuesta.

Continué:

—Debéis estar cerca del carruaje, como si hablaséis con el cochero. Cuando yo os toque el brazo, miraréis delante de vos y veréis una señora que entrará en aquella casa, esa de ahí, la tercera á la derecha. Dejaréis transcurrir algunos segundos, luego la seguiréis por la escalera y vendréis á decirme en qué piso entra. Es muy sencillo, como veis; sólo, que la persona en cuestión no debe advertir que es seguida. Tendréis, pues, cuidado de no deteneros donde ella, y de llevar cualquier papel en la mano, como si subieseis un recado á otro piso de la casa.

*
*
*

No tuve necesidad de repetir mis instrucciones; mi hombre estaba al tanto.

Al cuarto escaso, apareció Paula é hice la señal conveni-

da. El mozo interrumpió su conversación con el cochero, y, á los pocos momentos, penetró en la casa en que mi mujer entró poco antes.

A los cinco minutos, el mozo estaba junto á mí.

—¿Qué hay?—interrogué.

—Esa señora—respondióme—ha ido al segundo.

—¿De qué lado?

—Subiendo, á la derecha; unas habitaciones pequeñas que dan al patio.

—¿Quién ha abierto?

—Nadie; antes de llegar ha sacado de su portamonedas una llavecita y...

Este último detalle cambió mis suposiciones en certidumbre.

—¡Está bien!—dijele al mozo, entregándole el luis; convenido, y añadiendo, para tenermele propicio.—Puede que tenga necesidad de vos al mismo precio.

Aquel día, mi mujer abrevió su visita y, por consiguiente, mi facción. Sin duda, no quería abusar.

Quando la vi desaparecer, bajé del carruaje y fuíme hacia la casa de marras.

Para entrar en relaciones con los porteros apelé á un recurso de los más vulgares, pero de éxito casi siempre.

—¿Tenéis habitaciones para alquilar?—pregunté á una mujer que estaba en la portería.

—Sí, señor; en el cuarto piso. Tenemos también un segundo.

—¿Un segundo? Ese me conviene más. ¿Con vistas á la calle ó al patio?

—A la calle; es un cuarto de cinco mil francos.

—Un piso pequeño entonces—dije yo con aplomo.

La portera, que hasta entonces había estado sentada, levantóse. Un sujeto, que lejos de espantarse ante cinco mil francos, le parece poco precio, es digno de cualquier consideración.

—Sin duda, caballero—dijo respetuosamente—el piso

no es inmenso, los hay más hermosos, sobre todo en los barrios modernos, pero tiene cuatro dormitorios.

—¡Tengo desgracia!—exclamé haciendo despaño mi combinación.—Necesito cinco.

—Hay un saloncito que puede transformarse en dormitorio. ¿Quiere el señor ver el piso?

—Veamos.

Como suponía, según las noticias del mozo de cordel, dos puertas daban acceso en el descansillo al segundo piso. Una grande, de dos hojas, la del piso que iba á ver, á la izquierda; otra pequeña, con cerradura de cobre, á la derecha.

Seguí á la portera y recorrí minuciosamente todas las piezas que me mostró.

Terminada mi inspección:

—Este cuarto,—dijele—me conviene por muchas razones. Está bien situado y ventilado. Sin mi hijo, de seguro me lo quedaba.

Me permitía el lujo de atribuirme un hijo, yo, que no tenía mujer.

—¿Acaso el hijo del señor—respondió la portera intrigada por mis palabras—no se encontrará bien aquí?

—Le molestará de estar bajo mi absoluta dependencia y no tener su departamento independiente. Ya es mozo, vive con nosotros, concediéndosele alguna libertad

Si hubiese, por ejemplo, en este mismo piso, un cuartito de dos ó tres piezas, nada habría ya que pedir. Desgraciadamente, no los habrá en esta casa.

—Perdonadme, señor—replicó la portera;—tenemos, en todos los pisos, cuartos como el que se trata, y cuyo precio varía de ochocientos á mil doscientos francos; pero no hay ahora ninguno desocupado.

—¡Qué lastimal! El ser fronterizas ambas habitaciones es cosa que me hubiese convenido mucho. Buscaba, hace tiempo, cosa semejante.

Como veis, representaba yo mi papel á las mil maravillas, tanto, que la portera, como yo esperaba, díjome:

—Creo que podrá arreglarse. El propietario desea alquilar la habitación cara, y si le conviene al señor, y el señor necesita indispensablemente el cuarto de la derecha, se despedirá al actual inquilino.

—¡Cómo! ¿Creéis que por un recién llegado se echará á un inquilino que quizás habite la casa hace años?

—No, señor; la persona que lo tiene viene habitando el cuarto hace sólo dos meses.

—¡Ah, dos meses! Es igual, tendrá sus comodidades, sus hábitos...

—Bien poco, por cierto. Vive en el campo, según parece, y ha alquilado esta habitación como parador. Sólo está aquí algunas horas, las dos ó tres veces que viene por semana.

—Será, sin duda, algún hijo de familia—dijo sonriendo—y este será el lugar de sus citas.

—Estáis equivocado, caballero, es una señora.

—¡Una señora! Quedé sorprendido. ¡Mi mujer había tenido el valor de alquilar por su mano aquella habitación, para recibir allí á su amante! Y no pude ni aun pensar que, impulsada por la pasión, había consentido en acudir á la casa de su amante, sucumbiendo por grados, como sucumben casi todas las mujeres. No; ella mismo habíase prepa-

rado la caída; era el actor que prepara un desenlace y posela, como Margarita de Borgoña, su torre de Nesle!

La portera añadió:

—Si el señor lo desea, veré mañana al propietario y estoy segura que se arreglará el negocio.

—Es cosa que me agrada—respondí—pero antes quisiera echar una ojeada por la habitación de mi hijo. No quisiera comprometerme sin ver antes su distribución.

—No hay dificultad tampoco; soy la encargada de la limpieza de ese cuarto, y, por lo tanto, tengo un llavín. Cuando el señor quiera...

—Hoy mismo,—le interrumpí—tengo tiempo.

—Hoy es imposible: la señora está en París. La he visto subir.

—¿Y aún no ha salido?

—No lo creo.

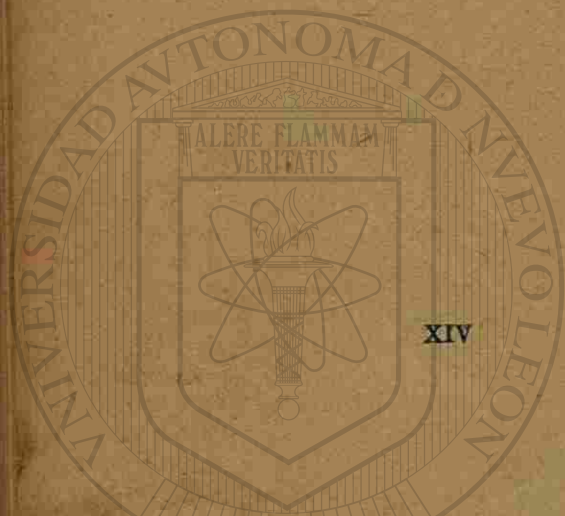
Decididamente la portera cumplía pésimamente su cometido. La inquilina del segundo había salido hacía una hora. Mi mujer había tenido mano de santo escogiendo aquella casa. No quise, sin embargo, insistir sobre el asunto.

—¿Y mañana—dijo—podré ver ese cuarto?

—No habrá inconveniente; la señora nunca viene dos días seguidos á París.

—Hasta mañana, pues; y como espero ser pronto vuestro inquilino, tomad esta moneda á cuenta.

Quería hacerme un aliado de aquella mujer.



Acudí puntualmente á la cita: al siguiente día, á las dos de la tarde, me encontré en la calle de Laffitte. La portera, así que me vió, recordando mi propina, me sonrió con su sonrisa más graciosa, salió de su eucitril y precedióme por lo escalera. Llegados al segundo piso, sacó del bolsillo una linda llavecita de acero, introdujola en una cerradura de Fichet, abrió, y apartóse para dejarme pasar.

¡Cómo latió mi corazón! ¡Cuánto padecí al penetrar en el misterioso recinto! Debía ver aquellos lugares, testimonios de placeres, que yo solo debí conocer! Iba, por decirlo así, á tocar con la mano, su traición y su infamia.

Después de haber atravesado dos habitaciones, híceme observar á la portera:

—Pero esto está casi desamueblado.

—Ya os dije que esto es como un apeadero para la in-

quilina. Cuando viene, durante el día, se instala en el salón.

—¿Dónde está ese salón?

—Vedlo.

Empujé una puerta y entré.

Al pronto no vi nada; las persianas estaban cerradas y corridas las cortinas. La portera se acercó á una de las ventanas y la abrió. Miré con toda mi alma.

Figuraos, amigo mío, una piececita de unos cuatro metros cuadrados, *boudoir* más que salón, tapizada de raso negro acolchado con botones rojos de seda. Al rededor de la habitación y adosado á la pared, extendíase uno de esos inmensos divanes, que hemos importado de Turquía, tan bajos de asiento, que éste casi toca al suelo. Estaba tapizado de la misma tela que las paredes, y, como éstas, almohadillado con botones. Cubría el suelo gruesa alfombra y velanse esparcidos acá y allá los cojines del diván á manera de asientos. Por todo adorno no había en las paredes más que unos cuantos espejitos de Venecia y algunas cornucopias estilo Luís XV, en cuyos candeleros quedaban aún unas velas de color de rosa á medio consumir. En el centro de la chimenea destacábase una reducción en mármol de la bañista de Falconnet, y á derecha é izquierda, dos grupos de Clodion, en *terra cotta*. Enfrente de la chimenea una estantería pequeña de ébano con incrustaciones de nácar, y en ella una copa de cristal de roca, llena de cigarrillos turcos, y unos cuantos libros encuadrados en piel roja, y cuyos títulos leí rápidamente. Eran, si mal no recuerdo, un tomo de Balzac, conteniendo: *Una pasión en el desierto*, y *La joven de los ojos de oro*; *La señorita de Maupin*, de Teófilo Gautier; *La Religiosa*, de Diderot, y la última novela de Ernesto Feydeau, *La señorita de Chalis*.

Hé aquí, amigo mío, la descripción exacta de esta pieza. La originalidad del mobiliario, lo extraño de ciertos

detalles, no debían chocarme, sino cuando mucho más tarde, dirigí los ojos al pasado.

Después de visitar el salón, pregunté á la portera si había alguna otra pieza.

—Hay también,—me contestó,—un gabinete tocador.

Procuré armarme de valor y entré, esperando hallar cualquier exentricidad mobiliaria.

Me equivoqué: el gabinete estaba apenas amueblado. En las ventanas, sencillas cortinas de percal persa; sobre una mesita de mármol, una jofaina de cristal de Bohemia, un peine de concha amarillo y una caja de polvos de arroz.

—Esta pieza no es muy grande,—me dijo la portera,—pero sí muy cómoda, porque tiene armarios.

—¡Armarios! Veámoslos.

Iba, sin duda, á descubrir algún misterio, encontrando ropas de uso que pudiesen servirme de indicio para saber quien era mi rival.

Pero, en vano, y con el pretexto de ver la profundidad de los armarios, me fijé muy bien en todos los rincones, pues no encontré ningún gabán, ni siquiera una americana.

En cambio, vi en una percha una especie de *peplum* (1)

(1) Manto bordado usado por las patricias en Roma. Dábase también este nombre al manto de las diosas Juno y Minerva.

antiguo, de cachemir blanco, forrado de satín rojo del mismo matiz que había visto en el gabinete, y una gran bata de raso negro forrada de satín gris perla.

Confieso esta nueva debilidad: no podía apartar la vista de aquellas ropas que, sin duda, pertenecían á mi mujer, y que estaban aún impregnadas de perfumes deliciosos. Creía ver en aquel *peplum* abierto, su busto admirable, su pecho bien modelado, su talle esbelto, sus redondas caderas tal como se me aparecieron una sola noche, en todo el esplendor de su desnudez. El raso amapola, ó el gris perla de la bata, harían resaltar la blancura de la piel y esparciría vigorosas sombras sobre su cuerpo adorable.

Mi vagabunda imaginación iba más lejos aún: veía á Paula salir repentinamente de su *peplum*, como la odalisca de Ingres se destacaba de su cuadro, y avanzar, muda, palpitante, hacia aquél por el que me despreciaba.

¡Ah! ¡Cuánto hubiese dado yo por encontrarme en lugar de aquel hombre!

Creo que, si me hubiesen dicho en aquel momento: «Todo lo descubristeis y confundisteis á los culpables, perdonadlos y no uséis de los derechos que os concede la ley, y vuestra mujer será vuestra esposa y, por vos, vá á vestirse con el *peplum* que se ponía para otro; y se os unirá en el gabinete resplandeciente de luces y sedas; y serán vuestros sus besos, sonrisas y ternezas, durante una semana,

un día, una hora, serán vuestras todas las voluptuosidades con que soñásteis, ni cesar desde que os casásteis y que no pudisteis conseguir... ¡Ah! ¡Es indigno! ¡Es cobarde! Pero lo voy á confesar ¡la hubiera perdonado!

Ya sé que no todo el mundo me comprenderá y muchos tendrán deseos de decirme: «No podéis amar ya á esa mujer; sabiendo lo que acabáis de saber y al descubrir su traición, el desprecio mató al amor.» Pero en ciertos casos el deseo sobrevive al amor y la posesión solamente mata al deseo.

Por lo demás, la impresión que experimenté en mi visita á la calle de Laffitte, se desvaneció algunas horas más tarde: entré en posesión de mí mismo, y sólo me animaron desde entonces los sentimientos propios de un marido ultrajado, de un hombre cruelmente herido en su honor.

Pasaron dos largos días; dos días, durante los cuales Paula no parecía dispuesta á salir: sus recuerdos le eran tal vez suficientes y le ayudaban á esperar el momento de la próxima cita.

Por fin llegó la hora: la ví partir ligera y tranquila, y sin sospechar ni remotamente lo que me ocurría.

Apenas se alejó, bajé á mi vez. Diez minutos más tarde ya estaba yo en la calle de Laffitte. Iba á seguir paso á paso el plan que me había trazado.

—Os pedí cuarenta y ocho horas para reflexionar,—dije á la portera.—Hoy estoy casi decidido. Solo que algunos detalles respecto á los muebles, me impiden alquilar de un modo definitivo vuestra habitación. Deseo colocar en ella algunos muebles y tapicerías, todo ello antiguo, y de ningún modo quisiera achicarlo ni cortarlo. Es, por tanto, preciso que yo sepa si cabe en el salón. He tomado las medidas exactas, y si no tenéis inconveniente, voy á tomar la medida de la altura de las paredes.

Para dar más valor á lo que decía, saqué de mi bolsillo un papel lleno de números.

A la portera le pareció mi petición lo más natural del mundo, y se apresuró á abrirme la habitación que yo trataba de alquilar, y, como estaba completamente vacía, no temió dejarme á solas con mis cálculos, y se volvió á su aposento.

¡Al fin quedé libre! Por la puerta que daba á la escalera iba yo á ver subir á Paula y detenerse en el descansillo. Sería posible que la esperase su amante y que saliera á recibirla. Si llegaba á suceder esto me arrojaría sobre él.

También podría ser que ella le esperase, y en este caso, en el momento en que él fuese á meter la llave en la cerradura, me colocaría yo frente á la puerta por prohibirle la entrada y pedirle explicaciones.

Al cabo de un cuarto de hora, oí ruido de pasos en las escaleras.

Entreabrí la puerta: no me podían ver, y yo vela perfectamente.

Era mi mujer. Subía de prisa y agitada, como si temiese que la siguieran ó tuviera deseos de llegar pronto: al atravesar el descansillo, se encontró tan cerca de mí, que sentí el rumor de su precipitada respiración. Inmóvil, sujetando la puerta con una mano y con la otra el corazón, que parecía querer escaparse del pecho, miré.

Sacó una llave de su bolsillo y abrió.

Nadie salió á recibirla: ninguna voz la dió la bienvenida.

Había sido la primera en llegar á la cita; el otro debía llegar más tarde, ó estaba ya en su sitio y yo no había sentido abrir.

Esta última conjetura debía ser la verdadera: pasaron tres cuartos de hora y muchas personas subían las escaleras, pero ninguna se paró en el descansillo.

No era posible que hiciesen esperar tanto tiempo a mi mujer.

Acudió en aquel momento a mi memoria el recuerdo del peplum forrado de satín color de fuego. A pesar de las tres puertas que me separaban de Paula, le vi quitarse su traje habitual y cambiarlo por voluptuosos vestidos. Durante esta operación, el frío se apoderó de ella y su carne se estremeció al contacto del satín; entróse apresuradamente en el gabinete forrado de raso, acercóse junto al fuego, colocándose sobre blandos cojines: el peplum se entregaba, la llama de la chimenea calentaba su hermoso cuerpo, acariciándolo con rojizos reflejos, que la iluminaban con cariño, y él, él, mi rival, nervioso, sobrecogido, se abalanzaba a ella y la cogía y estrechaba entre sus brazos.

Si, yo veía todo esto con rabia insensata: me iba a precipitar para romper los obstáculos que me separaban de ellos, porque quería presentarme de pronto, sorprenderlos en medio de sus delirios amorosos, herirlos, matarlos.

Pero la razón me decía: Cálmate, sé prudente; antes de llegar cerca de ellos derribando todas las puertas, habrán tenido tiempo de ponerse a salvo, el ruido atraerá a los vecinos, te tomarán por un malhechor, por un loco, te detendrán y él se escapará... ¡él...! Sufre aún un instante; aguarda a que salga, y entonces... ¡te vengarás!

Esperé y pasaron tres cuartos de hora. Al cabo se abrió una puerta, después otra y llegó hasta mis oídos el ruido de las voces.

El la acompañaba. ¡Iba a verle! La puerta de entrada se entreabrió; apareció mi mujer, y mientras salía sujetando poco a poco la puerta desde dentro, la oí pronunciar estas palabras:

—Te prometo que pasado mañana, lo más tarde, vendré, y entonces haré por estar aquí más rato.

Me arrojé sobre ella: con una mano cogí con fuerza a mi mujer, con la otra sujeté la puerta, que aún no se había cerrado, y me encontré cara a cara con...



Juzgad mi asombro; me encontré en presencia de la señora de Blangy.

Aturdido, la miré sin poder hablar.

La condesa parecía, por su parte, estar muy conmovida.

Mi intempestiva llegada era causa, más que suficiente, de semejante emoción.

Se tranquilizó, no obstante, antes que yo, abrió de par en par la puerta, y se dirigió a Paula, que permanecía en el descansillo, diciéndola:

—Es tu marido, querida. Tan brusca ha sido su llegada, que no le habrás conocido. Ya no tienes excusa para marcharte tan deprisa.

Cuando Paula hubo vuelto a cerrar la puerta, se volvió a mí la condesa de Blangy, y me dijo, pero esta vez con la voz más natural del mundo:

—Me felicito, caballero, al recibirlos en mi humilde vivienda; tened la bondad de seguirme.

Como no contesté nada, dió el brazo a Paula y echó a andar delante de mí.

Las seguí y entramos en el gabinete.

Entonces pude hablar. Hubiese adelantado más con no desplegar los labios, porque no se me ocurrió más que exclamar:

—¿Con que estoy en vuestra casa?

—¿Lo dudáis?—me contestó riéndose.—¿Lo dudáis? En qué casa pensáis entrar de esa manera tan rara? En la vuestra, tal vez, y confieso que sólo así se explicarían esos modales. Pues no, señor; estáis en mi casa y únicamente en mi casa. Os extrañará que yo posea dos domicilios. Pues es muy sencillo. En la calle de Caumartin me molestan sin cesar; siempre hay alguno colgado de la campanilla, y no tengo un momento de libertad. Aquí gozo de una tranquilidad completa; me encierro en este retiro, como los sabios se retiraban al desierto, para soñar. En este gabinete tengo todas las ventajas del campo: el silencio, el aislamiento, la calma, el reposo, y no padezco sus molestias, como son; el canto del gallo, los ladridos de los perros y el olor del establo. Arreglo mi vida, amigo mío, como me parece, y no dependo de nadie. Soy como un hombre.

Dijo todo esto de un tirón, sin descansar, con el objeto, sin duda, de aturdirme con su verbosidad y dominar la situación.

Detúvose para tomar aliento, y con una pasmosa habilidad se adelantó a las objeciones que yo hubiera podido hacerla y al asombro que hubiese manifestado.

—Os veo—dijo sonriéndose—dirigir, alrededor, miradas... recelosas, permitidme esa expresión. Os diréis que para retiro, este gabinete está demasiado lujoso, y que es muy extraño el mueblaje. Este gran diván circular, esos espejos de Venecia, esos grupos sobre la chimenea, confesadlo, os chocan un poco. Tened presente, querido señor, que si coloqué estatuas sobre la chimenea, en vez de po-

ner un reloj, como es costumbre, es porque detesto lo que hacen los demás por rutina, y además, porque me gusta no acordarme de la hora que es. Este diván es un mueble delicioso, cuyo modelo tomé de uno que vi en la exposición universal, en la sección reservada á Turquía. Probadlo, reclináos un poco, y veréis qué bien se está. En cuanto á los espejos, me hubieráis dicho maravillas de ellos, á hacer su pequeña irrupción en esta casa media hora antes. Entonces, las bujías estaban encendidas, ardía el fuego y sus mil destellos se reflejaban en los espejos: esto estaba divino. Pero como yo pensaba salir de casa un momento después que Paula, y no esperaba vuestra visita, apagué el fuego y las bujías y permití la entrada del sol. Así que, esto, ahora no produce ningún efecto... Dispensadme.

Yo no tenía ninguna necesidad de que la condesa me pidiese perdón para el sol, porque no estaba resentido con él.

Por otra parte, ¿con quién lo estaba? Lo ignoraba. La condesa había conseguido aturdirme. Se me iba la cabeza.

**

Mientras me hablaba del diván y de los espejos, mis ojos se habían fijado en los objetos que me designaba. También veía el famoso peplum, que tan detalladamente describí. Lo veía tirado sobre el diván y cerca del sitio donde estaba sentada Paula. Indudablemente pertenecía á la con-

desa de Blangy; ¡y pensar que su hallazgo me impresionó extraordinariamente! En mi delirio, había acariciado el raso, aspirado los aromas deliciosos que de él se desprendían y hasta llegado á soñar. ¡Lo que es la imaginación! Hubiera podido, en verdad, creer que la condesa adivinaba todos mis pensamientos.

—¿Admiráis mi peplum?—dijo de pronto.—Hacéis bien, porque es un traje muy cómodo para estar por casa.

Y esto diciendo, se levantó, cogió el peplum y se lo puso encima del vestido.

—¿Veis qué bien está?—continuó—á pesar de su anchura, dibuja admirablemente el pecho y los hombros. ¡Y con qué gracia caen los pliegues! Paula está encantada con este traje, y deberíais encargarle uno parecido. Yo la hubiera ofrecido éste, pero, por desgracia, no somos de la misma estatura.

**

Y como yo hiciese signos afirmativos con la cabeza, añadió:

—Pero ¿os quedasteis mudo? En vano procuro daros ánimo con mis cariñosas palabras, porque no os dignáis despegar los labios. ¿Qué tenéis? ¡Ah, ya caigo!—añadió, después de reflexionar un instante.—¡Y no haberseme ocurrido antes!... Estáis furioso porque se os desobedeció, porque no se han cumplido vuestras órdenes. Prohibisteis á vuestra esposa que viniera á verme y ha vuelto. La seguis-

teis, por desgracia, y adquiristéis la prueba de que era cierta la desobediencia.

Al decir esto, se sentó, ó, mejor dicho, se medio echó en el diván, á mi lado, y continuó diciendo:

—Vamos á discutir un poco. Desde luego, por lo que á mí se refiere, debo declararos que no os guardaré rencor ni un sólo instante. Tenéis celos de todas las afecciones que siente vuestra esposa, á la que exigís que no ame á nadie más que á vos, y esto, cuando menos, es muy pretencioso, aunque nada hay en ello que pueda ofenderme. Cuando, hace dos meses, vino Paula á anunciarme la medida que adoptastéis con respecto á mí, y el ostracismo á que me condenabáis, exclamé: «¡Pobre muchacho, y cuánto te ama!»

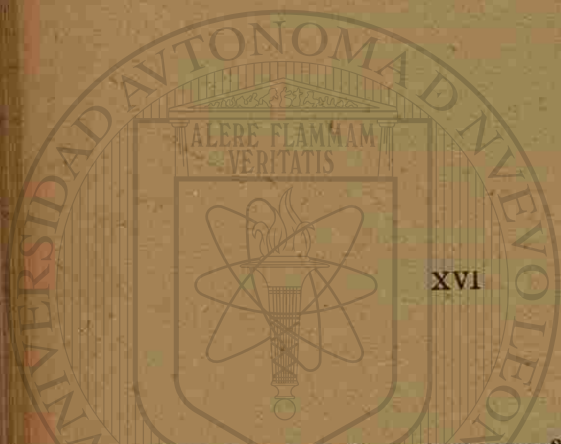
Ya lo veis, soy buena princesa, condesa debí decir. Yo hubiera llegado á teneros mala voluntad si hubiese creído posible que llevaríais vuestra tenacidad hasta separarme por completo de mi amiga de la infancia, si no hallara un medio de desobedecerlos; en una palabra: si yo no hubiese sabido vencer hábilmente la dificultad. «¿Se niega á recibirme?» —dije á Paula.—«Sí» —me contestó suspirando.—«Pues bien, está en su derecho prohibiéndome llegar á la puerta de su casa; y te prohíbe también que me visites?» —«Sí» —murmuró la pobrecilla, suspirando de nuevo.—«Es menester obedecerle, querida amiga: las órdenes de un marido son sagradas; no volverás á poner los pies en la calle de Caumartin. Pero seguramente no te prohibió ir á la calle de Laffitte, puesto que no conoce mi casa de campo, mi buen retiro. Irás allí dos ó tres veces á la semana á pasar una hora en mi compañía. Cerraremos las persianas, encenderemos las bujías, nos reclinaremos en el gran diván, fumaremos cigarrillos turcos, y diremos de tu marido todo lo malo que nos pueda sugerir nuestra venganza de su ferocidad. Esto será divino». He aquí, señor mío, lo que nos hemos atrevido á hacer. Si somos culpables, coged uno de esos almohadones y ahogadnos con él,

como se hace en Turquía; eso tendrá color local. Si, por el contrario, nos perdonáis por tenernos cariño desde que estuvimos en el convento, y el no poder vivir separadas, abandonad ese aire tétrico que me recuerda á Barba Azul, y aceptad este cigarrillo turco.

Y así continuó hablando durante más de media hora. Cuando nos separamos de ella, ni Paula ni yo habíamos podido hablar ni una palabra, lo cual no impidió que nos dijera:

—Podéis volver á visitarme en mi retiro, que de fijo no alborotaréis con el ruido de vuestras voces. No lo censuro, pero sois muy discretos y reservados.

No faltaba más, sino que nos lo echara en cara.



Y bien, amigo mío; ¿que os parece? ¿No debía estar satisfecho? Las dudas que me hicieron sufrir por espacio de ocho días, habían desaparecido como por encanto. Mis celos, no tenían razón de ser. Era evidente que la condesa de Blangy decía la verdad: aquella habitación la habrá alquilado para hacer vida de hombre, como ella decía. Ninguna de sus excentricidades podía asombrarme ni extrañarme. La había amueblado á su manera y cuando recordaba mil detalles, me extrañaba no haber pensado en ella, desde que, por primera vez, fui á ver á la portera. Aquel mueble de raso negro con botones de color de fuego ¿no tenía su igual en su salón de la calle de Caumartin, ¿Muchas veces, no la había yo oído quejarse de que los hermosos divanes turcos no fuesen adoptados por nuestros tapiceros parisienses? ¿Y aquellos libros artísticamente colocados y vistos en su casa anteriormente ¿por qué no me hicieron reflexionar? Mi mujer no era culpable, como habrá dicho muy bien la señora de Blangy, más que de

haber eludido espiritualmente mis órdenes. Yo no podía quejarme en serio de ningún agravio nuevo, porque la verdad era que el antiguo continuaba latente. Hallábame siempre en el mismo punto.

Y, no obstante, creedlo, fui presa de mortal tristeza, de una melancolía más intensa que la de antes. Durante ocho días mis celos distrajéronme de mi dolor y no soñaba más que muertes, duelos y venganzas.

He aquí, que, de pronto, descubro que los celos no tenían razón de ser y que debía abandonar todos mis proyectos guerreros para volver al *statu quo*.

La idea fija volvió á apoderarse de mí y á ponerme cara á cara con el enigma que me torturaba sin cesar.

Las distracciones mundanas á que apelé para distraerme no me dieron resultado. Hacía ya mucho tiempo que había roto mis relaciones con la mujer de que os hablé antes; semejantes relaciones me repugnaban y hastiaban: el remedio era peor que la enfermedad.

Ocurrióseme la idea de viajar. «El movimiento, el ruido la vista de nuevos horizontes, la necesidad en que me vería de ocuparme de infinidad de detalles, de hablar de cosas indiferentes, de hacer vida activa, me sentarán bien, me decía. De todos modos si yo no soy dueño de mis pensamientos, si los llevo conmigo, y me torturan crueles recuerdos, saldré, al menos, materialmente, del ambiente en que hoy vivo, y esto es algo»

*
* *

Mis preparativos de viaje, no fueron largos. ¿Que dejaba yo detrás de mí? Una sola persona; que llevaba mi apellido, y esta era precisamente de la que me quería separar.

¿Era posible que aún alimentase alguna esperanza? Me dije que este viaje le haría reflexionar: mi vida a su lado era insostenible y quizás por otra parte decía el proverbio la ausencia me daría la razón. Mi ayuda de cámara, después de prepararme las maletas, se había retirado y yo ponía en orden algunos papeles, cuando se presentó mi mujer:

—¿Con qué es verdad?— me dijo. —¿No me habían engañado?

—Ya lo veis.

—¿Sin prevenirme?

—Os hubiese dicho adiós, pero me pareció que era poco conveniente emocionaros anticipadamente.

Paula aparentó no fijarse en lo que tenían de irónico estas palabras. De pie en la chimenea, apoyado el codo sobre el mármol, mirábame en silencio mientras hacía los últimos preparativos de viaje. De pronto lo oí murmurar:

—Sí, puede que eso será lo mejor.

Dejé el neceser de viaje que tenía en aquel momento en la mano, y me acerqué a ella.

—¿Os parece que obro bien alejándome?— le dije. —Mi presencia os molestaba; ¿verdad?

—Interpretáis mal mis palabras; respondíome con dulzura:—muy diferente era mi pensamiento y no tenía nada que pudiese ofenderos.

—¿Creeis que este viaje cambia vuestras disposiciones respecto a mí?

No respondió a esta pregunta muy directa, sin duda, hasta al cabo de un momento que me dijo:

—Estamos en invierno. ¿no teméis al frío?

—No; me dirijo al medio día.

—¿Cuándo pensáis regresar?—me preguntó.

—Cuando seáis para mí lo que debéis ser.

Esperé a que contestara: «Soy una compañera cuidadosa, una amiga fiel, intento haceros agradable la vida, mi mi carácter es encantador, mi genio siempre igual.

¿Qué tenéis que reprocharme? «Y en ese caso, antes de partir, que hubiese dado la satisfacción decirle» Yo no me casé para convertiros una señora de compañía y admirar vuestro carácter. Rindo homenaje a vuestras cualidades intelectuales, pero no me molestaría seguramente, conocer de un modo más íntimo las demás cualidades. En fin, yo la hubiera dicho esto y, es más, estallado, lo que siempre sirve de alivio.

No me dió pretexto, fuese porque temiese mis palabras y la escena consiguiente, fuera porque verdaderamente tuviese conciencia de los agravios que me infiriera.

Permaneció sin embargo, en mi cuarto sin intentar alejarse: seguía con la mirada todos mis movimientos. En sus ojos traslucíase simpatía y tristeza.

Al cabo, dije:

—Es la hora de partir.

Llamé, hice bajar el equipage y pedí un coche.

Mientras ejecutaban mis órdenes, quedé a solas con ella.

Nos mirábamos sin pronunciar palabra: yo, apoyado en la biblioteca y Paula siempre delante de la chimenea, con el codo sobre el mármol y la cabeza apoyada en la palma de la mano.

El carruaje que habrán ido a buscar paróse delante de la puerta.

Dí un paso hacia Paula y la dije:

—Adiós.

Se me acercó, y colocó en frente al alcance de mis labios. Parecía una hermana, que despedía á su hermano.

¡Y yo no era su hermano: yo la adoraba, si la adoraba con toda mi alma!

Hacia una hora que estaba en mi cuarto, á mi lado, y, á pesar de mi frialdad aparente, no había cesado de admirarla repitiéndome cien veces:

«Nadie es más encantadora, más linda, más cumplida, más deseable» y, sin embargo, mis labios se estremecieron al tocar su frente abrasadora; sobre mi pecho sentí, durante un momento, el frote de su pecho y llegaron hasta mí los cálidos effluvios que se escapaban de todo su ser.

No pude más.

Con un brazo, enlacé su talle, procurando encorvarlo mientras apoyaba una mano sobre su cabeza, y mi boca descendía de su frente á mis labios.

¡Ah! Si hubiese respondido á esta última tentativa, á esta súplica desesperada, si sus labios se hubieran entreabierto para dejar escapar un suspiro, un soplo, si solamente hubiese intentado sustraerse á mis besos, defenderse, luchar!...

No, fiel á sus principios, mostrose también esta vez, como se habrá mostrado siempre. Su talle se dobló dócilmente, su cabeza se inclinó á la presión de mi mano, su boca no intentó huir de la mía: toda su persona permaneció insensible, inanimada, inerte, galvanizada, mejor dicho.

En vez de una mujer, tenía como siempre, un cadáver entre mis brazos.

En el acto todos mis ardores desaparecieron súbitamente, helado al contacto de aquel hielo, hui.

XVII

Al día siguiente de esta escena, me encontraba en Marsella. No os asustéis, querido amigo, que no tendré la crueldad de haceros viajar [conmigo, aunque, por lo demás, quisiera que os negaséis á hacerlo.

Los enamorados son malos compañeros de viaje; suspiran con más frecuencia que admiran, y yo he conocido á varios que, ante lugares maravillosos ó ante un museo resplandeciente de obras gigantescas, han cerrado los ojos para recojerse mejor y pensar en sus amores.

En Marsella me embarqué para Italia. Visité, ó mejor dicho, recorrí Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Milán, Turín y, tomando en Génova el camino de la Cornisa, volví á Francia, tres meses después de haberla abandonado.

En Niza me detuve. Antes de dirigirme á París, deseaba conocer á fondo el estado de mi corazón y consultar un poco el de Paula.

¡Pronto adiviné el estado del mío; aquella ausencia de tres meses, aquella vertiginosa carrera de ciudad en ciudad, no había hecho más que acelerar sus latidos!

Mi imaginación, que, como sabéis, era muy exaltada y

vagabunda en París, se entregaba entonces á desordenadas cavilaciones.

Había cometido una gran falta; porque cuando se desea recobrar la serenidad, la paz, y volver en sí, dominando alma y sentidos, no conviene ir á Italia, tierra clásica de los volcanes y de los museos secretos.

Pero ¿qué importaba tal recrudecimiento de ardores, si gracias á mi ausencia y al aislamiento en el cual había vivido, el corazón de Paula, se había puesto de acuerdo con el mío? ¿Qué queréis, querido amigo? Cuando se vuelve de Italia, no se duda de nada.

Hacia poco que la primavera había reemplazado al invierno: yo contaba con el sol de Abril para disipar las nieblas que se habían levantado entre mi mujer y yo, y fundir la nieve, en medio de la cual había preferido vivir hasta entonces. Y me decía:

«Todo, en este momento, canta el amor en torno suyo; debe haberse dejado conmovir por esa sublime armonía y querrá mezclar su voz á las del gran concierto, dado por la Naturaleza.»

Dispensad, amigo mío, el giro poético de esta última frase: es que Italia me fascinaba.

Vuelvo á la prosa, para no abandonarla ya más; lo que me resta que deciros, ó mejor dicho, por dejaros adivinar, no merece, ni mucho menos, primores de estilo.

Frente á ciertas infamias, no está permitido el silencio; es preciso levantar mucho la voz para condenarlas. La in-

diferencia, el desdén, el silencio, las dan valor alentándolas; la sombra, las tinieblas que las rodean las hacen confiar en su impunidad; esas infamias se extienden, se engrandecen, prosperan, y llevan la vergüenza y el deshonor en torno suyo.

Es preciso combatir las á todo trance, sin temor de herir oídos delicados y despertar ideas dañinas. Sustentando ridículas preocupaciones, ocultando los vicios, tratándolos con cierto miramiento, desdeñando hacerlos resaltar, es por lo que llegan muchas veces, con el tiempo, á pasar por virtudes.

Si no hay quien se atreva á decir á un jorobado: «Tienes una joroba»; al enano: «eres deforme», el enano y el jorobado se crearán hombres hermosos.

¡Cuántas sociedades se han perdido por no haber hombres fuertes ó bastante autorizados para gritarles:

—«¡Tened cuidado, que acaba de brotar un nuevo vicio, una nueva lepra os amenaza!»

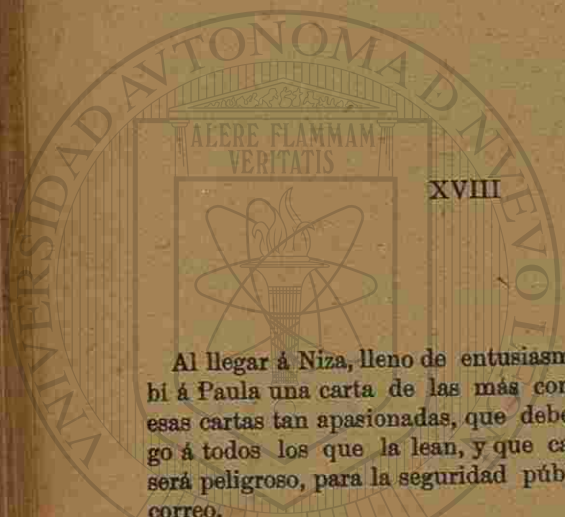
No estando prevenidas, no han podido defenderse, el vicio ha crecido, la lepra se ha extendido y ha hecho tales extragos, que cada uno, habiéndose convertido en leproso ó en vicioso, no se ha dado ya cuenta del vicio ó de la lepra de su vecino.

Pero, si bien pertenece al narrador ó al escritor, la misión de señalar y estigmatizar ciertas corrupciones, también lo es que debe hacerlo con una palabra, con un solo rasgo de la pluma.

Les está prohibido entretenerse en largas descripciones y en pinturas demasiado animadas. He aquí, querido amigo, por qué hace poco os he dicho tan pretenciosamente, que no me pondría más á poetizar el estilo, haciendo gala de los primores de éste.

No habréis comprendido, probablemente, mi violenta salida de tono, por cierto, algo prematura.

Y volvamos al asunto.



Al llegar á Niza, lleno de entusiasmo y esperanza, escribí á Paula una carta de las más conmovedoras; una de esas cartas tan apasionadas, que deben comunicar el fuego á todos los que la lean, y que cabe preguntar si no será peligroso, para la seguridad pública, enviarlas por el correo.

Al cabo de tres días recibí la contestación. Me había escrito á correo seguido: buena señal.

Me encerré en mi cuarto y la leí con recogimiento y atención profunda: no respondía á una sola palabra de lo que yo la decía: su carta no tenía relación con la mía. Me daba noticias de su salud, que dejaba mucho que desear, aseguraba ella, desde hacía algún tiempo.

Me hablaba de todo lo que había hecho en París, durante el invierno, de las comedias á la moda y de los conciertos y reuniones que se preparaban. Creo que se ocupaba hasta, incidentalmente, de las cuestiones políticas de actualidad. Dignábase, al fin, trasladarme los recuerdos de su familia y abrazarme afectuosamente.

Es cierto, y hay que hacerla justicia, que había escrito las cuatro carillas de la carta. Echando estas cuentas, debí

quedar satisfecho, y lo habría estado, si en vez de gozar del triste privilegio de marido, la casualidad me hiciera, en lugar de esto su tío, y no tendría que querellarme.

Aquella carta era buena para escrita por una pensionista á sus abuelos, bajo la vigilancia de sus maestras, y muchas veces dictadas por estas.

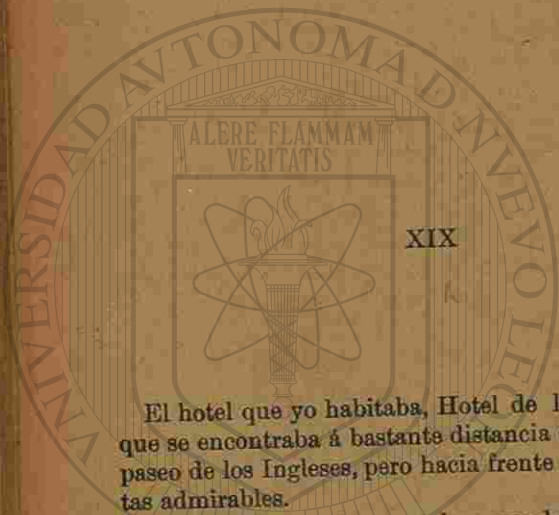
Decididamente era inútil, por el momento, regresar á París, y elegí domicilio en Niza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

IND. 1625 MONTERREY, MEXICO



El hotel que yo habitaba, Hotel de los Príncipes, creo que se encontraba á bastante distancia de la ciudad y del paseo de los Ingleses, pero hacia frente al mar tenía vistas admirables.

Para el que, como yo, estaba cansado de un rápido viaje, tenía aquel lugar una ventaja: la tranquilidad era completa.

Una aristocrática gran señora rusa, demasiado enferma para desear evitar todo bullicio, ocupaba el primer piso.

En el segundo aparecían, de vez en cuando, algunos ingleses de la buena sociedad, y yo compartía el tercero, reservado, sin duda, á Francia, con uno de mis compatriotas.

Era este hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, simpático á primera vista, y de porte distinguido.

Al día siguiente de mi instalación en el hotel, la casualidad me hizo ver á mi vecino en la mesa, durante la comida: cambiamos los saludos y hablamos de nuestros viajes.

Como yo, llegaba de Italia, solamente que se había pa-

sado en ella dos años y antes había recorrido Alemania y gran parte de Rusia.

Su conversación era por demás interesante; había visto todo y todo lo había estudiado. Hablaba de los soberanos extranjeros como si hubiera estado agregado á su corte y, poco después, describía las costumbres de la gente del pueblo del Cáucaso, como si hubiese vivido entre ellos durante mucho tiempo y gozando de su intimidad; tal era la exactitud y colorido de su relato.

A propósito de costumbres, me acuerdo de una discusión que se entabló entre nosotros, después de nuestra segunda conversación, y cuando terminada la comida fumábamos un cigarrillo ante la puerta del hotel y paseando por las Ponchettes.

—De todos los pueblos que he tenido ocasión de estudiar—decía mi compañero—el francés es el que tiene, seguramente, las costumbres más disolutas.

Como esto me extrañase, continuó:

—Os aseguro que sólo en nuestro país se deja uno llevar, por la imaginación, á ciertos delirios y aberraciones. En Alemania, por ejemplo, nuestros refinamientos de corrupción son casi desconocidos.

—Convengo en que en Francia, y entre la gente del pueblo, de las ciudades ó de los campos, las costumbres dejan mucho que desear, pero en la alta sociedad y en la burguesía...

—He ahí vuestra equivocación—dijo interrumpiéndome.—El traje negro y el vestido de seda tienen en nuestro país, hasta cierto punto, el privilegio de la depravación, y se explica. No son los sentidos los que intervienen, sino la imaginación. El lujo, la ociosidad, el delirio, la sobreexcitación llevan á toda clase de aberraciones. El hombre del pueblo, labrador ú obrero, no tiene tiempo de soñar, y si lo tuviera, su cerebro no se prestaría á ello. Son muy materiales para ser corrompidos; demasiado ingenuamente sensuales para ser disolutos. Están bien de salud, gracias

al aire que respiran, á los trabajos manuales, á los cuales se dedican, y la corrupción es, en general, la consecuencia de alguna debilidad enfermiza. Se llega á ser disoluto como á ser goloso, por la falta de apetito. Este tiene el recurso de usar las especias para poder comer, y aquél perfecciona el amor para poder amar.

Mi compañero se extendió mucho sobre esta materia, de la que se ocupó durante largo rato, y yo lo escuché con atención.

A menudo os he dicho, querido amigo, en el curso de este relato, y ya os habréis convencido que, á pesar de mis treinta años, yo era un inocente, un puro, si la política no hubiera prostituido este último calificativo.

Mi primera juventud, vigilada por una madre de las más rigoristas, además de los trabajos á que yo me dedicaba, tuvo ciertas disposiciones pudibundas que me habían apartado de los camaradas perjudiciales y de fáciles placeres, y esto os explicará claramente esta pureza relativa de mi espíritu.

Mi imaginación no había viajado jamás fuera de ciertos límites, y apenas si llegaba á comprender, y podía franquearlos á pesar de la experiencia que mi interlocutor ponía á mi servicio.

Este hablaba, es verdad, con medias palabras, y éstas estaban llenas de delicadas reticencias.

XIX

Durante muchos días, hablamos de este modo de distintos asuntos que yo conocía mejor, y los traté de modo que llegaron á interesar á mi vecino de cuarto.

No nos separábamos apenas: á las diez, hora del almuerzo, nos reuníamos; salíamos enseguida á dar un paseo por el camino de Villefranche: cerca de las tres, nos encontrábamos para oír la música, en la especie de *square*, donde la sociedad nicense se daba cita; la comida nos volvía á juntar, y por las tardes en el círculo de Extranjeros, en la sala de lectura ó en la de juego.

A pesar de esta especie de intimidad, ¿lo creeréis? ignoraba aún el nombre de mi compañero.

Muchas veces, oí al dueño del hotel, al jefe de comedor ó á los camareros, que le llamaban señor conde; pero, con esta despreocupación de los viajeros que saben las relaciones más íntimas, no duran nada, me olvidé de preguntar el nombre que seguía al título.

Una mañana, supe de pronto quien era aquel señor, y os explicaréis fácilmente cuán grande fué mi sorpresa.

Me había levantado con la presuntuosa idea de que el correo me traería noticias de Paula.

Llegó la hora de la distribución de cartas, y como no veía que nadie me subiese la mía, creí que estaría depositada en el buzón de cristal destinado á la correspondencia de viajeros, y bajé al despacho del hotel.

Como era natural, y de esperar, no encontré carta alguna de mi mujer, y estaba á punto de reprocharme mi inocencia, cuando vi un gran sobre, en el cual leí esta inscripción:

«Señor Conde de Blangy.

Hotel de los Príncipes.

Niza.»

Aquel apellido de Blangy, que era el de la mejor amiga de mi mujer, no podía por menos de llamarme la atención: al mismo tiempo en mi imaginación establecí cierta relación entre el título de «Señor Conde», que veía inscrito en el sobre de la carta, y el dado por la gente del hotel á mi vecino de cuarto.

¿Se apellidará de Blangy? me dije. Pronto supe á que atenerme.

Pocos momentos después el dueño del hotel cogía delante de mí aquella carta y la entregó á un camarero para que la subiera al cuarto número 27.

Esta era precisamente la habitación ocupada por mi vecino.

Le pregunté entonces, como podréis suponer, si aquel señor de Blangy, sería pariente de la condesa.

La ortografía de los apellidos, en un todo igual, sus títulos, también ambos iguales, y diversos detalles que vinieron á mi imaginación, así como las costumbres y carácter de mi compañero, llegaron á iluminarme.

Según todas las probabilidades, yo había hecho amistad, sin duda alguna, en Niza, con el marido de la amiga de Paula.

¿No se decía entre la buena sociedad que ya hacía tres años que viajaba por el extranjero, y mi amigo infinidad de veces me había confesado que tendría inmenso placer en volver á Francia después de este tiempo que de allí faltaba?

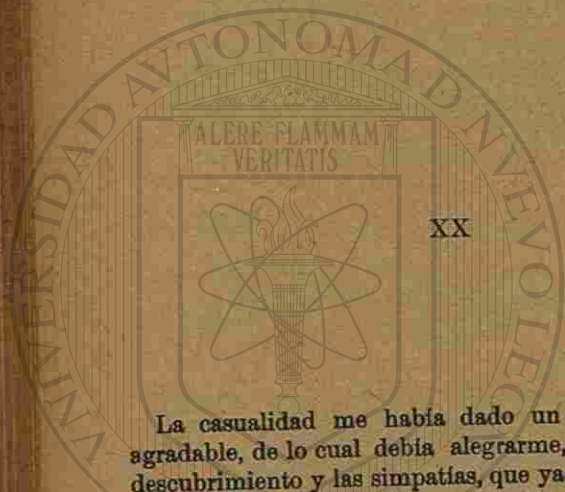
Como hablaba muy raramente de él, no estaba obligado á decirme «cuando yo pertenecía á la diplomacia» y yo sabía que poco tiempo después de su casamiento, el conde había enviado su dimisión al ministro de Negocios Extranjeros.

Además, su manera de hablar de las mujeres y el poco respeto que éstas parecía inspirarle, probaban su identidad.

Era el lenguaje suyo propio del hombre que, por ligereza, ó por cambiar de amor, se había portado mal con la pobre señora de Blangy y la había convertido en una viuda al poquísimo tiempo de casarse.

Estaba visto que no había tenido buena mano para hallar la primera amistad tratada durante su viaje.

Tardé poco, empero, en decirme que la conducta del conde para con su mujer, no era cosa que debiese interesarme.



La casualidad me había dado un compañero muy agradable, de lo cual debía alegrarme, aprovechando mi descubrimiento y las simpatías, que ya existían entre nosotros, para estrechar nuestras relaciones.

—Dentro de una hora escasa,—pensé paseándome delante del hotel,—nos reuniremos para el almuerzo, y me apresuraré á decir con la mayor amabilidad á mi vecino de mesa:

Si mi buena estrella no me hubiese hecho encontraros en Niza, este invierno seguramente, le hubiera conocido en París, porque vuestra esposa y la mía, son amigas íntimas.

Dos veces me repetí esta amable frase, y estudié el modo de decirla con galanura, redondeándola y pulimentándola; pero de pronto me di una palmada en la frente, exclamando:

—¡Esa idea es absurda! ¿Crees que será agradable al señor de Blagny, oír hablar de su mujer? La abandonó, se separó de ella y vas á recordarle su conducta. Si quiere

olvidarse de que está casado, ¿con qué derecho vas á recordárselo?

Si, el buen gusto me manda á callar; las más simples conveniencias me lo ordenaban. Pero hacía más de tres meses que no había hablado de Paula con alma viviente, ni pronunciado una sola vez su nombre, y se me presentaba una ocasión excelente para ocuparme algunos instantes de la que pensaba en mi corazón, y yo estaba demasiado enamorado para no ceder á la tentación, á pesar de lo que aconsejaban todas las conveniencias sociales.

Resistí dos días, sin embargo, creo resistiera más tiempo aún, si hubiese recibido carta de Paula, y podíola contestar entreteniéndome y pasando así el tiempo sostener esa correspondencia. De este modo sí que hubiera tenido fuerzas y valor para no hablar de ella con nadie.

Pero nada, ni una carta, ni una palabra; un silencio completo y un mutismo absoluto. Entonces, amigo mío, fui indiscreto y ridículo; como veréis, pues, voy á explicároslo.

El señor de Blangy y yo, salíamos del círculo de los Extranjeros y entrábamos en el hotel para comer, cuando, después de preguntarme de que manera entablaría la conversación que me traía obsecionado, me decidí bruscamente á decirle:

—Hace un momento, mientras estábais leyendo los periódicos, me entretuve mirando el registro donde se inscriben los nombres de los miembros del círculo, y me llamó la atención un nombre.

—¿Cuál?

—El del señor conde de Blangy. ¿Está el conde en Niza?

Miróme el conde con asombro, y me dijo:

—¿Qué! ¿No lo sabíais?

—No, señor. Conozco mucho de nombre al señor de Blangy, pero jamás me he encontrado con él.

—¿Estáis seguro?—me replicó sonriendo mi interlocutor, ni sospechar lo que le esperaba.

—¡Y tan cierto!

—Pues, permitidme que os diga que osequivocáis; aún no se separa de vuestro lado desde hace una semana, y de ello se felicita sinceramente.

Y como para ser fiel á mi situación, continué demostrando mi sorpresa.

El conde añadió:

—Yo soy el conde de Blangy; creí que lo sabíais.

—Ni me lo figuraba siquiera; y no sabía más sino que mi buena estrella me había deparado la suerte de conocer á un hombre de la buena sociedad, persona de talento, y esto me satisfizo, por lo que no traté de averiguar su nombre.

—Hicimos mal los dos en no presentarnos el uno al otro, pero podemos reparar la falta.

Y nos detuvimos en la acera.

—Tengo el honor,—continuó con mucha gracia,—de presentaros al señor de Blangy.

Yo también me presenté. Mi nombre, que la casualidad había hecho que lo conociese ya, no despertó ningún recuerdo en él.

Era natural; en la época de mi casamiento, había el

conde abandonado ya á su mujer y no tenía relación alguna con ella.

Emprendimos de nuevo la marcha, y el conde me dijo:

—Hace poco me digisteis que me conocíais de nombre.

¿Cómo es eso?

Esperaba semejante pregunta, porque era lo más natural del mundo, y yo fui quien lo había provocado.

Me turbé, sin embargo, porque comprendí que iba á cometer un disparate; pero ya había avanzado mucho, para poder retroceder decorosamente.

—He oído con mucha frecuencia á mi esposa hablar de vos, conde.

Me pareció más delicado hablar de mi mujer que de la suya.

—¡Ah! ¿Con qué me conoce su señora?

—Tuvo ocasión de veros muchísimas veces en varias reuniones y bailes, antes de casarse conmigo.

—Es muy posible. ¿Y cuál era su nombre de soltera?

—Paula Giraud.

Apenas hube pronunciado este nombre, vi palidecer al conde, que experimentó una violenta conmoción.

Se repuso, no obstante, en el acto, y sin darme tiempo para responderle, me dijo con marcada frialdad:

—¡Ah! ¿Con qué os casásteis con la señorita Paula Giraud? En efecto, la he visto muchas veces en la buena sociedad; era una joven muy linda y excelente persona.

Opinaba como él; creía que esta era la verdad, y no tuve nada que contestarle.

Seguimos andando algún tiempo sin decirnos nada.

El señor de Blangy, se detuvo de pronto, pareció hacer un violento esfuerzo para dominarse, y me preguntó:

—¿Continúa como antes su esposa visitando á la mía?

—Sin duda: son amigas íntimas é inseparables,—respondí.

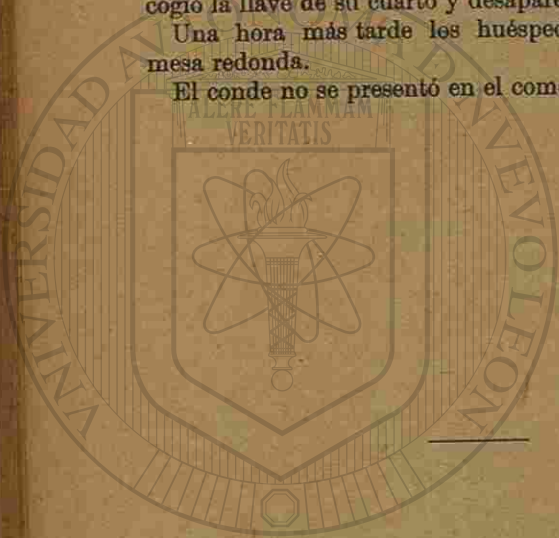
Lanzóme una mirada, de la cual me acordaré toda la

vida: hubiérase dicho que quería escudriñar mis pensamientos, leer lo que pasaba en el fondo de mi alma.

Después volvió la cabeza, y como acabábamos de llegar al hotel, me dejó bruscamente, sin decirme una palabra, cogió la llave de su cuarto y desapareció.

Una hora más tarde los huéspedes se sentaban á la mesa redonda.

El conde no se presentó en el comedor.



XXI

Al día siguiente, no le vi por la mañana ni por la tarde.

A los dos días, nos encontramos en el paseo de los Ingleses; en vez de reunirse conmigo como acostumbraba á hacerlo, se limitó á saludarme con el sombrero.

Aquél ceremonioso saludo, no me dejó satisfecho. Yo tenía el derecho de querellarme y pedí explicaciones de aquel cambio tan brusco de modales.

Entre gentes de buena sociedad, el pasado compromete para el porvenir y un saludo con el sombrero no reemplaza á un apretón de manos, dado el día anterior.

Yo había desmerecido á los ojos del conde de Blangy, debía darme la razon y yo estaba en el derecho de preguntarle el por qué de su conducta.

Era evidente que yo le había disgustado, hablándole de su mujer; pero su reserva para conmigo reserva que, dadas nuestras antiguas relaciones, era rayana de la impertinencia, considerábala yo demasiado castigo á mi indiscreción.

Y, por último, me chocó sobremanera, el tono con que había pronunciado aquellas palabras:

—¡Ah! ¿Con qué os casasteis con la señorita Paula Giraud?—No era una exclamación que se le había escapado.

Me parecía haber adivinado en su acento algo así como ironía y estupor.

¿Existía algún secreto entre mi mujer y el conde?

¿Había acaso algún misterio que yo no había podido descubrir?

Paula se había conducido conmigo, de una manera extraña colocándome en situación tan falsa, que me daba el derecho de permitir suponerlo y temerlo todo.

No tardé en tomar una decisión: vería al conde lo más pronto posible, y tendré con él una franca explicación.

Nos hablamos cruzado, como dejó dicho, en el paseo de los Ingleses, sin cambiar una sola palabra. Después de haber dado algunos pasos y tomar la resolución que acabo de decir, volví atrás.

El señor conde Blangy, parecía dirigirse hacia el hotel de los Príncipes, por el camino de la orilla de la playa, a lo largo de los Ponchettes y le seguí desde lejos.

Cuando hubo entrado en el hotel, dejéle tiempo de recibir en su habitación y después aluí yo y llamé a la puerta.

—Adelante—dijo.

La llave estaba puesta: abrí.

—¡Ah! ¿sois vos?—díjome el conde sin poder ocultar un movimiento de sorpresa.

—Sí sí: yo soy—respondí—siento mucho turbar vuestro reposo, pero es preciso que hablemos un momento.

No bajáis a comer ahora y parece que buscáis la manera de pasearos solo; por esto cometí la indiscreción de llamar a su puerta.

—Estoy a vuestras órdenes; pero hacedme el obsequio de tomar asiento.

Me ofreció un sillón: sentóse frente a mí y esperó a que le explicase el objeto de mi visita.

—Señor—conde dije con voz que intante apareciera firme y perenne pero que no debía ser así, pues estaba muy conmovido, me felicitaba de las buenas relaciones que existían entre ambos desde que nos encontramos en este hotel, y de repente todo ha cesado. Las causas que han podido influir para haceros pasar bruscamente de una amabilidad exquisita, alguna reserva, tan grande fuego, francamente a preguntarse la razón de semejante conducta?

—La reserva a la cual aludís caballero,—respondió el conde,—en nada os atañe. Yo os agradecería que la atribuyeseis a las graves preocupaciones que me asaltaron en los momentos presentes.

—Si se tratase solamente—repliqué—de cicatrizar una herida hecha a mi amor propio, podría contestarme con esa respuesta; es de las más dignas y aceptables y así lo debo reconocer; pero mi amor propio no está interesado en esto. Permitidme que refresque sus recuerdos. Hemos pasado gran parte del día juntos, hablando amigablemente y después de esto nos presentamos mutuamente el uno al otro, a fin de cimentar de algún modo nuestra naciente amistad cuando ocurrió que pronunció el nombre que de soltera, llevaba mi esposa, mi mujer: enseguida, vuestra voz, vuestra mirada, vuestros modales, se han, por decirlo así, metamorfoseado; delante del hotel, os separasteis de mí con una brusquedad a que no me teníais acostumbrado. Después no me digisteis la palabra. ¿Queréis poneros en mi lugar? ¿No diríais, en ese caso, que evidentemente existe algún misterio o secreto, que no importa conocer?

—No hay señor mío ningún misterio, ni secreto.

—¿Me dais vuestra palabra?—le pregunté.

—Pero...

—¿Vaciláis?

—¿Esto me basta. No me habré equivocado.

El conde de Blangy quiso protestar contra mi manera un poco difícil de interpretar, pero yo no le dejé tiempo.

—¿Teneis algún inconveniente—añadí,—en que satisfacer esta curiosidad muy legítima y en ayudarme á descubrir el misterio en cuestión?

—¡Caballero!—dijo el conde levantándose—os repito, que no hay ningún misterio.

—Tened presente interrumpí, insistiendo que vengo á veros con objeto de pedir os una explicación de las más pacíficas y corteses. En este momento, es una súplica que le hago, no otra cosa, y para que accedais apelo á nuestra amistad al recuerdo de las agradables conversaciones, que juntos hemos sostenido y á las simpatías que mutuamente nos hemos inspirado.

El conde parecía hallarse muy conmovido. Vaciló un instante. Creí que iba á ceder á mis instancias.

De pronto exclamó:

—Nada tengo que decir.

—¿Es esa, vuestra última palabra?

—Sí, sí; la última palabra.

—Hacéis muy mal, señor,—díjole con firmeza.

Levantó la cabeza con altanería y preguntó:

—¿Por qué?

—¡Oh!—dije—porque me hallo en una de esas situaciones en que nada importa, en las que no hay que guardar

ningún miramiento que nada detiene y se encuentra como dispuesto á todo.

Me miró con un aire más compasivo que irritado y acercándose á mí, exclamó:

—Tened cuidado, me replicó,—me asegurasteis que veniais con pacíficas intenciones y desde hace un instante vuestras palabras y vuestro tono, son algo amenazadores.

—No amenazo. Ruego, con alguna vivacidad y animación á un hombre honrado, para que dé explicaciones á otro hombre que se tiene por tal. Por culpa vuestra señor conde, porque esta escena no se hubiese desarrollado á haber sabido dominaros más, ocultándome vuestras impresiones; por vuestra culpa, repito; me encuentro sobre las huellas de un secreto que busco desde hace mucho tiempo. quiero, en fin, conocer ese secreto.

En vez de darse por aludido con aquello que pudiese ser ofensivo para él en mis palabras, el conde se limitó á decirme:

—¡Ah! ¿hace tiempo que tratáis de descubrir un secreto?

—Sí—exclamé perdiendo por completo la cabeza,—un secreto del cual depende mi felicidad. Mi vida se gasta en buscarlo y soy el más desgraciado de los hombres. Y vos, que podríais, con una palabra, calmar mis sufrimientos,

si, todo me lo hace suponer desde que entré aquí, diciéndome todo. ¡Ah! Eso está mal, muy mal hecho, os lo repito; tratar como á un enemigo, al hombre que está sumido, como yo, en la desesperación, y no tiene apego á la vida, porque es una carga para él...

¿Y la expondría, voluntariamente en un duelo?

—¡Oh! Sí.

Se acercó el conde á mi y exclamó:

—¿De manera que nos batiríamos los dos por culpa de vuestra esposa, verdad?

—¡Mi esposa!

—Sin duda,—replicó animándose á la vez,—si sois desgraciado, si no teneis apego á la vida, ¿no es por culpa de ella? ¿Creéis que no lo he adivinado? Pues bien si os casasteis con la señorita Paula Giraud, yo me casé con su amiga. Si desde hace tres meses viajáis separado de vuestra esposa, yo viajo, hace ya muchos años, apartado de la mía.

Callóse un momento, después, al parecer, reflexionó y dijo con voz más tranquila:

—El paso que disteis, la sinceridad que leo en vuestros ojos, las semiconfidencias que se os han escapado, la confesión de vuestras penas, son para mí, otras tantas pruebas de que me encuentro ante una persona digna. Pude dudar en el primer momento, mas adelante os diré por qué, pero mientras os suplico que aceptéis mis más sinceras excusas.

Incliné la cabeza sin articular palabra y el conde continuó:

—Debo yo, según pretendéis, conocer un secreto que os interesa, sea, estamos conformes. Pero mi conciencia me prohibía comunicároslo, sino fuera, en cierto modo, provocado por vos. Hacéis ahora mismo alusión á los infortunios que experimentáis y me importa conocer su índole. No tendrán, puede ser, ninguna relación con el secreto á que aludís, y entonces, os lo advierto, lo guar-

daré; ni vuestros ruegos ni vuestras amenazas, entendedlo bien, me conmoverán. Si, al contrario, el revelároslo, puede llevar consuelo á vuestras penas, con una advertencia ó un consejo, os doy mi palabra que me explicaré franca y sinceramente. Soy yo el que las espera, si me creéis digno de ello vuestras confidencias. Vuestros secretos á cambio de los míos, si cabe, os lo repito, que os sean útiles los que pueda daros. He aquí mi *ultimatum*.

¿Puesta la cuestión en este terreno, podía ya vacilar? ¿La que pretendía conocer por completo mis intimidades, no era la mejor amiga de mi mujer? ¿No era la confidente de sus más íntimos pensamientos? La señora Blangy puede que no fuese la sola conocedora de los motivos de la extraña conducta de mi mujer; el conde también podía haberlos adivinado. ¿Antes de separarse de su mujer, no había recibido en su casa y visto la intimidad de su mujer con la señorita Giraud? ¿Qué extraño tendría que estuviese el conde al corriente de ciertas intimidades? La casualidad me ponía en presencia de la única persona que podía hacérmelas saber, y retenido por una falsa vergüenza, por una delicadeza exagerada, ¿me opondría yo á confidencias útiles, y solicitadas por mí en cierto modo?

No; hablé. Hablé como os hablo á vos, mi querido amigo, con entera sinceridad Contéle *pé á pé* las tristes peripecias de mi campaña amorosa, sin ocultarle detalle alguno.

Escuchóme grave y recogido; se hubiera podido creer que mi historia era la suya, que mis aventuras le tocaban, tanto parecían interesarle.

—¡Sí; eso es! ¡Lo veo claro! Siempre lo mismo... tales fueron las exclamaciones que á cada vez interrumpían mi relato.

Dejéle con la curiosidad y los celos, me habían impedido al seguimiento de mi mujer por la calle Laffitte, todo en fin hasta tropezar con...

—Señora de Blangy—gritó el conde.

—¡Cómo!—grité á mi vez.—¿Qué adivináis?

—¡Algo ó todo! Lo que me sorprende, es que mostréis tal extrañeza... ¡Como! Visitasteis aquella casita de la calle de Laffitte;—¿y aún tenéis dudas?

—Pero, ¿es que jamás pudo ocurrírseme que aquellas mujeres pudiesen alquilar una habitación por el solo gusto de verse!

Arrugó el conde el entrecejo y miróme.

Me confesó más tarde que, en aquel momento, tuvo intención de burlarse de mí. Mi honradez, el aire inocente de mi fisonomía, le detuvieron.

—Continuad—me dijo.

—Nada interesante puedo relataros yo; la señora de Blangy me hizo entrar en su casa; Paula nos siguió, y las dos explicáronme, como, á consecuencia de mi prohibición á su amistad, reunieron para verse, al extremo de alquilar un cuarto, que era aquel.

—¡Y vos,—esclamó el conde—no protestasteis!

—¡Dios mío!—respondí.—Efectivamente mi mujer faltaba á mis órdenes; pero tened presente, que hacía tres días suponíala culpable de un delito más grave que la desobediencia. Reflexionad, amigo mío; creí encontrar un rival, y tuve la fortuna de tropezar con una encantadora y aristocrática dama.

El señor de Blangy, avanzó hácia mí.

—¿Habláis seriamente?—díjome.

—¿Lo dudáis?

—¿Os felicitáis de haber encontrado á vuestra mujer con a mía en la calle Laffitte?

—No me felicité: lo preferí á lo que esperaba.

—¡Pues bien, caballero—exclamó el conde—no estamos conformes; yo hubiera preferido un hombre! ¡Me hubiera vengado!

—¡Buena es la venganza!—replique.—¡Cuanto he deseado ejercerla! Pero es más agradable poder decir: ¡Me creía engañado... y no lo soy!

Estas palabras fueron una revelación para el señor de Blangy, que creyó ya en mi perfecto candor.



Era este tan grande que el conde tuvo que tomarse gran trabajo para hacérmelo comprender. Mi conciencia se rebelaba, y me impedía, hasta cierto punto, dar fé á lo que escuchaba. Existen, amigo mío, ciertos cerebros, en los cuales es difícil hacer calcar ciertos pensamientos.

A pesar de mi honradez, nativa, que no había alejado de cierta influencia malsanas; á pesar de una existencia excepcional que me había puesto al abrigo de todo espectáculo dañoso, yo no era del todo sgeno á ciertas miserias punibles de la vida; pero con todo, creía que la educación esmerada era una barrera infranqueable entre el hombre y esas miserias.

El señor de Blangy reconocía que en la aristocracia y la burguesía existían estas miserias como caso excepcional, y á pesar de todo rehusaba creerlo yo.

Pero tuve que rendirme á la evidencia. Reducido por la belleza de Berta, por su talento y originalidad, el conde, como yo, hizo un matrimonio por amor.

Pero Berta, más culpable que Paula no despreció el matrimonio como aquella; antes al contrario, usó toda suerte de coqueterías para que el señor de Blangy la diese su nombre y su fortuna.

También es verdad que no se condujo como Paula después de casada, de idéntica manera; no puso cerrojos á la puerta y no prometió guardar absoluta castidad. El conde tenía sobre mí una superioridad incontestable: fué marido de su mujer. Pero, esto no obstante, advirtió bien pronto cierta frialdad, cierta repugnancia en aquellos más íntimos deberes conyugales. El Sr. de Blangy, acostumbrado, cuando soltero, á otra expresión, á otro cariño, vista aquella reserva alarmóse gravemente. Como yo pensé en mi día, pensó el señor de Blangy, si su esposa economizaba las ternezas era para prodigarlas en otra parte. Siguióla, vióla penetrar en una casa de la calle de San Luís, sobornó al portero, escóndiase en cualquier parte de la habitación, y, más astuto que yo, pudo escuchar cuanto allí se dijo entre su mujer y la que por desgracia había de ser la mía.

Lo que se dijo en aquel momento, en el cual el matrimonio, como orden, fué puesto á los piés de los caballos, sonó tan desagradablemente en los oídos del conde, que se atrevió á interrumpirlas.

Apareció en el momento en que se hablaba peor de él. Paula, en su cualidad de soltera, se puso roja, pálida, de mil colores, y acabó por un ataque de nervios. En cuanto á la condesa, mostróse de audaz; no se retractó de ninguna de las especies vertidas, y, hasta, glorificó sus subversivas ideas.

El conde, durante la vida disipada que llevó de soltero, había visto mucho anómalo y mucho extraño, pero sin embargo, quedó mudo de estupor.

Pasó la indignación; de la cólera al desprecio: No sabía que decir. Ni aún tuvo fuerzas para castigar.

¡Castigar! ¿Y cómo?

—La justicia—decía el conde—me hubiera rehusado su concurso; no se han previsto ciertas faltas, y la impunidad las absuelve. Acaso, ni aún los tribunales hubiesen fallado un divorcio; las faltas de mi mujer para conmigo eran de tal índole, que el juez se hubiera inhibido por no juzgarlo. Y después de todo ¿qué pruebas tenía yo de tal delito? El dicho de vuestra esposa; y estaba demasiado interesada en el asunto para decir verdad. ¡Poneos en mi casol! Las gentes de mundo, en caso semejantes no disponen de medio alguno. Le repugna á uno la violencia y la brutalidad. Témesese al ruido que pueden producir; témesese al ridículo... ¿Como se hubiera tomado lo mío? He oído á mis amigos de Club, burlarse sangrientamente de los pobres maridos engañados... ¿hubiera yo encontrado gracia á sus ojos por faltas excepcionales? No; hubiéranse reído de mí, compadeciendo, á mi mujer. En París, y en el siglo XIX, se prefiere, hacer sarcasmos sobre las víctimas, y oraciones piadosas acerca de los culpables. Hé aquí, como toda suerte de vicios, seguros de la impunidad, se han infiltrado en nuestras costumbres.

Confieso, querido amigo, que apenas escuchaba, en aquel momento, las recriminaciones del señor de Blangy contra la sociedad moderna. Me ocupaba solo de mi desgracia.

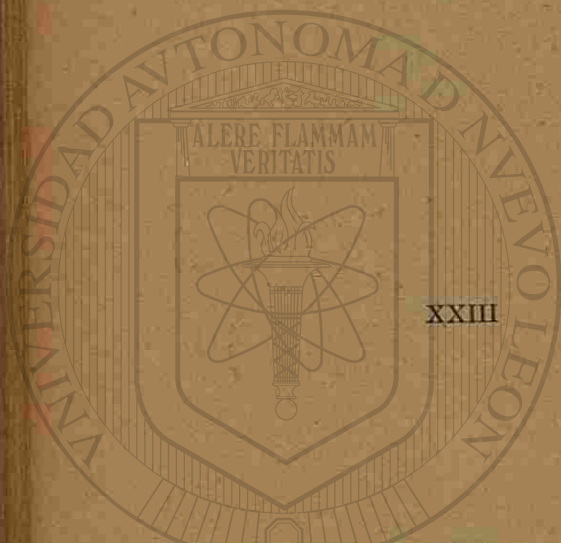
Pero en fin,—esclamé en un momento de lucidez—¿habéis al menos procurado impedir que se viesen y alejaras una de otra?—Sí que lo he ensayado... pero... ¿creís que un hombre que se respeta puede ser durante mucho tiempo el cancerbero de su mujer? Ese espionaje continuó acaba por fatigar, descorazona á la larga la voluntad más firme, energía mejor templada.

—¿Y quien os impedía—repliquele—hacer marchar á

vuestra mujer con vos? En tierra extraña, la vigilancia hacíase inútil.

—¡Error! El día que la hubiera dejado sola un momento, en el hotel, se hubiera largado, como una flecha, en el primer tren, en busca de su inseparable.

—Pero, — dije con más fuerza, — puede que la señora Blangy no hubiera encontrado á la señorita Giraud, en París; si durante vuestro viaje con la condesa, se la arranca brutalmente de su casa; si entonces os vais hacia América, por ejemplo, y la otra marcha hacia Rusia, sin prevenir á la una ni á la otra... ¿se encontrarían? ¿Dónde? ¿Cómo?



Interrumpíme para ver el efecto que sus palabras producían en el conde.

—¿Y quien me asegura—me respondió este que, contra su voluntad pudiera arrancarse de París á la señorita Giraud? Ni su padre ni su madre seguramente seguro de mi idea interrumpide:

—Señor Conde ¡No os hablo de lo que pudierais haber hecho! De lo que se puede hacer hoy, si. Si el código ordena que la mujer debe seguir al marido, medios tenéis para haceros obedecer, como los tengo yo. No se trata de una mujer soltera que depende de sus padres, no; de mujeres casadas que dependen de nosotros. Nada se nos opone: partamos esta tarde para París; bajamos en cualquier hotel para ocultar nuestra llegada; hacemos de prisa y re-

servadamente nuestros preparativos de viaje; reunimos fondos para que vuestro viaje no pueda interrumpirse por la pequeñes de un déficit monetario; luego llegamos á la audiencia y obtenemos una entrevista con el fiscal imperial que pondrá en nuestras manos los medios legales que necesitamos para ser obedecidos por nuestras esposas. ¡Ah, señor conde, nada de delicadezas! La ley nos protege; sirvámonos de la ley! Terminados los preparativos, y llenas todas las formalidades, entonces, nosotros, estrechamos nuestras manos y nos decimos adiós. Dos coches nos esperarán á las puertas de nuestras casas. En el uno subiremos nosotros: en el otro vos y vuestra esposa, pero, sin darlas tiempo de verse, de escribirse... Puede que resistan... pero ¿no vamos decididos?

Una vez que sigan, dos expresos en opuestas direcciones, las pondrán, en solo veinte y cuatro, horas, muy lejos á una de otra.

¿Que decís?

—Que puede salir bien.

—¿No es verdad?

—Pero—replicó el conde, despues de un instante de reflexión—si vos, hacecuatro meses que os separais de vuestra mujer, yo lo estoy de la mía, hace tres años. La desgracia que os afecta, es aún reciente; vuestras heridas aún sangran, y las mías, ¡estan ya cicatrizadas!

Antes hubiera aceptado con entusiasmo vuestra proposición... hoy la rechazo porque ya no amo!

—¡No amáis!—esclamé.—¿Entonces, porque persistís en vuestro voluntario destierro?

¿Porque no habeis vuelto á París despues de tanto tiempo, á continuar vuestra vida habitual, á tomar de nuevo las relaciones que dejasteis como vuestra carrera? ¿Porqué vejetar aquí cuando podiais vivir en París?

Bajó la cabeza sin responderme. Enardecido por aquel silencio y aquel éxito, continué:

—¡Seal No la amáis. El desprecio ha muerto nuestro corazón. Nos son indiferentes. No merecen ni siquiera el trabajo que nos tomemos en recobrarlas. ¡Pero, amigo mío, la moral, esa moral que invocáis á todas horas! ¡Acusáis á personas que no quieren condenar el delito, sea el que, fuese, y, sin embargo, aquellos á quienes criticáis, no están como nosotros, obligados en conciencia, á la represión, de un flagrante delito. ¡Qué! ¡Reservaréis vuestra cólera para los otros y para vos concederéis indulgencias plenas? No, caballero, no; nos debemos á la sociedad y nos debemos á nosotros mismos la justicia de hacerla!

Y así estuve hablando largo rato. ¡Ah, amigo mío! ¡No era yo en aquellos momentos el recién casado que habéis conocido, lleno de delicadeza, reserva; inocente y púdico, pasando una etapa de su vida en demanda de una indescifrable enigma!

¡Se había hecho la luz! ¡sabía, veía, y sobre todo, quería!

A los tres días de celebrar esta entrevista con el conde de Blagny, llegué á París en compañía de éste, y me hospedé en un modesto, pero decente hotel de la calle de Bac.

Se nos figuró, y en esto estuvimos de acuerdo, [que era lo más conveniente poner el Sena entre nuestras esposas y nosotros para evitar la casualidad de un encuentro inesperado.

Nos propusimos hacer todas las diligencias en coche, y estábamos preparados para suplicar á las personas, á las que habíamos de ver por necesidad, que guardasen la mayor reserva acerca de nuestra llegada.

Fué tal y tan grande la actividad que desplegamos en estas visitas y en las compras y pedidos de fondos indis-

pensables para llevar á cabo nuestros propósitos, que en breve tuvimos terminadas nuestras gestiones.

A las cuarenta y ocho horas de llegar á París, hallábamnos dispuestos á abandonar otra vez la capital y en disposición todo para obligar á nuestras respectivas esposas á que nos siguiesen.

—¿Es para esta noche?

Pregunté al conde, al que ví, á eso de las cuatro de la tarde, en el hotel en que se hallaba hospedado.

—Sí, esta noche.

—Está bien.

—¿Terminastéis todos vuestros asuntos?

—Sí.

—Yo también; estuve en el Banco é hice varias visitas, entre ellas una á mi apoderado, con el que nos pusimos de acuerdo respecto á ciertos asuntos.

—Hice lo mismo, de modo que todo está corriente.

—Así lo espero.

—Lo celebro mucho, porque así no tropezaremos con ningún entorpecimiento.

—Quedamos, pues, en que todo está corriente—dijo el conde.

—Sí, así es.

—Nada, entonces, nos detiene aquí, y, á la verdad, amigo mío, deseo acabar cuanto antes.

—Comprendo que sea así, porque á mí me sucede lo mismo y las horas me parecen siglos.

—Siendo así, manos á la obra.

—¿Qué camino pensáis seguir?

—¿Por qué?

—Porque ese es un punto importante, acerca del cual conviene que nos pongamos de acuerdo, como hacemos con todo lo demás.

—Decidme cuál es el itinerario que pensáis seguir, y yo arreglaré el mío con arreglo á él.

—Si no tenéis ninguna objeción que hacer,—me respondió el conde de Blagny—me dirigiré hacia los países del Norte.

—No me parece mal.

—Sí, pienso ir adelante, sin detenerme y sin poderos precisar de antemano los puntos en que pueda irme deteniendo.

—No tengo necesidad alguna de enterarme de ese punto.

—Está bien.

—Escojistéis el Norte, yo elijo el Mediodía.

—No me parece mala idea.

—¿Os agrada?

—Sí, porque no me parece desacertada.

—Me congratulo de que estemos de acuerdo.

—Así debe ser, si es que queremos llevar á buen término nuestra empresa.

—Esta misma noche tomaré el expreso de Marsella.

—Bueno.

—O quizás el de Burdeos.

—Entonces es preciso que, antes de las ocho de la noche, os halléis en cualquiera de las dos estaciones.

—Cuento hacerlo así.

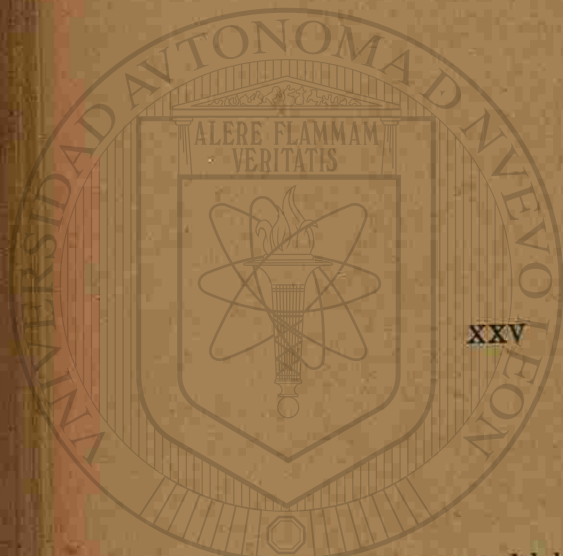
—En ese caso ya no nos queda más que hacer que ultimar el acuerdo y ocuparnos de algunos detalles de ejecución.

—Nó, porque ya lo hicimos y está todo corriente.

—En ese caso ya no nos queda que hacer más que despedirnos, deseárnos mutuamente buena suerte en nuestra empresa, y poniendo, desde luego, en práctica nuestro plan, dirigirnos á la calle de Caumartin.

—Así es.

—En marcha, pues, y ¡adelante!



Llamamos á un camarero del hotel, ordenándole que fuera en busca de dos coches.

Hízolo así el criado, y pocos momentos después volvió á preesentarse para decirnos que los carruajes esperaban nuestras órdenes en el patio del hotel.

Pusieron en ellos nuestros equipajes, y el conde y yo nos despedimos, cambiando antes algunas palabras y estrechándonos afectuosamente la mano.

Hacia muchos días que habíamos llegado á conocernos á fondo el uno al otro, y nos queríamos y estimábamos de veras.

A las seis de la tarde se detuvo mi carruaje en la calle de Caumartín y delante de la puerta de mi casa.

Me apeé con mucho apresuramiento, y sin contestar al

saludo del portero, y respondiendo lacónicamente á sus obsequiosidades y preguntas, subí bastante deprisa la escalera.

Conservaba en mi poder el llavín, y gracias á él pude abrir y entrar en mi casa sin tener que detenerme.

*
**

Entré en el salón.

En aquellos momentos latíame con tanta fuerza el corazón, que parecía quererme saltar del pecho.

Mi aspecto era, sin embargo, el de un hombre que estaba tranquilo, y en mi mirada debía traslucirse una expresión enérgica.

Paula estaba en el salón.

Hallábase sentada en una butaca y tenía sobre las rodillas un libro abierto.

Al verme entrar dió un grito de sorpresa.

Púsose en pie inmediatamente y salió á mi encuentro, tendiéndome la mano.

No correspondí á este movimiento, y mi brazo continuó en la misma posición,

—¡Cómo!—exclamó sorprendida—¿Será posible?

—¿El qué?—pregunté.

—El que al volver de un viaje que nos tuvo separados durante cuatro meses, no me saludéis ni deis la mano.

No la respondí ni la miré.

Estaba sumamente cambiada desde que yo no la había visto.

Habían desaparecido los colores de sus mejillas, y hasta la sangre dijérase se retirara de aquellos labios, en otros tiempos tan rojos.

Bajo sus ojos hundidos y de apagada mirada, extendíase amoratada ojera, que desfiguraba su rostro, antes tan bello.

En cuanto á su talle, esbelto y bien formado, habíase adelgazado de una manera extraordinaria.

Llevaba un traje muy ancho y lleno de adornos y buellones; mas, á pesar de esto, no era posible engañarse acerca del enflaquecimiento de toda su persona.

—¿Por qué me miráis con tanta fijeza?—preguntó con cierto asombro.

—Porque os encuentro sumamente cambiada.

—No diré que no.

—¿A qué se debe?

—A que hace algún tiempo sufro unas jaquecas atroces y, á veces, hasta fuertes y dolorosas palpitaciones de corazón.

—¡Ah!

—Deben ser, sin duda, los nervios.

—Así lo creo.

—Pero ¡qué extraña manera de saludarme tenéis, precisamente en el momento que acabáis de llegar!

—Empiezo, ante todo, por ocuparme de vuestra salud.

—¡Ah!

—¿No es esto lo natural?

—Sí, pero...

—Es preciso que os cuidéis.

—Dictad la receta, puesto que, según parece, os convertís, á vuestro regreso, en un médico.

Y esto me lo dijo Paula sonriendo.

—Es preciso adoptar otro plan de vida—me apresuré á responder.

—¡Otro plan de vida!

—Sí, es necesario viajar, cambiar de aires, hacer mucho ejercicio.

—¿De veras?

—Y tanto.

—Meditaré acerca de lo que crea que puede convenirme más, señor doctor, y quizás algún día me someta y siga vuestros consejos.

—No, no podéis hacer eso.

—¡Que no puedo hacerlo!

—¡No!

—¿Y por qué razón?

—Por la de que es preciso seguirlos desde hoy.

—¡Cómo! ¡Desde hoy!

—Sí.

—Eso es imposible.

—No hay nada que lo sea.

—Hoy no puedo hacer nada.

—Os doy una hora de tiempo para hacer vuestros preparativos de viaje.

Y, al mismo tiempo, sin mirarla, sin hacer ningún caso de su extrañeza, me acerqué á la chimenea y toqué el timbre.

Vino una doncella.

—La señora,—dije,—sale esta tarde de viaje. Poned en una maleta, los utensilios de tocador más necesarios. Ella irá á ayudaros. Daos prisa.

—Pero estáis loco, caballero!—gritó Paula en cuanto hubo salido la doncella.

—Jamás he estado más cuerdo,—respondió—¿y creéis que voy á partir así, de cualquier modo, por un capricho vuestro?

—¡Oh! No es capricho; es una voluntad firme, inquebrantable!

—Entonces, no se trata de mi salud; porque aún admitiendo que yo estuviese enferma, no soís vos el que ha de decidir mi tratamiento.

—Os creo moralmente enferma y de gravedad; y esto me basta. Conozco también que, en la parte física, no estáis buena tampoco y esta doble dolencia me ha decidido.

—¿Y qué ideas tenéis? No las conozco aún.

—Las conocéis en totalidad. Dejáis á París, hoy, á las ocho.

—¿De veras? ¿Y parto sola?

—No, conmigo.

—Comprendo! Necesitáis compañía... os cansa viajar solo.

—Como lo decís.

—¿Y á dónde me conducís?

—No lo sé!

—¡Delicioso!—exclamó Paula soltando la carcajada.

XXVI

No me inmuté: luego que cesó de reír, añadió calmamente:

—Permitidme que os advierta, que el tiempo corre. Si no dáis instrucciones al intento, vuestra doncella lo hará todo al revés, y, cuando lleguéis al primer descanso, os encontraréis desprovista de todo.

—No tengo instrucciones que dar,—respondió Paula sentándose.—Yo no marchó!

—Os pido perdón,—repliqué,—Iréis de grado ó por fuerza!

—¡Por la fuerza!—exclamó.

—Sí; á la fuerza. He tomado toda suerte de precauciones, mirad,—continué sacando un pliego de mi bolsillo,—enviando esta carta á dos pasos de aquí, á cierto

señor Bellanger, vencería vuestras rebeliones. Quizás no conocáis al señor Bellanger que es, sin embargo, muy conocido en el barrio. Creedme; no me obliguéis á hacerle intervenir y obedeced de buen grado.

Miróme Paula un instante, comprendió la gravedad de la situación, y tomando rápidamente un partido:

—Viajaremos, sea,—dijo,—Me lo imponéis, y la ley os da derechos sobre mí. Pero partir esta tarde es casi imposible. Tengo que despedirme.

—¿De quién?

—De mis padres.

—Estarán aquí dentro de un momento; les he prevenido de nuestra partida. ¿De quién más?

—De la señora de Blangy.

—¡Me lo figuraba!—contesté perdiendo un poco de mi calma,—pero... la señora de Blangy no tendrá tiempo para recibir vuestro adiós... como vos, esta tarde se pone en viaje...

—¡Bertal! ¡Imposible!—exclamó Paula.—¡Vos me enga-
ñáis!

—¿Y por qué no ha de partir? ¿No marcháis vos?

—Sí, pero á la fuerza. Por de pronto, la condesa no tiene la desgracia de estar en poder de un marido...

—¿Así, pues, el conde ha muerto?

—Casi; puesto que Berta nada sabe de él.

—Voy á ilustraros un tanto. En este momento, á algunos pasos de nosotros, en la calle de Caumartin, en un segundo piso, se desarrolla una escena parecida á la que aquí ha tenido lugar. Por motivos iguales, el conde obliga á su mujer á que le siga, y usa idénticas razones. El la indica su resolución; ella rehusa y el conde dice: «No retrocederé ante la violencia ni ante el escándalo; vos me seguiréis, de grado ó por fuerza...» y ella le seguirá, porque es imposible toda resistencia ante un hombre como señor Blangy, que, posee armas terribles contra su mujer... y contra vos...

Paula palideció y bajó la cabeza.

Yo continué animándome cada vez más.

—¿Me habéis comprendido, no es cierto? Encontré al señor Blangy en Niza; nos hicimos amigos y cambiamos nuestras confidencias. Sé la influencia que esa mujer ejerce sobre vos; y he prometido sustraeros de ella. El señor Blangy ha jurado secundarme y el conde y yo somos personas incapaces de faltar á una promesa. De modo, que decidios pronto á seguirme.

Confundida, aterrada, incierta sobre el partido que debiera tomar, mi mujer permanecía inmóvil en su asiento.

Sonó la campanilla; acerqueme hacia Paula y la dije:

—Son vuestros padres que vienen á despedirse. Os ruego que suprimáis toda recriminación, toda queja... de otro modo, á mi vez, tendré que explicar el motivo de este viaje.

—¡Oh, vos no haríais eso!—exclamó.

—Os he dicho que no retrocederé ante nada; gante nada, comprendéis? Necesito que me sigáis. Si vaciláis un solo momento, hablo y luego obraré.

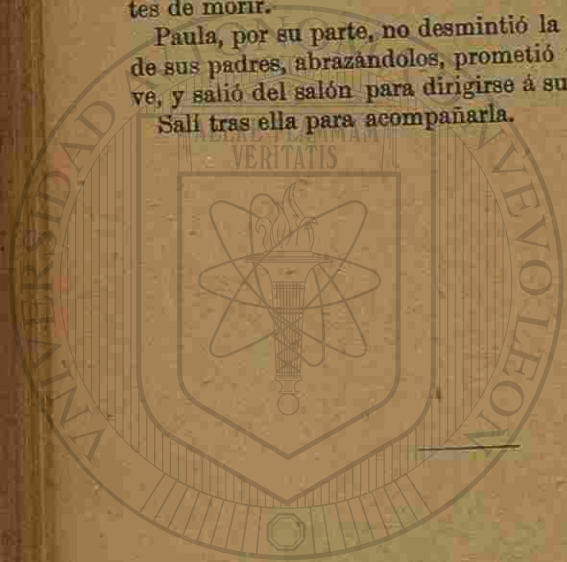
—Está bien,—contestó con voz plañidera,—os seguiré. Los padres de Paula entraron. Encargueme de explicarles á qué se debía el precipitado viaje de su hija.

Les manifesté que uno de mis parientes, que hacía muchos años se había ido á vivir á una capital de provincia, estaba gravemente enfermo.

Dije además que, al regresar de mi viaje, había yo pasado algunos días á su lado y oídole decir, con grandes instancias, que le llevara á mi mujer, pues deseaba verla antes de morir.

Paula, por su parte, no desmintió la fábula; despidióse de sus padres, abrazándolos, prometió volver muy en breve, y salió del salón para dirigirse á su tocador.

Salió tras ella para acompañarla.



XXVII

Entre el conde de Blangy y yo habíamos convenido, de antemano, que hasta el momento de emprender el viaje no dejaríamos solas un instante á nuestras esposas.

Era necesario impedir á todo trance que pudiesen escribirse.

Paula, que, al parecer, habíase resignado con su suerte, dió en mi presencia algunas órdenes á su doncella.

Sacó, apresuradamente, de un armario de luna, algunos objetos, que metió en un saco de noche, echóse un abrigo sobre los hombros, y púsose un elegantísimo sombrero de viaje.

Terminados que fueron estos preparativos, me dijo:

—Estoy á vuestras órdenes.

Echó á andar y bajó la escalera.

La seguí sin perderla de vista y observando sus menores movimientos.

El coche nos estaba aguardando delante de la puerta de la calle.

Abri la portezuela é hice subir á Paula.

Dirigí una rápida ojeada á mi alrededor, y en la acera no ví absolutamente á nadie.

Tranquilo acerca de este punto, creí que podría acercarme á mi ayuda de cámara que, en aquel momento, ayudaba al cocheró á colocar el equipaje en el pescante.

Tenía que darle algunas órdenes y, cuando un minuto después de dadas me volví, me llamó la atención una mujer que cruzaba con mucho apresuramiento la calle.

La reconocí enseguida; era la doncella de la señora de Blangy.

Mientras yo vigilaba la acera se aprovechó de ello para cruzar el arroyo y acercarse al coche por el otro lado.

Paula se inclinó, asomándose á la ventanilla, y pudo cambiar unas cuantas rápidas palabras con aquella mujer.

¿Qué fué lo que se dijeron?

Desde luego supuse que era completamente inútil interrogar á mi mujer acerca de esto. Subí á mi vez y grité al cocheró, de manera que todo el mundo me entendiese: ¡Estación de Montparnasol! El carruaje salió al trote hacia el boulevard. Descendiendo por la calle de Caumartin, nos encontramos con otro carruaje que seguía opuesta dirección. Creí reconocer el que, dos horas antes, había alquilado el conde. Nuestra doble expedición, pues, había salido perfectamente.

En la calle de Rivoli, y sin detener la marcha, saqué la cabeza y ordené al cocheró otro itinerario.

A las ocho, menos algunos segundos, llegábamos á la estación de Lyon. Tomé dos asientos para Marsella y subimos en el expreso.

XXVIII

La conversación que sostuve con Paula, de París á Marsella, no fué, como comprendereis, amigo mío, de las más animadas. La situación era muy tirante, y no podíamos ocuparnos de superfluidades. En cuanto á reanudar el diálogo interrumpido por los padres de Paula, era imposible. Entonces la dije cuanto era necesario, otorgó con su silencio y no la oculté la indignación que su conducta me inspiraba. Pero no era yo el más apropiado para luchar con ventaja y á dirigir contra ella los dardos que el señor Blangy había puesto en mis manos. Mi exceso de amor, que me impidió tomar una resolución enérgica y viril, había hecho de mí, en cierto modo, un cómplice de las faltas de mi esposa; hubiese hecho mal papel echándoselas en cara, y el desprecio que la hubiera manifestado, tendría en mí su resonancia.

Me decidí, por respeto á mí mismo, á no tocar lo pasado, y obligarla, en tanto como me fuera posible, á que su vida tomase nuevos derroteros. Si me acusais de llevar demasiado lejos mi indulgencia y el perdón de las injurias, os contestaré que no podeis ser juez en mi propia causa. Yo no soy indulgente: amo. ¡Hé aquí mi sola excusa! ¡Y hé aquí también lo que puede sorprenderos y os dá derecho á zaherirme! Pero vuestra sorpresa no será jamás como la mía, y en cuanto á reproches, tampoco me los escaseo.

No creais, sin embargo, que yo me dispongo á dar rienda suelta á este amor que me domina, á proyectar ataques, á aprovecharme de las ventajas que me proporcionan las circunstancias extraordinarias porque atravesamos. No; seré dueño de mí, sabré contenerme.

¿Acaso no tengo la costumbre? A pesar de mi punible debilidad, tengo el sentimiento de dignidad; no me conviene, ni para hoy ni para el día de mañana, atestiguar mi cobardía ante Paula, y ser sucesor, de buenas á primeras de... quien me ha precedido.

Deseaba yo que aquella imaginación calenturienta tuviese tiempo de calmarse, que sobreviniese la reacción, y que enrojeciese al comprender sus errores. Sometida durante muchos años á perniciosos consejos, á funestos ejemplos, sujeta á un infernal dominio inconsciente de sus yerros, embriagada, ciega, necesitaba que renaciese á la libertad por pasos progresivos, que reconquistase su independencia y que la luz se hiciese en su espíritu y en su corazón. Era un alma que había que salvar. ¡Pues bien; yo la salvaría! Si me encontráis ridículo, tanto peor para vos.

Gracias á los *expresos*, y sobre todo á los *rápidos*, no es largo el camino entre París y Marsella. Mi intención no era permanecer mucho tiempo en esta última capital, que hubiera podido mantener en Paula el recuerdo incesante de la calle de Caumartin.

Estaba decidido á continuar mi viaje y á embarcarme en el primer vapor que saliese de puerto.

Si el señor Blangy, como me indicó, viajaba con su mujer hacia el Norte, hacia Inglaterra ó Escandinavia, la Mancha y el Mediterráneo se encontrarían entre las dos amigas, y yo podía, sin aventurarme mucho, abrigar la esperanza de una eterna separación.

Al llegar á la estación, en lugar de dirigirme á un hotel cualquiera, tomé un coche, monté en él con mi mujer, y mandé al cochero nos condujese al puerto.

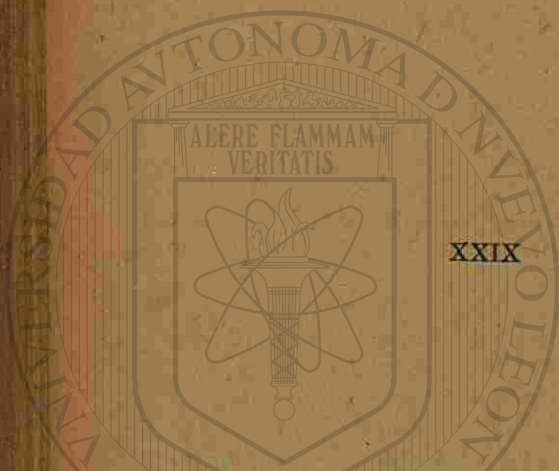
Un vapor se disponía á levar. Me informé; aquel vapor salía á las cinco con rumbo á Orán. Estábamos en miércoles y podíamos llegar el viernes á Africa.

Me reuní con Paula.

—Si lo permitís—le dije designando el buque—nos embarcaremos.

—No tengo necesidad de consentir; basta que lo ordeneis.

Bajó del carruaje, tomó mi brazo, y bien pronto estuvimos, con nuestro equipaje, instalados á bordo.



Después de una hermosa travesía, desembarcamos en el puerto de Orán, sábado por la mañana, y nos hicimos conducir al Hotel de la Paix, plaza Kleber, donde nos instalaron confortablemente, en un gran salón con dos dormitorios separados.

Como veis, caro amigo, yo no abusaba de la situación; me resignaba á vivir en la costa de Africa haciendo mi vida de celibulario. Si había puesto dos mares entre mi mujer y la señora de Blangy, al menos, por el momento, tenía la discreción de poner entre mi mujer y yo el espesor de algunos tabiques.

No os haré un relato circunstanciado de mi permanencia en Orán; con mi disposición de ánimo me ocupaba muy poco de la ciudad á que el azar me había conducido y de los habitantes que encerraba.

Un sólo pensamiento me dominaba: distraer á mi mujer, cambiar el curso de sus ideas, borrar en ella el pasado de

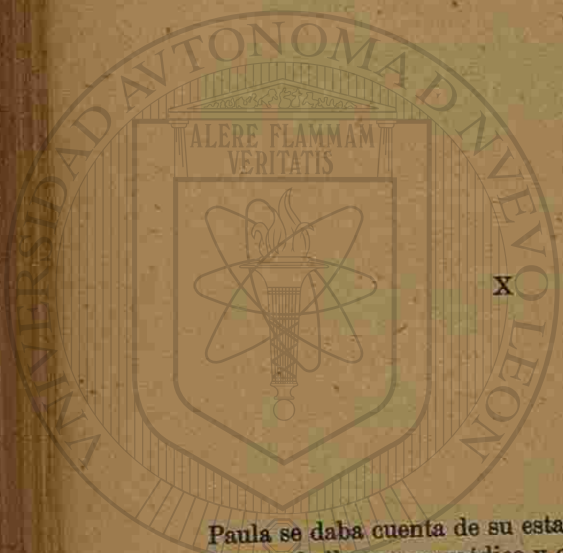
sus recuerdos y hacerle gustar una nueva vida de amorosa tranquilidad.

No era empresa fácil, yo os lo aseguro. No porque Paula, como llegué á presumir, renunciase á toda distracción y entretenimiento; no había tomado aún su partido á este propósito. Hasta parecía no guardarme rencor alguno por la violencia que usé con ella para arrancarla de París, y hasta pude observar que no pasaban para ella inadvertidas las delicadas atenciones y cuidados de que la hacía objeto.

Esto no obstante, parecía sumida la mayor parte del tiempo en una postración difícil de vencer, á pesar de sus reales y visibles esfuerzos.

Ciel de pronto que su enfermedad dependiese de un estado moral lastimado á causa del brusco cambio en sus hábitos, pero luego observé mejor y parecióme que una lesión física había perturbado notablemente su salud. El enflaquecimiento que ya noté á mi llegada de Niza, había hecho visibles progresos; sus ojos brillaban y sus pupilas se habían distendido; quejábase de palpitaciones, de sofocación cuando andaba un trecho algo largo, de violentas neuralgias al corazón y la cabeza, y de una tosecilla seca que la molestaba por la noche y que yo oía de mi habitación; en fin, era víctima de un tropel de fenómenos nerviosos, causados, sin duda alguna, por una debilidad general.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECAS



Paula se daba cuenta de su estado y parecía inquieta. Propúsele llamar un médico y consintió en ello.

El doctor X, con el cual no tardé mucho en ponerme en relaciones, había ejercido durante largo tiempo en París, gozando de gran nombradía entre sus colegas, hasta que motivos de salud le obligaron á abandonar su numerosa clientela y fijar su residencia en Orán. Después de curado el señor X. no quiso abandonar aquella ciudad, por gratitud, casó allí, y visitaba á la gran colonia francesa con igual solicitud y talento que en París.

Llevé mi mujer á su casa; la examinó detenidamente, pareció estudiar su enfermedad con minuciosa prolijidad, y luego sin explicar nada tocante á la enferma, pasó á recetarla.

Pero á tiempo de despedirnos, me hizo seña de que

quería hablar conmigo. Dejé á mi mujer en el hotel y encontréme con el doctor.

—El estado de vuestra mujer es grave. Creo de mi deber participároslo.

—¿Qué enfermedad tiene?—preguntéle emocionado.

—En este momento, como enfermedad determinada no la hay: pero existe un estado general, una *cloro-anemia* que hace precisa una enérgica medicación.

—La impondremos, doctor; gracias á vos no dudo de la victoria.

—Estais equivocado. Yo no puedo hacer gran cosa; depende de vos.

—¿De mí?

—Sí, de vos. ¿Me permitís que os interrogué, aunque vos no seais el enfermo?

—Hacedlo, doctor.

—¿Qué existencia habeis llevado durante vuestra primera juventud?

—Una existencia de las más laboriosas y las menos disipadas.

—No lo dudo. Vos no habeis vivido en *petit crevé*, según la frase gráfica hecha de moda en París, luego que yo la dejé. No habeis derrochado vuestra salud. Os habeis conservado fresco y bien dispuesto; en la fuerza de la edad habeis escogido una compañera; ¡una hermosísima mujer á fe mía! ¿Cuánto tiempo hace que casásteis?

—Un año hará pronto—respondíle con tristeza.

—No me equivocaba. Sois aún un recién casado.

Esta conversación empezaba á amoscarme.

—¿Qué conclusión—interrumpí—sacais de todo esto, doctor?

—¡Oh! Ya me comprendéis: se es joven, ardiente, enamorado, de nada se duda, y no se tiene en cuenta que ciertas naturalezas femeniles necesitan ciertos cuidados,

cierto comedimiento. Ved, mi querido señor, las jóvenes criadas en las grandes capitales, como lo ha sido vuestra mujer, quiero decir, criadas en estufa, privadas de aire y de sol; esas, digo, no deben ser amadas ardientemente. Aunque la pasión las encante, las mata, porque no son materia preparada para ello. Un marido, en ciertos casos, debe saber calmar sus transportes é imponerle un freno al corazón.

—Según vos—repliqué sonriendo amargamente—yo no he sabido imponérselo al mío.

—La inspección que he hecho en vuestra mujer me lo indica así. No os echo en cara un crimen; pecábais por ignorancia; pero ya estais prevenido; no seais egoísta.

¡Y era yo quien escuchaba tales recriminaciones! ¡Yo, acusado de poca delicadeza conyugal con mi mujer!

Prometí al doctor no ser egoísta... ¿Qué iba á decirle? No podía contarle mis miserias al primero que llegase.

—¿Me prometeis, por de pronto, curar á vuestra enferma?—preguntéle.

—Lo espero, si la causa del mal desaparece. Pero no lo olvideis, su estado es grave; pueden sobrevenir accidentes que afecten al cerebro. Si no se toman precauciones, puede irse insensiblemente á lo que se llamaba, en mi tiempo, una *peri meningitis encephalitis difusa*, y que hoy, con mayor brevedad, se llama *Pachymeningitis*.

Estas palabras, demasiado técnicas, no me animaron ni hicieron decaer mi ánimo. Despedíme del doctor, temiendo que una vez lanzado al helenismo, no se detendría ya. Y además ¿no sabía yo bastante de la enfermedad de Paula? Gracias al repentino y realizado viaje, podía á un tiempo yo llamarme su salvador moral y físico.

XXXI
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdad. 1625 MONTERREY, MEXICO

En medio de las recomendaciones personales (bien fáciles de observar) que me hizo el doctor X, el tratamiento prescrito á Paula era de los más sencillos. Mucho ejercicio, mucho aire, muchas distracciones higiénicas.

Nada me detenía en Orán, y nada me hubiese impedido seguir, á la letra, el plan combinado con Mr. de Blangy, que consistía en no parar una semana en ningún sitio, sin el accidente surgido.

Forcé la apatía de Paula, obligándola dulcemente á tomar parte en algunas giras, ya campestres, ya sobre la costa, y procuré, en cuanto de mi parte estaba, de impedirle dar noticias suyas, ni recibirlas de nadie. En nuestra segunda visita al doctor, aconsejó éste á mi mujer tomase

unos baños, que distan tres kilómetros de Orán, y se conocen con el nombre de *Baños de la Reina*, en recuerdo de la maravillosa cura obtenida allí por la princesa Juana, hija de doña Isabel la Católica.

Alquilé una calesa, que nos llevaba todas las mañanas al establecimiento balneario, y tomé á mi servicio á un niño árabe, de doce á trece años, un *gaouley*, como allí los llaman, que respondía al nombre de Beu-Kader.

Pasábamos el tiempo agradablemente; de los baños íbamos al pueblecillo de San Andrés, pintoresco en extremo; allí almorzábamos, descansábamos un par de horas, y luego acometíamos la ascensión de Mers el Kebir, sobre el cual existe una célebre fortaleza, de la que se goza un admirable golpe de vista.

Otras veces, al salir de los baños, íbamos á Orán directamente; por la tarde emprendíamos escursiones por la ciudad, y principalmente al paseo Letang, donde el horizonte se confunde con la línea verde del Mediterráneo.

Beu-Kader nos seguía siempre; siempre dispuesto á ayudarnos, y dándonos detalles de todo, en aquel *patois* de que se sirven los árabes cuando hablan con franceses.

—Tú saber, tú, señor—me decía cuando notaba que yo buscaba á Paula, ausente por algunos instantes del hotel—la señora marchó, allá, á la calle.

La verdad es que Ben-Kader estaba más enterado de lo que pasaba por calles y plazas, que de lo que ocurría en el interior del hotel, donde apenas penetraba. El *gaouley* tiene instintivo horror á los techos y tabiques de las casas. Necesita de todo el aire ambiente, y le precisa ver sobre su cabeza todo el espacio azul. Cubierto apenas con unos holgados pantalones, llevando ceñida al cuerpo una blusa de calicó, que sujeta á la cintura con un pedazo de tela roja; los pies desnudos, guarnecida la cabeza con un *fez*, su única ocupación consiste en estar sentado á lo largo de las aceras de plazas y calles frecuentadas, y cuidar de los caballos durante la ausencia de sus dueños.

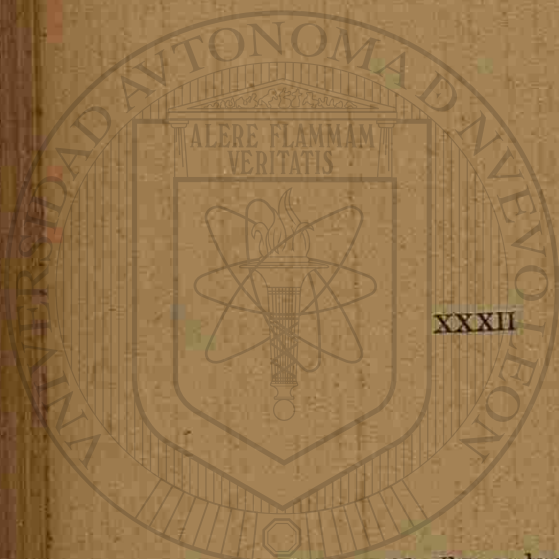
Tan prodto como un oficial de caballería echa pie á tierra, un tropel de *gaouley* se precipitan á él. Busca el oficial su favorito, y le confía las riendas del caballo. El árabe abandona aquellas; siéntase frente al bruto, y empieza una conversación. El animal, acostumbrado ya á estas prácticas, espera pacientemente la vuelta de su amo, durante algunas horas, á veces, oyendo la interminable chachara del guardián.

Cuando regresa el caballero, el *gaouley*, siempre asido, le grita:

—Ya lo sabes, señor, tú; dame diez céntimos...

Se le arrojan los diez céntimos, y el *gaouley* desaparece; ha ganado el día.

¿Paula daba con mucha frecuencia la codiciada moneda á Ben Kader, ó había tenido el talento de conquistárselo? Era positivo, puesto que le obedecía de mejor grado y era el muchacho un devoto de mi mujer.



Después de la comida, iba yo de ordinario á matar unos momentos en el café Soubirau, y luego me reunía con mi mujer en el salón que separaba nuestras alcobas, donde, mientras ella se ocupaba en alguna labor de fantasía, leía yo, en voz alta, cualquiera obra por mí elegida. La *soirée* terminaba á las diez: á esta hora nos retirábamos á nuestros dormitorios. Esta vida, tan activa durante el día, tan tranquila por la noche, desprovista de emociones, había influido poderosamente en la salud de Paula; renacían sus fuerzas, sus colores querían volver á aparecer, y tornaba, en fin, á la buena constitución que tuvo anteriormente.

Bajo el punto de vista moral, se iniciaba también el progreso. Ya sabéis que, por delicadeza, me había prohibido yo mismo, la menor alusión ó reproche acerca de su con-

ducta conmigo; pero se daba el caso, durante la lectura, que una palabra, un párrafo, recordaban nuestra situación y parecía aludirnos. Ahora, Paula, que antes se hubiera mantenido serena, se ruborizaba y bajaba la cabeza.

*
* *

Un día, no temió hacer, por su gusto, ciertas reflexiones, que no podré pasar en silencio. Leíamos las primeras páginas de una novela, donde el autor, luego de haber narrado la infancia de su heroína, divagaba sobre el método de educación que se disponía á inculcarla.

—Que no la ponga, al menos, en un convento—exclamó Paula de pronto.

Esta salida me distrajo de mi lectura, y dije:

—¿Creéis dañosa para las niñas la educación conventual?

—Puede ser—contestóme.

—¿Qué género de educación preferís, pues?

—La que se recibe en el seno de la familia, junto á la madre.

—No es siempre fácil que una madre pueda educar bien á su hija.

—Que la eduque mal, entonces; si no le da una instrucción esmerada, cuando menos le inculcará sentimientos de honestidad.

—¿No admitiréis tampoco el colegio?

—Admito el colegio siempre y cuando el número de discípulas no pase de cuarenta.

—¿Por qué?

—Porque de este modo puede ejercerse sobre las alumnas una vigilancia más activa más maternal, digámoslo así. Lo que me desagrade de los conventos, como centros educativos, no es la educación religiosa que allí se recibe. ¡Dios me guarde! ¡Jamás me perdonaría una impiedad! Lo que me disgusta es que abra sus puertas á doscientas ó trescientas niñas de toda edad y toda condición. Me diréis que las niñas están separadas por edades. Por de pronto, esto no es rigurosamente exacto; se llega, por ciertas circunstancias, á violar esta determinación y á permitir la mescolanza de edades. ¿Y después de todo, qué se entiende por *grandes* y *pequeñas*?

Las que tienen diez ó doce años, son pequeñas; las grandes oscilan entre quince y diecisiete. He aquí la clasificación habitual, que es absurda á los doce años; ciertas niñas son, moralmente, *grandes*, y muchas jóvenes de diecisiete merecían todavía vivir con las pequeñas.

Se las clasifica materialmente, clásicamente, por decirlo así, cuando debiera ser moral la clasificación.

¿Qué pasa? Que la inocencia se pone en contacto con la perversión, y pierde bien pronto el candor y la virginidad del alma. En un colegio de pocas alumnas, al contrario, la directora ó inspectoras viven con aquellas una vida de familia, hablan con todas, reciben sus confidencias, conocen sus defectos, y pueden, con conocimiento de causa, separar del rebaño las ovejas dañadas; si son personas honestas y de criterio, ejercen una saludable influencia en sus educandas. En el convento, las religiosas están animadas, sin duda, de excelentes intenciones, pero su influencia se disemina en mucho terreno, para que pueda germinar con buen éxito; dan lección á los niños, pero no les dan consejos; porque en general son santas y buenas mujeres, demasiado quizá para que sean buenas institutrices,

no conocen el mal, rehusan creerlo y admitirlo, é ignoran una porción de defectillos femeniles en comunidad, que debían observar.

Detúvose Paula y preguntéle.

—¿Luego dudais que pueda ser honesta una joven criada en un convento?

—Libreme Dios,—exclamó,—de semejante ideal. No digo tal cosa. Las impresiones recibidas en el convento se borran fácilmente; las más impresionables pueden ser, en su día, intachables esposas y excelentes madres.

—Lo creo: como también que algunas saldrán del convento tan puras como entraron.

—Ciertamente—replicó Paula—es asunto de la casualidad; depende de las compañeras que elija.

El giro que había tomado nuestra conversación, había, sin duda, despertado en ella antiguos recuerdos. Con el codo sobre la mesa, la cara sobre la palma de la mano y la vista vaga, guardó Paula silencio. De pronto, sin cambiar de postura, dijo con voz emocionada, como si hablase consigo mismo:

—Se llega á tener catorce años, y el espíritu viejo, (por esa innata coquetería de la mujer); se es pura, gracias á la educación materna recibida hasta entonces. De golpe os meten en un colegio. El frío os penetra, os invade el sentimiento de la soledad, y os creéis perdida entre aquellas

caras extrañas que os inspeccionan sin hablaros: á la hora de recreo se busca un rincón para soñar en el cuartito *vuestro*, con *vuestra* casa, donde habeis pasado horas tan felices. ¡Qué triste estará mi madre!—gime una.—¡Segura estoy que ahora llorará... como yo! Y llorais recordando cuando la abrazásteis para entrar en aquella odiosa pensión. Cuando levantaís la cabeza, advertís que no estábais sola. Hay una niña sentada en el mismo banco, á poca distancia. Os toma una mano que le abandonais, y os dice cariñosamente: «No lloreis más; no sereis desgraciada aquí, yo os lo aseguro; nos divertimos bastante, ya vereis.» En tablais conversación dichosa de encontrar á quien contarle vuestras penas y cambiar impresiones.

Poco á poco se intima, se llega á querer con toda el alma á la que os demostró simpatía cuando la érais completamente extraña. Es fácil conquistar un corazón de catorce años; déjase una arrastrar y es dichosa de ceder.

Si es un hombre el que os dice: ¡Qué hermoso talle! ¡Qué hechiceros ojos! ¡Qué lindas manos! ¡Permitid que las admire!, enrojeceis instintivamente y huls no queriendo escuchar tales lisonjas. Pero si es una mujer la que os habla, la escuchais sin turbación, frecuentemente con placer, y devolveis cumplimiento por cumplimiento, y flor por flor.

De flor en flor, de confianza en confianza, vuestra compañera influye poderosamente sobre vos; más vieja y

más curtida en la vida conventual, en la que sois novicia, conoce la casa palmo á palmo y os la hace conocer; es también más hecha, más formada, más experimentada que vos; pone su experiencia á vuestras órdenes, y como estais en la edad en que se quiere aprender, escuchais y aprendeis.

Bien pronto no es sola la afección la que os une á vuestra amiga; empezais á respetarla y á temerla. Os encontráis ignorante, pequeña, anulada á su lado; llega, por un trabajo incesante de presión y cariño, á adquirir vuestra confianza, á conocer vuestra vida, vuestras flaquezas, y desde aquel momento solo veis por sus ojos, perdeis la conciencia de lo justo y de lo injusto, os domina, y teneis que doblegaros hasta á sus caprichos.

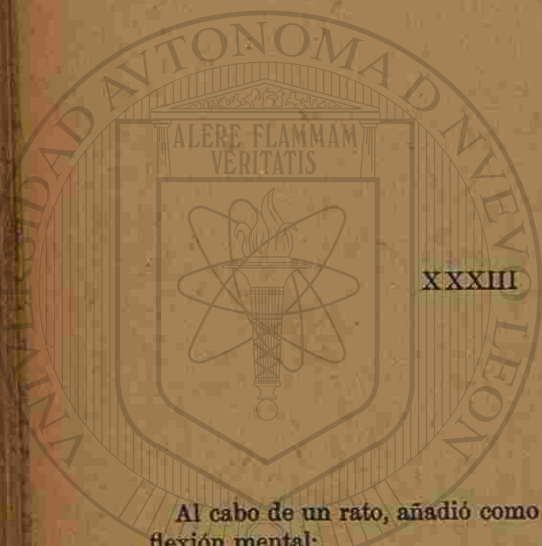
A las veces se quiere sacudir este yugo, pero es vano todo esfuerzo; mil indisolubles lazos, mil recuerdos tiránicos, os encadenan mutuamente hasta que se sale del convento. En esta época, los lazos se rompen, los recuerdos se desvanecen... á menos que—y Paula bajó la voz—á menos que la casualidad, ó mejor, la fatalidad, os reunan de nuevo, y entonces...

—¿Y entonces?—repetí yo.

—Entonces—murmuró—¡está una perdida!

—Pero—exclamé yo—¿no admitís que se pueda escapar de tan inicua dominación?

—Sí,—respondióme—con el tiempo y por la ausencia.



Al cabo de un rato, añadió como concluyendo una reflexión mental:

—Con mucha frecuencia, no son los hombres los que pierden a las mujeres, son las mujeres las que se pierden entre ellas.

Ya lo veis, mi querido amigo, Paula había llegado, por sí sola, sin reproches y sin sermones morales, á juzgar su existencia pasada y á condenarla.

Os puedo asegurar que hablaba con toda sinceridad, sin intención de inspirarme una confianza que debía burlar más tarde, ó de hacer gazmoñerías para que mi opinión acerca de ella se mejorase. Había entrado francamente en su convalecencia moral, con aquella viveza, aquel ardor, que habreis reconocido en ella por mi relato. Pero, según su propia confesión, el tiempo sólo podía completar la curación, fortificarla en sus resoluciones, borrar de su espíritu

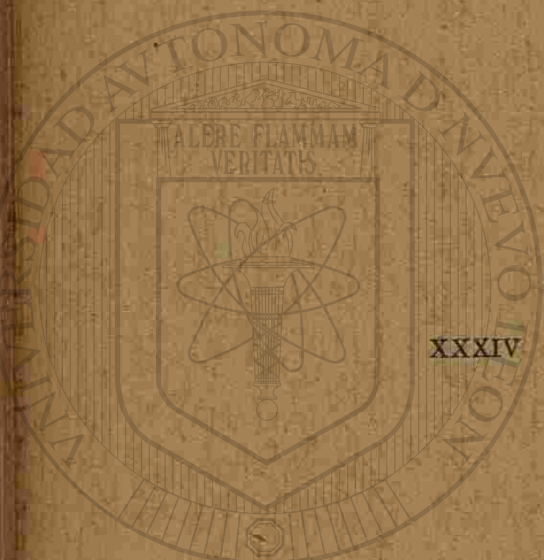
las impresiones primeras, y volverla inaccesible á las influencias tanto tiempo dominantes.

¡Ay de mí! Yo era dichoso ante el resultado obtenido y no me inquietaba para lo porvenir. El tiempo me ayudaría, no podía dudarle. ¿Qué entorpecimiento, qué accidente podía turbar la obra comenzada? ¿No estaba ignorada de todos nuestra residencia? ¿Acaso Paula no había echado en completo olvido, hasta el país en que habitaba la culpable de sus extravíos?

Lleno de confianza ante mejor futuro, persuadido de que mi suerte, y de que mis sueños, tanto tiempo burlados, no tardarían en verse realizados, di largas á mis impacientes nervios; mi amor era tranquilo y reposado. Llegaron, en cierto punto, á metamorfosearse; yo veía en Paula una niña enferma que había que curar y educar.

Me pertenecía á una sola tarea, cual un médico que se encarga de un cliente desahuciado, y espera salvarlo á pesar de todo; como un sacerdote que quiere convertir al impenitente reo y ve que sus exhortaciones tocan al endurecido corazón. Mi amor se había hecho un tanto platónico; tenía más ternezas y menos deseos.

Paula parecía penetrada de la más viva gratitud por mis cuidados y atenciones; me daba las gracias con una sonrisa, una dulce mirada ó un apretón de manos. Hasta creo que se había hecho algo coqueta conmigo, sin duda por espíritu de oposición. Ya lo veis, amigo mío, ya llego al punto y vos no dudáis que penetre en él y dé fondo agradablemente; os doy las gracias por esta prueba de confianza, pero, antes de alegrarnos de mi asunto, tened la bondad de volver la página de este manuscrito.



Habla yo adquirido en Orán, la costumbre de levantarme con el sol y de emprender una larga expedición á caballo, mientras Paula dormía aún ó se entretenía en el tocador. Ben Kader esperaba mi regreso, y cuando me veía desembocar en la playa, corría á noticiarlo á mi mujer. Bajaba entonces ella de sus habitaciones y subíamos al carruaje, que nos esperaba para conducirnos á los baños de la Reina.

Una mañana, creo que era un sábado, en el instante en que me apeé delante del hotel, Ben Kader vino hacia mí y díjome con triste voz:

- Tú, saber, tú, la señora marchar.
—¿Qué señora?—pregunté sin comprenderlo.
—Señora tuya.

—Partido... ¿y á dónde?

Extendió gravemente una mano en dirección al mar, y dijo:

—¡Por allá; abajo!

No pude dominar un estremecimiento glacial. Pero me repuse en seguida. ¿No había visto á Paula, precisamente aquella mañana, al irme yo, y me había recomendado que volviese pronto? Cansada de esperarme, sin duda, habría-se ido á dar una vuelta hacia el puerto.

Encontre á un camarero, al penetrar en el hotel.

—¿Ha salido mi esposa?—pregunté.

—Sí, señor; hace una hora; salió con una señora que vino á buscarla esta mañana, algunos minutos después que el señor salió á caballo.

Una sospecha terrible cruzó por mi mente.

—¿Una señora?—repetí;—pero ¿qué señora?

—No la conozco; no la he visto jamás en Orán... una extranjera.

—Una extranjera... ¿querréis una francesa decir?

—Puede... en todo caso, no es del país.

—Y esa señora, —continué, temblando,—¿es joven, linda, rubia?...

—¡Oh! no, señor; es una mujer de unos cuarenta años, y tiene los cabellos negros.

Respiré.

—Me ha parecido, —continué el camarero,—una criada de buena casa.

Apenas pronunciadas estas palabras, me lancé á la escalera y gané á toda prisa mi habitación.

Nada allí anunciaba un viaje; la ropa de Paula colgada en su sitio habitual; la blanca, en la cómoda; su maleta, en un rincón. Decididamente mis temores eran ridículos; habría salido quizás con alguna modista y no tardaría en volver.

Volví al salón que había atravesado rápidamente y fui-

me á ver la hora en el reloj, que estaba sobre la repisa de la chimenea. Un papel sobre ella llamóme la atención.

Era una carta de Paula.

Su contenido, éste:

«Me veo precisada á dejaros por algunos días; perdonadme y tened paciencia. Volveré, os lo juro.»

No perdí tiempo dándome en divagaciones; comprendí únicamente que Paula se escapaba y que era preciso recobrarla.

Bajé de un salto las escaleras, franqué el vestíbulo, salí á la playa y apercibí á Ben-Kader, melancólicamente acurrucado en la acera.

—Ven,—gritéle,—condúceme.

—¿Dónde?—dijo levantándose.

—Me has dicho que mi mujer ha partido; ¿á qué lado se dirigió?

Sin decirle palabra, el *yaouley* me precedió gravemente, encaminándose al puerto.

Le encarecí que fuese deprisa; recomendación inútil; sin perder su mesurado paso, llegó á una agencia próxima al muelle, y señalóme con el índice un cartelón pegado á la fachada.

Leí lo siguiente:

EL OASIS

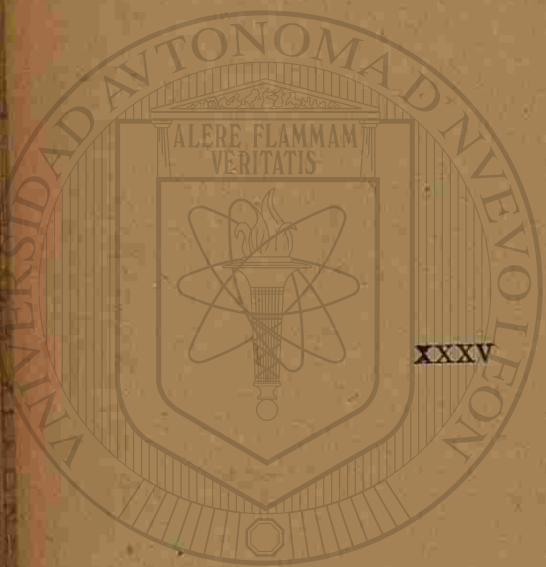
Capitán: Ragul.

Saldrá hoy sábado, á las diez, para Gibraltar.

Cuando me volví hacia Ben-Kader, aquel índice mudo volvió á levantarse, señaló el horizonte del mar y la voz

del *yaouley*, preñada de lágrimas, me hizo oír:—¡Muy lejos!

Aquella pantomima era más elocuente que el mejor discurso; Paula se había embarcado á las diez, en el «Oasis,» para Gibraltar... ¡y eran las doce!



Cuando me preguntaba qué partido debía tomar, abórdome un empleado superior de administración de marina, á quien conocía del café Soubiran.

—¿Cómo estáis aquí?—preguntóme.—Os creí viajando... Vi que vuestra señora embarcó esta mañana en el «Oasis», y pensé que ya estaríais á bordo.

—Una equivocación lamentable,—dijele,—y héme aquí desesperado. Buscaba ahora el modo más breve de llegar á Gibraltar.

—¡Diablo! Dificillillo es; hasta el próximo sábado no hay salida.

—¡Pero por Cartagena!

—Desgraciadamente para vos, está hoy el servicio interrumpido.

—¿Y no encontraría una embarcación cualquiera para atravesar el estrecho? Ved la inquietud de mi mujer...

—Ya lo comprendo; pero los barcos de Orán no son á propósito para largas expediciones. ¡Ah! ¡si estuviérais en Nemours!

—¿En Nemours? ¿No puedo ir allí?

—Está muy lejos.

—¿Cuántas leguas?

—Cincuenta, por Tlemcen; treinta, siguiendo la costa.

—¿Puede seguirse?

—Muy bien; á caballo, si podéis resistir tal jornada.

—He vivido mucho tiempo en Egipto, y estoy acostumbrado á montar.

—Siendo así, yo me encargo de trazaros el itinerario.

—Os quedaré muy obligado.

—Alquilaréis una calesa que os conducirá á los Andaluces en tres horas; de allí marcháis á Bou Sfeur, y buscáis á un español, colono, que se llama Antonio Perez; le pedís un guía y dos caballos y se encargará de procurároslos, á mayor abundamiento, con una recomendación mía.

—Os vuelvo á dar las gracias.

—Una vez llegado á Nemours, y en tanto que descansáis, mandáis por un patrón de balandra. Las balandras son embarcaciones sólidas de medio puente, tripuladas por dos ó tres hombres; llevan frutas de Gibraltar á Nemours, y vuelven allí con mineral. Os arreglaréis fácilmente por algunos duros, y, si el viento os favorece, podréis tomar tierra en Gibraltar, diez ó doce horas después de la llegada del «Oasis».

—No perderé un minuto.—exclamé.

Le di las merecidas gracias á mi amigo; y, á las doce y media, me ponia en camino para Nemours.

Ben-Kader, al verme partir, pidió le permitiera acompañarme. Temí por aquel niño acostumbrado á la tierra fir-

me; un viaje por mar y en tan pésimas condiciones, rehusé su concurso. La fatalidad me perseguía; estoy hoy mismo convencido que si hubiese cedido á la petición de mi *yaouley*, y mis asuntos hubieran tomado mejor cariz. Más tarde sabréis por qué.

No os extrañará, me figuro, amigo mío, mi decisión en seguir á mi mujer. Á pesar de las dificultades de tal empresa, y de la promesa que dejó en su carta de que volvería.

Sin duda, sospecharéis como yo, que la mujer con la cual Paula iba, no podía ser otra que la doncella de la señora de Blangy; la misma que á nuestra salida de París cruzó alguna frase con mi mujer, á la portezuela del coche.

¿Cómo estaba aquella mujer en Oran? ¿Cómo se había enterado de nuestra presencia allí? Poco importa. Era evidente que el golpe venía de la señora de Blangy; ésta, sin duda, había burlado la vigilancia de su marido y esperaba á mi mujer en Gibraltar.

Lo primero era encontrarlas; luego yo decidiría.

XXXVI

Os hago gracia de mi jornada á caballo; se ha borrado de mi memoria. Atravesé pueblos, áridas llanuras, ríos, bosques. Mi guía, á pesar de ser árabe, se vela apurado para seguirme. Gracias á las excelentes indicaciones del empleado de marina, llegué á Nemours por la noche.

¡Y pensar, que sin la precipitación de mi viaje, si en lugar de entrar en Nemours de noche, entro á la luz del sol, quizás...! Un momento y comprenderéis esto.

Apenas desmonté y sin cuidarme del reposo, me dirigí al puerto, entré en una taberna, donde pasan los marinos la mayor parte de la noche, y no tardé en encontrar lo que buscaba. Arreglé mi pasaje con un patrón de balandra.

Al salir el sol, nos hicimos á la vela; envolvíme en una capa, y tendíme sobre el solladito de popa, á fin de repo-

sar un poco. El tiempo nos favorecía é hicimos una travesía de las más cortas y menos accidentadas.

Al llegar á Gibraltar, ví que el Oasis, entrado en Gibraltar la noche anterior, aún permanecía en la ciudad inglesa. Pasé á su bordo, y avisteme con el capitán Raul, un excelente sujeto, á quien conocíamos Paula y yo, por haberle tenido vecino de mesa algunas veces en el hotel de la Paix.

—¡Cómo!—gritó.—¡Vos aquí!

—Sin duda,—repliquéle,—es natural que busque á mi mujer. Me descuidé cuando partió el Oasis sin duda ella se habrá dado cuenta y os lo habrá dicho.

—No, en verdad. Al contrario, díjome que habíais preferido ir por tierra hasta Nemours; en cuanto á ella, puedo aseguraros que el mar no le espanta: ha hecho con su doncella una larga travesía.

—¿Y dónde está?

—¡Diablos! parece que jugáis al escondite,—respondióme el capitán riendo.—Os dais cita en Nemours, baja allí vuestra mujer, y vos, durante este tiempo...

No le dejé concluir.

—Pero,—grité,—¿ha tocado el Oasis en Nemours?

—¡Ya lo creo! Todas las veces que el tiempo lo permite hacemos escala allí; este viaje hemos desembarcado diez pasajeros.

—¿Y mi mujer quizás entre ellos?

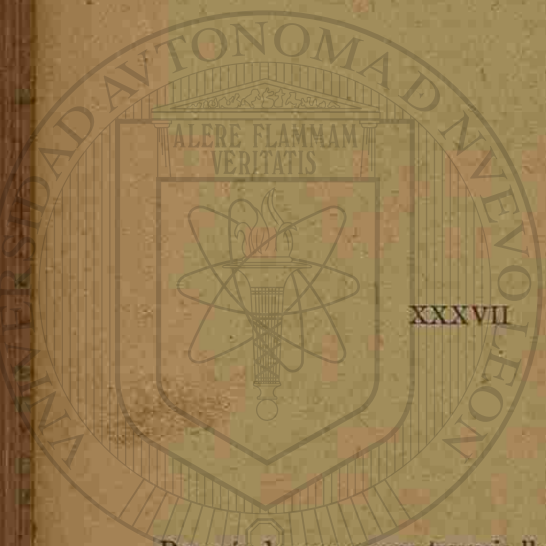
—Efectivamente, amigo mío; no comprendo nada de eso.

Pero yo, ¡desgraciado de mí había comprendido demasiado! ¡Había atravesado el Mediterráneo en balandra para saber que mi mujer estaba en Nemours! Yo me paseaba por España, mientras mi mujer permanecía en la provincia de Orán. La víspera, puede que pasase por la calle que ella habitaba y quizás me acercaría á la casa que la albergaba, pidiendo la dirección del puerto.

¡Ah! ¡si yo hubiese tenido la paciencia de esperar al día!

¡si al menos hubiese llevado conmigo á Ben-Kader! él quizá hubiera adivinado que Paula estaba allí, ó por azar, durante nuestra expedición á caballo, hubiérame indicado que el Oasis antes de pasar el estrecho, hacía escala en la costa. El empleado de marina, durante mi corto diálogo con él, ni siquiera pensó en este detalle, por creerlo inútil; en efecto, el Oasis dejaría á Nemours mucho antes que yo pudiese llegar allí.

Ahora se trataba de retroceder. El Oasis no se hacía á la mar hasta tres días después, y, el capitán Raul, vista mi ansia, aconsejóme que atravesase de nuevo el estrecho á bordo de la balandra que me había traído. Era el método más expeditivo, y seguí sus consejos. Pero el viento que me favoreció para alejarme de Paula, se hizo contrario cuando quise acercarme á ella. Hasta los elementos se conjuraban en contra mía.



Después de una penosa travesía llegué á Nemours, á la semana de haber salido de allí.

No me fué muy difícil tener tantos detalles como quise acerca de Paula; mostráronme la casa que habitó durante el corto tiempo de su residencia en Nemours, en compañía de la camarera y con otra señora francesa, dueña de la casa, que había marchado con ellas, hacía cinco días, á Orán, por la vía Tlemcen.

Entonces, podéis creerme, amigo mío, ya no tuve prisa por seguirla. Durante la semana transcurrida, la cólera, la indignación, el ardor de la lucha, habíanme sostenido. Entre tanto los nervios sedaron, sobrevino la depresión, el enternecimiento siguió á la cólera y sucumbí bajo el peso de una inmensa lasitud física y moral.

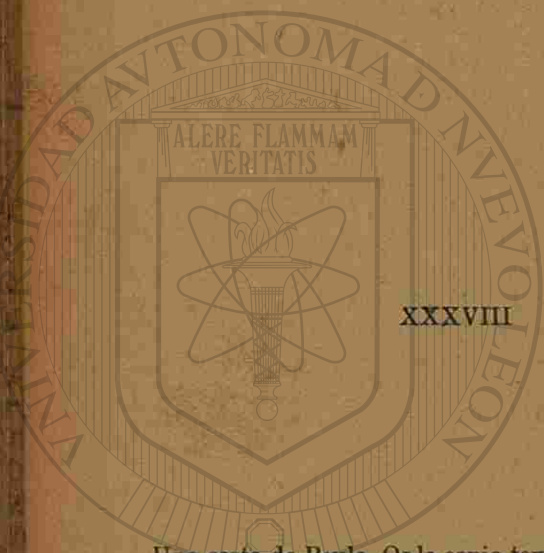
—¡A qué engañarme!—me dije.—La casualidad me guía y la fatalidad me persigue!

Abandoné las riendas sobre el cuello de mi caballo y lo dejé caminar á su solo placer. Dulcemente mecido sobre el sillín, los ojos á medio cerrar, empecé á soñar despierto, presa de extrañas alucinaciones; oía la voz de la señora de Blangy, dirigiendo vivos reproches á Paula, por haber vivido tanto tiempo alejada de ella, sin intentar el reunírsele. —Tú le prefieres á mí,—decía,—has reemplazado su afección por la mía. Pero yo te arrancaré de sus brazos. Huyamos lejos, muy lejos... ¡no nos encontrará más!—¡No, no!—gritaba Paula;—vete... vete... ¡tú me has perdido! ¡Déjame... quiero reunirme con él... que me ha enseñado la vida de la honradez! ¡El me espera; sufre, vóyme á buscarlo!—Bien; parto contigo; pero si no te espera, si no te ama, si te ha engañado... ¡te recobro!

En mi sopor sonambúlico las veía entrar en Orán. Paula corría hacia el Hotel, y... yo no estaba!

Entonces la *serpiente* enroscaba más y más sus anillos; le recordaba los diez años transcurridos, los juramentos contraídos en el convento y renovados más tarde... los recuerdos que las unían... la víctima iba cediendo, y, magnetizada, seducida, añadía un eslabón á la cadena de su esclavitud moral. ¡Después la veía, allá en los abstractos campos de mi fantasía, ¡perdida, moribunda... tendiéndome los brazos!...

Hé aquí, amigo mío, con mil variantes, lo que vi en aquellas treinta leguas á caballo, y hé aquí lo que hallé en Orán.



Una carta de Paula. Os la copio textualmente:

«Soy una mujer miserable. Pero necesito que sepáis todo lo que ha pasado. No quiero que me tachéis de embustera y falsa. Bastantes otros defectos tengo que podéis echarme en cara. Os he sido sincera, os he sido fiel durante nuestra permanencia ahí. Guardad, al menos, memoria de esto.

«Cuando dejamos la calle de Caumartin, su camarera pudo acercarse, y me dijo:—La condesa marcha con su marido... sabe que vos partís, y me manda que os siga.»—Aquella mujer subió en el expreso, que nos condujo á Marsella; pero al embarcarnos en este punto, no noté ya su presencia. Creí entonces que había perdido nuestro rastro, pues de otro modo, á los dos meses de estar en Orán, os juro que os hubiera pedido salir de allí.

«En cuanto á su ama, al llegar á Irlanda, burló un día la vigilancia de su marido, escapó en dirección á París... encontró á su doncella, y ésta le dió nuestro itinerario. Fué á Nemours, escribióme, decía que estaba muy enferma, y juraba que luego de haberme visto, me dejaría volver á vuestro lado. Después de resistir largo tiempo, partí, jurando volver. Obedecí á mi juramento, volví para que me auxiliárais, para que me defendiéseis de mi misma. Ya no os encontré... ¡Ah! ¿por qué no me habéis esperado? ¿Por qué me habéis abandonado? ¡Me hubierais librado de su dominio... yo, tan débil y sumisa con ella! Me despreciáis... os causo horror...! ¡No queréis verme más! ¡Os comprendo... sí, os comprendo, y, sin embargo, á vuestro lado, me sentía renacer á una nueva vida, y un gran cambio se había apoderado en mí! Pero no estaba aún completamente purificada, ni asaz regenerada para resistir *sus* malévolos consejos. Jamás he osado confesaros la influencia que ejerce *esa* sobre mí. ¡Cómo me domina! ¡Cuál me ha absorbido! ¡Yo no quería partir... quería esperaros. ¡Pero vos no volvíais! Yo no sabía donde estábais. Después, tenía miedo de encontraros, porque me decía: ¿Me perdonará? ¿Le esperaré? Y, *ella, ella*, siempre á mi lado, siempre asida á mí, reprochando lo que llamaba mi debilidad, mi cobardía, diciéndome... pero debo callar; ¿á qué contaros lo que me decía? En fin... me arrastró consigo. Voy allí donde le plazca... ¿Qué sé yo dónde? ¡Y qué me importa el lugar donde esconda mi vergüenza! Soy un pobre sér abatido, perdido... menos que nada y sin esperanzas de elevarme. Vos habíais tomado, creedme, una tarea imposible; no nos hagamos ilusiones el uno acerca del otro. Os he troncado la vida á vos, tan bueno, tan honrado, tan recto. No me busquéis, os lo suplico... no me encontraréis... *Ella* sabrá guardarme mejor que vos lo habéis hecho. ¡Y después... que yo no quiero veros! No me atrevería á hablaros, á miraros! ¡Conducirme con vos tan indignamente! ¡Ah! ¿por qué luego que estuvimos ahí no me hablabais de vuestro

amor? Entonces no había cerrojos en mi puerta... pero vos teníais mi pasado sobre el corazón, me despreciábais todavía, y yo esperaba el tiempo de mi regeneración, la hora de ser digna de vos! ¡Qué falta hemos cometido! Hoy habría entre nosotros lazos indisolubles, que nadie, nadie, hubiese podido romper... ¡Adiós, adiós! ¡Olvidadme... y compadecedme! ¡Ah! si viniérais mientras escribo esta carta... me echaría á vuestros pies... Os espero hasta mañana... diga *ella* lo que quiera, os espero hasta mañana... pero... ¡venid, venid pronto!

Luego debajo de esto, el siguiente párrafo:

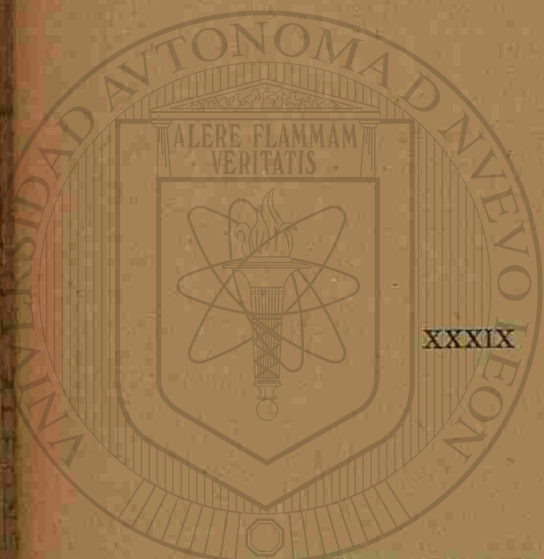
«Os he esperado dos días. ¿Dónde os habéis ocultado? ¿Habéis regresado á Francia! Me habéis abandonado! —»
¡Parto con ella! ¡Adiós!

Leí aquella carta dos ó tres veces, maquinalmente, sin explicarme tanta fatalidad. Luego me sobrevino algo así como un amodorramiento, me sentí dolorido en todo el cuerpo, tenía la cabeza pesada, y mis dientes castañearon.

Acostéme; una fiebre violenta acompañada de delirio,

se declaró durante la noche. Al otro día, los dueños del hotel, viendo que yo no salía de mi habitación, subieron y al verme en aquel estado, enviaron por el doctor X.

Durante varios días se desesperó de mi vida, pero pudo combatirse la rebelde enfermedad. Una fiebre tifoidea, según creo.



A primeros de Enero, pude ponerme en camino para regresar á Francia. Estaba todavía muy débil, pero en cuanto á la parte moral, mi larga enfermedad física la había aliviado un tanto. Aquella solución de continuidad en mis afecciones, aquella parada, digámoslo así, de mis nervios, me habían sido muy provechosas. Tenía presente, sin duda, todo el desarrollo del drama íntimo, pero lo recordaba sin amargura, sin irritación, poseído únicamente de una tremenda tristeza. Sufría mucho, pero mi dolor no tenía la intensidad de otro tiempo; estaba latente, por decirlo así, como un fuego escondido entre cenizas... quemaba pero no lanzaba llamas.

Experimenté, sin embargo, una viva emoción al penetrar en mi casa de la calle de Caumartin; mil recuerdos afflu-

yeron á mi mente. ¡Oré mucho rato, mucho! Recogí todos los objetos pertenecientes á Paula y los envié á casa del señor Giraud con esta carta:

«Vuestra hija se ha ido de mi lado. Ignoro donde se halla y no quiero saberlo. Os agradeceré infinito que nunca jamás me habléis de este asunto. Comprenderéis que necesito olvidar.»

Supe que el señor de Blangy estaba en París y no hice ninguna tentativa para verle. El, por su parte, se impuso igual sistema.

Un día, sin embargo, nos encontramos en los bulevares. Vino hacia mí, y, aunque con cierto empacho, ofreciome la mano y dijo:

—Celebro veros tan bueno; temí no os halláseis enfermo.

—Lo he estado, y grave,—respondile,—ya voy mejor... ¿y vos?

—En mi vida me he hallado mejor.

Guardamos silencio algunos momentos. El conde lo rompió para decirme:

—Lo más prudente sería, para nosotros, no hablar del pasado, pero, toda conversación que no verse sobre nuestras... aventuras resultaría fútil ahora.

—Abundo en vuestra afirmación.

—Entonces abordemos el asunto francamente... ¡qué ridícula combinación habíamos hecho!

—¡Desgraciada del todo!

—¿Y cómo ella pudo reunírsele?

—En Africa. ¿Qué queréis? Nadie podía prever que vuestra mujer nos hiciese seguir por su doncella.

Contéle al conde todos los detalles de mi viaje, y de mi permanencia en Orán. Hizele también un resumen de la carta de Paula.

—Sí,—dijo el conde que me escuchaba con grave atención,—vuestra mujer vale más que la mía. Aunque no se necesita gran mérito para eso.

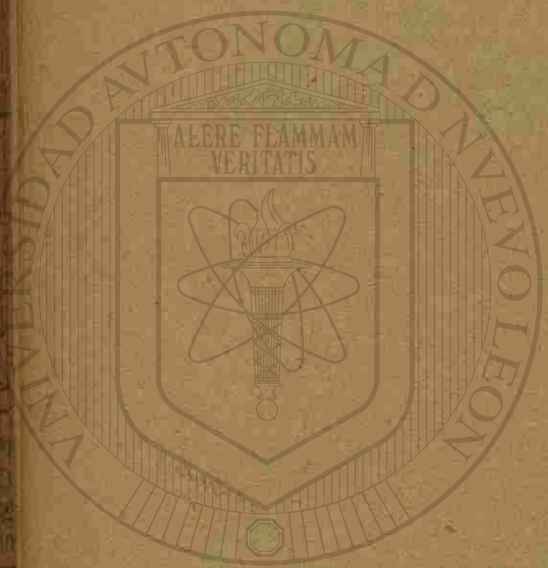
El conde á su vez, contóme las peripecias de su viaje por el norte de Europa.

—La señora de Blangy,—dijo el conde, cual si hablase de cualquier asunto indiferente,—cuando comprendió que mi decisión era irrevocable, emprendió el viaje sin grandes oposiciones. «¡Qué gran idea habéis tenido haciéndome viajar!—exclamaba—¡sois un hombre amable y me causáis sumo placer! ¡Vamos al Norte! ¡oh, qué alegria! ¿Cómo no os había ocurrido antes idea tan peregrina? ¡Estaba tan harta de París! Pero permitidme, amigo mío, que os diga que vuestros viajes, os han aprovechado mucho. Estáis rejuvenecido y nadie os echaría más allá de treinta años. Creo, Dios me perdone, que me voy enamorando de vos.»

Hubiera podido creerla, si yo no la conociera lo bastante para saber que era mi mujer, la más falsa de todas las mujeres. Pero ejecutaba un plan, y este plan (que os digo porque entre nosotros no deben existir secretos en esto y máxime cuando no debo guardar ningún miramiento á esa mujer), consistía en hacer brotar en mí la llama de la pasión ó el deseo. Con su natural talento comprendía que yo no la amaba, que mi corazón estaba seco para ella, pero que mi imaginación podía recordar algo de los primeros meses del matrimonio y excitar mis sentidos. Consiguió su objeto, y cuando se escapó de Dublin, creedme que experimenté un gran bienestar, y que no hubiera pensado en seguirla sin el compromiso que me unía á vos. Pero mi compromiso tenía que romperse por una circunstancia que os hará reír. Otra treta de la condesa y digna de ella. Al escaparse, llevóse consigo mi cartera con todos los valores que contenía... encontréme pues, sin un céntimo y debiendo en el hotel. Tuve que escribir á Francia pidiendo fondos. Llegaron estos á los ocho días, y por el mismo correo que traía mi cartera: la señora de Blangy me la devolvió intacto (hay que hacerla esta justicia.) Esto quería decirme que estaba ya en seguridad y que perdería el tiempo en seguirla. Quizás, amigo mío, hubiera podido

yo tomar alguna medida beneficiosa, pero no me guardéis rencor, luchaba sin entusiasmo. La idea de ese doble viaje os pertenece toda; no os lo echo en cara, pero permitidme que os repita, que no ha sido muy feliz.

Yo he vuelto á tomar mi vida normal en París, y, si algún día, cualquier camarada de club, ó colega de ministerio tiene la mala idea de afirmar, que existe aún per el mundo una señora de Blangy, tendré el disgusto de enviarle inmediatamente mis padrinos. Dos ó tres lances de este género, serán suficientes para que mis conocidos y amigos, se persuadan de mi viudez. Y, si yo puedo permitirme, al despedirme de vos, un consejo, os diré que también vos debéis anunciar, de antemano, la muerte de vuestra mujer.



XL

Algunos días, después de este diálogo, amigo mío, tuve el placer de encontraros en el hotel de la avenida Friedland.

Estaba yo, en aquella época, ávido de distracciones, y esperaba que el movimiento y el ruido, llevasen algún lenitivo á la melancolía que me devoraba. Pero encontréme al siguiente día de la fiesta, más triste, más descorazonado que nunca. Encontréme sin ánimo para acudir á la cita que os había dado y partí, aquel mismo día, en demanda de nuevos horizontes.

Regresé á París por el mes de junio. Una mañana mientras estaba en mi despacho, avisáronme que la señora Giraud, mi suegra, quería hablar conmigo.

—Que entre,—dije tras un momento de vacilación.

—Rogásteis á mi marido,—dijome la pobre señora luego

de tomar asiento—que no se os hablase de nuestra hija. Hemos respetado vuestro deseo, y hemos soportado en silencio la desgracia que os hería y nos afectaba á todos. Hoy respetaríamos aquel deseo; pero Paula está gravemente enferma, casi moribunda... Nos ha rogado que os lo dijésemos y os ruega que vayáis á verla.

Cuando pude vencer la emoción, pregunté á la señora Giraud si Paula estaba en París.

—No,—contestóme enjugándose las lágrimas—está en Z... un pueblecillo de Normandía, al lado del mar; se va allí en algunas horas.

—Iré,—respondí sencillamente.

La señora Giraud abalanzóse hacia mí, y tomó mis manos, exclamando:

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Qué alegría vais á darme! Yo no sé qué falta habrá cometido contra vos... yo solo hace tres días que la ví... Me escribieron que estaba enferma y corrí á su lado... ¡no ha de perdonar una madre al hijo que se muere! Nada me ha contado de los motivos de vuestra separación... ni ella tiene fuerzas, ni yo valor para interrogarla! Pero he comprendido, en su afán por veros, en su arrepentimiento, que era suya toda la culpa! ¡Oh, perdonadla, amigo mío, perdonadla y que tenga siquiera, este consuelo á la hora de morir!

—Pero,—repliqué,—¿no exageráis su estado? ¿No hay ninguna esperanza de salvación?

—No; he consultado con el médico que la ha visitado. Ignoraba que yo era su madre y me ha dicho toda la verdad; está afectada de una dolencia en el cerebro, cuyo nombre no recuerdo.

—Una *pachy-meningitis*,—dije yo maquinalmente.

Me acordadé, en aquel momento, del espantoso pronóstico del doctor X.

—Eso es,—contestó la pobre señora.—Su memoria se debilita de día en día, sus ideas ya no tienen fijeza, apenas puede coordinar las palabras que usa para pedir lo

que necesita. Durante la noche queda sumida en un letargo durante el cual cree percibir voces que la hablan y la amenazan. Se ha quedado tan débil, que ayer quiso levantarse para recibirme, y las piernas se le negaron á sostenerla....

La señora Giraud se interrumpió; un golpe de lágrimas afluyó á sus ojos y un nudo á la garganta la impidió proseguir.

Cuando la ví más calmada, pregunté las señas que debía seguir para encontrar á Paula.

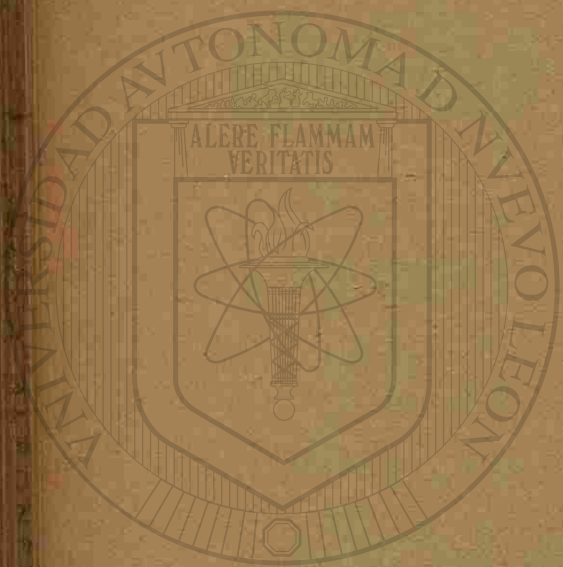
—Antes de llegar á Z. preguntaréis por el chalet de la señora de Blangy.

—¡La señora de Blangy!—exclamé sin poder contener mi indignación.

Miróme mi suegra, creyó comprenderme y díjome:

—Podéis equivocaros; ella es amiga de mi hija y debe haberla aconsejado bien; puede que nada sepa, porque hay ciertos secretos que no se confían ni á la persona más íntima. Eso no debe impedirnos que cumpláis vuestra promesa, porque lo más seguro es que no encontréis allí á la señora de Blangy.

Yo la he visto una sola vez durante mi permanencia en Z.; ha evitado encontrarme y rehuirá el hablaros.



XLI

Apenas marchó la señora Giraud, hice mis preparativos de marcha. A la mañana siguiente, tras una noche de tren, tomé un carruaje que me condujo á Z. El chalet, donde la señora Blangy había buscado el solitario nido con Paula, está situado sobre las pequeñas colinas que surgen de la cordillera. El cochero me lo mostró; eché pié á tierra á fin de evitarme desagradables encuentros, y envié á un muchacho que noticiase á Paula mi llegada.

Un cuarto de hora después estaba delante de ella.

La señora Giraud no había exagerado; Paula se moría. Sacó, sin embargo, un resto de fuerza para alargarme una mano demacrada, sobre la cual imprimí un beso, mientras me decía:

—Habéis hecho bien en venir hoy... mañana hubiera sido tarde.

Este esfuerzo la desvaneció; era la sombra de aquella Paula que adoré tanto. Jamás creí que se pudiese cambiar de tal modo.

Dos gruesas lágrimas cayeron de mis ojos y humedecieron su mano. Sintió que lloraba y me dijo:

—¡Gracias!

A cada momento entreabría los labios, y creía yo que iba a hablar. Pero no podía hacerlo.

Durante la noche fué presa de aquellas alucinaciones de que su madre me había hablado. Parecía luchar con un fantasma, al cual rechazaba con las manos, y que la amagaba sin cesar. Gritos roncacos se escapaban de su garganta. Alguna que otra vez oía yo frases incoherentes y de este tenor:

—Vete... vete... miserable... perdida... tengo miedo... ¡él... él...

La mañana fué más tranquila. Echada sobre la *chaise longue*, delante de la galería, abría alguna vez los ojos, y sus miradas se perdían en los lejanos horizontes del mar.

En cierto momento, pensé que la luz viva del día podía molestarla, y al levantarme para cerrar las persianas, oía murmurar:

—No, no; dejadlo. ¡Esta vista me hace bien... me creo todavía allá... allá abajo... en Oran... cerca de vos!

Hacia mediodía llegó la madre de Paula con el médico de París, que visitó a Paula hacía tres días.

Reconoció a la enferma; creyó encontrar alguna mejoría y preguntó si, como lo había ordenado, se la había hecho tomar algún alimento.

—Algunos sopicaldos tan solo,—le respondieron.

—No es suficiente; se necesita ante todo y a todo costa, sostener las fuerzas. Si de aquí a la tarde la mejoría continúa, ensayaremos hacerle deglutir algún alimento sólido que yo mismo prepararé.

Fuése el médico, y Paula me indicó que me acercase. Obedecí.

—Tiene razón el médico,—díjome;—hoy me siento mejor... ¡Quizás vuestra venida será de buen agüero!... Ya hace dos meses, cuando caí enferma, que quería escribirlos... pero no me atrevía... ¡me he portado tan mal con vos!... ¡Ah, pero bien he sido castigada... bien! ¡Perdonadme!

Se detuvo para continuar al poco rato.

—¡No me abandonéis... estad a mi lado! ¡Cerca de mí, con mi madre!... Si muero, llevad mi cadáver a París... No quiero ser enterrada aquí... no... ¡no quiero!...

Algunos minutos después oímos ruido en el recibidor. Volvíme bruscamente, y viendo mi movimiento, dijo:

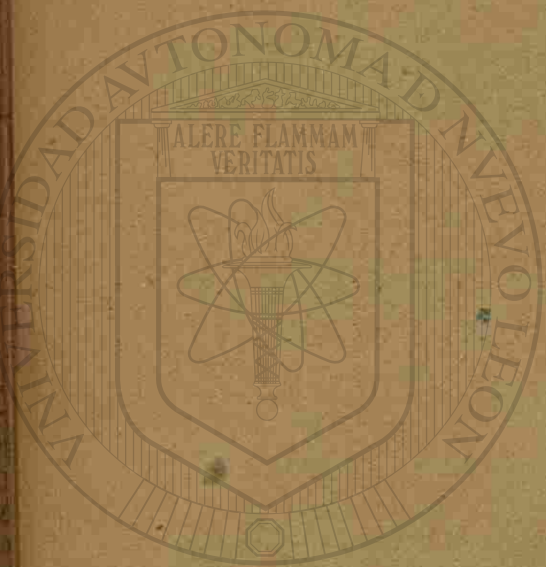
—No tengáis cuidado... La he prohibido venir. ¡Si no he vivido con vos, quiero al menos morir en vuestros brazos!

A eso de las cinco, y obedeciendo las órdenes del doctor, ofrecí a la enferma los alimentos preparados.

Pensé que los rehusaría. Pero se produjo un fenómeno muy frecuente en las enfermedades de la clase de la que Paula padecía. De repente se le despertó el apetito, tomó el alimento y lo llevó a su boca.

Pero el bolo alimenticio se detuvo en el esófago paralizado. Los ojos de Paula se inyectaron de sangre y su tez tomó un tinte violado. Había muerto por asfixia.

Cumpliendo su última voluntad, hice transportar el cadáver a París. Tres días después, era enterrada en el Père Lachaise.



EPÍLOGO

Por el septiembre del mismo año, el señor de Blangy leía en su diario cotidiano, y con sumo interés, la noticia siguiente:

«En el día de ayer, y en la concurrida plaza de Z***, se desarrolló una dramática escena que impresionó de una manera dolorosa y profunda á cuantos la presenciaron.

«Una señora, perteneciente á lo más distinguido de la sociedad y persona muy conocida y apreciada en los círculos más aristocráticos, y que gozaba además de fama de intrépida nadadora, hallábase, desde el principio de la estación, hospedada en uno de los más lujosos hoteles de la población.

»La señora condesa de Blangy, que es la persona á que aludimos, regresaba ayer á su hotel, después de dar un largo paseo por la playa, en compañía de la señorita B***, una de sus amigas, cuya presentación produjera tanta sensación en el último baile dado por los socios del casino, y de pronto manifestó deseos de tomar un baño.

»Las personas que se hallaban, por casualidad, en la playa, se apresuraron á manifestar á la señora condesa de Blangy que era precisamente la hora de la marea baja y, además, la época en que las corrientes producidas por ésta alcanzan mayor violencia, y que no había tampoco, á la sazón allí para poderla prestar sus servicios ó acompañarla, ningún bañero.

»Y al oír esto, exclamó:

—»No me importa! Si me encuentro en algún mal paso ya procuraré salir de él sin ajeno auxilio.

»Mandó que abriesen la puerta de una caseta, en la que se encerró, permaneciendo en ella breves momentos, pasados los cuales salió vestida con un elegante traje de baño que hacía resaltar la gentileza de su figura.

»Avanzó resueltamente, arrojóse al agua y, dando unas cuantas vigorosas brazadas, alejóse con rapidez de la orilla.

—»¡Volvéos, señora, volvéos enseguida!

»La dijeron á voces desde la playa, pero fué en vano.

»Por toda respuesta, lanzó unas cuantas sonoras carcajadas, con las que trató de burlarse del miedo que demostraban sus amigos y cuantas personas presenciaban la escena.

»Al poco rato se pudo observar, con gran terror de todos, que la condesa de Blangy corría un verdadero peligro.

»Había llegado á un paraje en que la corriente era muy violenta y la arrastraba mar adentro, á pesar de sus esfuerzos.

»La señorita B***, llena de terror y desesperación, gritó.

—»¡Socorro! ¡Socorro!

»En los momentos en que esto sucedía, llegó á la playa el señor Adriano de C...

»Preguntó qué era lo que ocurría y se lo contaron en pocas palabras.

—»¡Ah!—exclamó.—¡Es la señora de Blangy!

»Sin perder ni un momento, se descalzó y desnudó de medio cuerpo arriba, y se arrojó animosamente al mar.

»El señor Adriano de C..., que con tanto valor iba á intentar salvar á la señora condesa de Blangy, era el esposo de una antigua é íntima amiga de ésta, de la señora Paula de C..., que hace unos cuantos meses falleció en esta población, después de breve y cruel enfermedad.

»Tardó muy poco tiempo el señor de C, que nadaba con mucha energía, en llegar al paraje en que la señora de Blangy luchaba con la corriente.

»La distancia que los separaba de la playa era grande, y, á pesar de eso, vióseles forcejear con ademanes descompuestos.

»Debióse esto, sin duda alguna, á que la señora condesa de Blangy, como sucede á todas las personas que se ahogan, hacía grandes y violentos esfuerzos para agarrarse á su salvador, y éste se veía obligado á rechazarla para conservar la libertad de sus movimientos y poderla salvar.

»La corriente, muy fuerte en aquellos momentos, los arrastró á ambos, y á los pocos minutos se les perdió de vista.

Pasaron diez minutos que, á todos los que contemplaban la dramática escena, les parecieron tener un siglo de duración.

»Al cabo de ellos volvió el señor Adriano de C, pero solo.

»No había podido salvar á la desgraciada condesa de Blangy, y solo después de grandes esfuerzos, pudo llegar á la playa, teniendo completamente agotadas sus fuerzas.»

El señor de Blangy leyó esto en el periódico, y en el acto cogió una pluma y escribió la carta siguiente:

«Comprendo perfectamente lo que pasó, y os doy las gracias en mi nombre y en el de todas las personas dignas y honradas.

»Agradézclos en el alma nos hayais librado de semejante é inundo reptil.

»El peligro á que os expusisteis os absuelve de todo.»

Cerró el conde la carta y ordenó á un criado que la llevase á su destino.

En el sobre se leían estas señas:

«Al señor Adriano de C,

Calle de Caumartín.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



